

# La sombra de la duda.

**Lynne Graham**

*Resúmen:*

*Sólo unos días antes de dar a luz, Emily decidió abandonar a su marido, Duarte de Monteiro. Se había enterado a través de una amiga que quería quedarse con el niño, pero no con la madre de éste.*

*Pero Duarte no se quedó parado y siguió a Emily para llevarla a ella y a su hijo de vuelta a Portugal. Se sentía muy orgulloso y deseaba estar con su esposa, en parte porque era consciente de que, con el más mínimo roce, era capaz de desatar la pasión en ella...*

*Emily seguía enamorada de Duarte, pero no sabía si había ido en su busca porque él también la quería o simplemente para recuperar a su hijo.*

**Traducido por Vivi.-**

## Capítulo 1

– ¿Qué desea que haga ahora? –el investigador privado preguntó.  
Duarte Álvares Monteiro quedó en silencio por un buen tiempo, observando la bellísima vista de la ciudad de Londres a través de la ventana panorámica de su oficina. Ella había sido encontrada. Finalmente habían conseguido localizar a su esposa, después de meses de búsquedas infructuosas. Él podría estar con su hijo. Con ella, también, pues al fin y al cabo era aún su esposa. No conseguía llamarla por su nombre, se rehusaba a personalizarla.

– No haga nada –Duarte respondió, impasible.

El investigador privado estaba sorprendido con la frialdad con que Duarte recibiera la noticia de que su esposa e hijo habían sido localizados. Duarte fue abandonado por la mujer cuando aún estaba

embarazada, y solamente ahora podría conocer a su hijo. Aún así, no parecía nada animado.

- Deje el informe sobre mi mesa -Duarte prosiguió, terminando la reunión. - Habrá un bono sustancial en su cuenta corriente.

A la salida, el investigador paró junto al escritorio de la secretaria, una joven rubia y bonita.

- Su patrón me da escalofríos -murmuró en tono casi confidencial.
- Mi patrón es un genio en el campo de las finanzas y también es mi amante -ella susurró fríamente. - Usted acaba de perder su bono -completó, sonriendo.

Muy avergonzado, el investigador intentó encontrar una disculpa.

- ¿Debo llamar a seguridad para ayudarlo a retirarse? -ella preguntó suavemente.

El investigador prácticamente salió volando de la oficina. Ahora que estaba solo, Duarte se sirvió un brandy y comenzó a pensar en lo que haría enseguida. Sentía un fuerte deseo de llamar a algunos de sus empleados y mandarlos inmediatamente a buscar a su mujer y su hijo. Tenía que ser rápido, en caso contrario ella podría desaparecer nuevamente. Tomó el teléfono para dar las órdenes, pero paró a tiempo. No conseguía creer que estaba a punto de actuar como un loco. Podía esperar hasta la mañana siguiente... Bueno, podría por lo menos esperar hasta el amanecer.

Llamó al jefe de Seguridad.

- Mateus, quiero que te dirijas a la dirección que te voy a dar ahora. Allá vas a encontrar un trailer y...
- ¿Un trailer?
- Sí, y en él viven mi esposa y mi hijo -Duarte le confió, imaginando la sorpresa de su empleado. - Va a impedir que ese trailer se mueva del lugar. Sea discreto y considere ésta una misión importantísima. ¡No admitiré fallas!
- Saldré inmediatamente, señor -Mateus respondió con voz medio trémula. - No lo voy a decepcionar, Sr. Monteiro.
- Discreción, Mateus. No haga nada que llame la atención de los vecinos.

Duarte hizo una segunda llamada, esta vez al aeropuerto, pidiendo que preparasen su jet privado para la mañana siguiente.

Colgó el teléfono y paró para pensar un instante. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba planeando raptar a su mujer y su hijo? Ella era su esposa y el rapto era un crimen. Pero ella había raptado al bebé y lo cargaba de un lado a otro dentro de un trailer. Y todavía debía dejar a la criatura sola mientras trabajaba con caballos. Eso era irritante.

Siempre pensó que Emily era una mujer incapaz de un acto tan desvariado, siempre fue discreta y previsible. Creyó que su esposa estaba satisfecha con todo aquello que ganó con el matrimonio. Se convirtió en una mujer rica, tenía más de una propiedad, frecuentaba fiestas en las cuales podía exhibir joyas bellísimas. ¿Y qué le dio a cambio? Emily había traicionado sus votos de casamiento y la confianza de él, yendo a la cama con otro hombre. El hecho

confirmaba la idea que las mujeres más tranquilas eran las que más precisaban ser vigiladas.

Había diversas formas de controlar una mujer, y Duarte conocía bastante al respecto. Nunca había practicado tales artes con su esposa de aire inocente y aparente timidez, pero era el momento de comenzar. Cuando Emily llegase, conocería al nuevo Duarte.

- No consigo entender porqué te estás yendo -Alice Barker reclamó. - Hay gente interesada en tener clases de equitación contigo en número suficiente para mantenerte empleada el año entero.
- Nunca me quedo mucho tiempo en el mismo lugar -Emily respondió, medio sin ganas delante de la insistencia de la mujer que la empleara en los últimos meses.

Alice Barker miró a la joven que estaba delante de ella. Emily era bajita, tenía el cuerpo bien formado y cabellos colorados bien largos que quedarían más bonitos si estuvieran sueltos.

- Tienes un bebé de seis meses. No es fácil estar viajando con una criatura tan pequeña -Alice argumentó. - Preciso un instructor de equitación permanente, y el empleo es tuyo si lo quieres. Mis establos van a ser más famosos si pudiera contar con tu ayuda.

Sintiendo que la conversación estaba yendo demasiado lejos, y ella no iba a mudar de idea de ningún modo, Emily extendió la mano despidiéndose definitivamente de Alice. Sus ojos azules quedaron más oscuros con la vergüenza que estaba sintiendo. Le gustaba Alice y adoraría poder aceptar aquel empleo y quedarse allí para siempre. Pero simplemente no podía estar fija mucho tiempo en algún lugar.

- Lo siento mucho, pero tenemos que partir.
- ¿Por qué? -Alice preguntó, percibiendo que los ojos de Emily estaban llenos de lágrimas.
- Creo que soy una trotamundos.
- Tonterías. Conozco gente que no consigue parar en ningún lugar, y tú no eres de ese tipo. Puedes tener tu hogar aquí junto a tus amigos.
- Me estás entristeciendo, Alice.
- Tal vez sea hora que confieses que estás huyendo de algo ó de alguien. Sólo eso justificaría tu deseo de estar vagando por el mundo.

Emily bajó los ojos sin responder nada.

- Claro, debía haber pensado en eso desde el primer momento en que llegaste aquí -Alice Barker dijo, mirando a Emily con simpatía. - Tú eres tan reservada, andas siempre nerviosa, especialmente cuando llegan extraños por aquí.
- No cometí ningún crimen -Emily respondió apresuradamente. - Infelizmente no te puedo contar más nada.

Aún habiendo declarado no ser ninguna criminal, Emily sabía que esta no era exactamente la verdad. Había huido de su marido,

andaba escondida desde hacía ocho meses y no entró más en contacto con su familia.

- ¿Te estás escondiendo de un novio abusivo? -Alice preguntó, no queriendo dejar a Emily partir sin contarle su problema. - ¿Por qué no me dejas ayudarte? Huir nunca es la solución para ningún problema.
- Tú has sido maravillosa conmigo y con mi bebé -Emily murmuró, queriendo escapar de una conversación seria. - Aún así, voy a partir mañana tempranito.
- Si cambias de idea, acuérdate que siempre serás bien recibida aquí. -Alice decidió dejar de insistir al ver que Emily estaba llorando.

Emily entró en el trailer y cerró la puerta. No conseguía dejar de pensar en lo que Alice acababa de decir. De hecho, huir nunca fue una solución para nada. Ella huyó y así no resolvió su problema. Ya habían pasado ocho meses desde que partiera de su casa en Portugal. Había ido con su familia en busca de apoyo, pero la habían tratado como si fuese una criminal.

- No pienses que vamos a involucrarnos en tus problemas conyugales -su madre dijo. - Por favor, no nos causes ninguna vergüenza.
- Vuelve a la casa de tu marido porque aquí no te vas a quedar - su padre habló con voz dura.
- ¿Perdiste el juicio? -su hermana Hermione preguntó irritada. - Si Duarte supiera que estamos de tu lado podrá culparnos y estaremos todos arruinados.
- Fuiste muy ingenua en venir a buscarnos -Corine, su otra hermana reclamó. - Ninguno de nosotros va a ayudarte. ¿Creíste que te recibiríamos con los brazos abiertos?

En realidad, era eso exactamente lo que Emily esperaba de su familia, pues, durante su infancia y adolescencia, siempre tuvo dudó que sus padres y sus hermanas la quisieran. Había sido una especie de patito feo de la familia, pero ahora, en su desesperación, recurrió a ellos y sufrió otra desilusión más.

Tuvo que enfrentar la realidad. Estaba sola y nadie la ayudaría. Vendió su anillo de compromiso, compró un auto viejo y un trailer, resolvió viajar y desaparecer. Viajó por el campo, de un establo a otro, ofreciendo sus servicios como instructora de equitación. Nunca se demoraba en un lugar, pues cuanto más tiempo se quedara mayor eran las posibilidades de que la localizaran.

Naturalmente Duarte estaba buscándola tanto por ella como por su hijo. Duarte Álvares Monteiro era un banquero riquísimo y tenía medios de encontrarla. Gastaría fortunas para recuperar a su hijo.

Cuando Duarte había pedido a Emily casamiento, ella se sorprendió, pues no se creía bonita, no era sofisticada ni rica. Su familia intentaba aparentar riqueza, pero a pesar de los disfraces, el hecho era que el abuelo de Emily fue un lechero. Así, le extrañó que Duarte la quisiese como esposa, pues no parecía estar enamorado de

ella. Emily lo adoraba tanto que resolvió dejar de preocuparse por eso. Tal vez Duarte acababa enamorándose con el tiempo. Tenía que agradecer la oportunidad de poder estar a su lado.

A pesar de sentirse medio intimidada, nunca sintió miedo de él, no del modo como los otros sentían. Las personas vivían con miedo de ofenderlo, y Emily se equivocó al no notar que pisaba terreno peligroso.

Miró al pequeño Jamie y lo tomó en brazos. Ocho meses atrás, Duarte había amenazado con sacarle a su hijo, tan pronto naciera. Días después de aquella amenaza, Emily huyó a causa del pánico. No conseguía imaginar su vida sin su bebé. No había como olvidar que fue por su culpa que Duarte exigió la separación y resolvió alejar a la criatura de ella. En ese momento, ella también sufría por los remordimientos al estar impidiendo a Duarte ver crecer al bebé, y solamente el pavor que sentía delante de la posibilidad de estar sin el pequeño Jamie era lo que la mantenía forajida. Hasta ahora ni la fortuna de Duarte ni su poder habían triunfado.

Emily sabía que había sido inmadura al tomar la decisión de huir, debería haber buscado un abogado y descubierto cuales serían sus oportunidades de quedarse con el bebé. Llegó, en verdad, la hora de dejar de huir y enfrentar la realidad.

¿Cómo encararía a Duarte? Se erizaba sólo de recordar los últimos momentos que pasaron después de la amenaza que él le hizo. Duarte mandó que ella se quedase en la casa de campo en el Doro durante todo el invierno. Ella se quedó sola tres meses, aún con esperanzas que él la buscaría para conversar nuevamente. Pensó en la posibilidad de una reconciliación, pero ese sueño murió.

Acostumbrada a levantarse bien temprano, Emily ya estaba de pie al amanecer.

Arregló sus cosas durante la noche y, ahora, después de amamantar a Jamie, tomó su desayuno. Vivir en un trailer le había enseñado a mantener todo organizado y muy limpio. Se puso un jean viejo y un sweater, porque hacía frío a aquella hora de la mañana. Miró a Jamie que estaba sentado en la alfombra, mordiendo furiosamente una revista sobre caballos.

- No, Jamie... Aquí está tu mordedor, querido. -Emily sacó la revista de las manos del bebé que comenzó a llorar. Ella, entonces, tomó a su hijo en brazos y lo acunó hasta que él parase de llorar.

Como siempre pasaba cuando sentía el olor agradable de bebé, Emily lo apretó más cariñosamente. Jaime tenía el cabello negro como el de Duarte y su piel era bastante morena. Exactamente aquel día, había aparecido un nuevo dientito y, con ese su rostro rosado y fofito, tenía mucha gracia.

Emily resolvió colocar a Jamie en el asiento trasero del auto. Ya se había despedido de sus conocidos la noche anterior y ahora sólo faltaba enganchar el trailer al auto.

La brisa primaveral acarició sus cabellos rojos. Con Jamie en brazos, ella abrió la puerta del coche y buscó poner el bolso con las cosas del bebé al lado de la sillita.

- Vamos a salir ahora mismo para poder ver el tren de las seis pasar, querido -dijo sonriente a Jamie que la miraba con curiosidad.

Bueno, nuevamente ellos estaban de salida. A Emily le había gustado trabajar para Alice Barker y se quedó allí más tiempo del que pretendía. Obtuvo un buen dinero trabajando como instructora de equitación, pero ya gastara una buena parte haciendo algunas reformas al auto.

Cuando puso la llave en el encendido oyó un grito, después otro. Parecía ser Alice llamándola. Bajó del auto y fue a ver lo que estaba pasando. En la entrada de los establos, ella vio a la vieja señora discutiendo con un extraño y, lo más sorprendente, es que Alice estaba con un arma en la mano.

- Dígame qué está haciendo invadiendo mis establos -Alice exigió furiosamente.

En el instante en que Emily se apresuraba para ayudar a Alice, ella escuchó al hombre hablando y quedó aterrada. ¡El hombre estaba hablando en portugués!

- Vi a este hombre metiéndose en tu trailer -Alice gritó a Emily cuando la vio. - Debe ser un ladrón y no entiendo una palabra alguna de lo que está diciendo. ¡Ven hasta aquí, toma mi teléfono celular y llama a la policía!

Emily no conseguía dar un paso. El hombre que conversaba con Alice era Mateus Santos, el jefe de seguridad de Duarte. Mateus ya era viejo y parecía afectado por estar siendo recibido por una mujer furiosa que empuñaba un arma y amenazaba sacarlo a tiros.

- ¡Emily! -Alice gritó con impaciencia. - ¡Toma el teléfono de una vez!
- Doña Emilia -Mateus saludó a Emily con aire aliviado, hablando en portugués.

Emily entendía portugués, a pesar de no hablar muy bien el idioma. Mateus le estaba pidiendo que le dijera a Alice que él no era peligroso, pero Emily estaba asustada. Si Mateus estaba allí, eso significaba que Duarte finalmente la localizó.

- Yo conozco a este hombre, Alice -ella dijo después de algunos momentos de titubeo. - Él no es un ladrón.
- ¿Qué está pasando? -Alice preguntó sorprendida.

Emily no llegó a responderle. Tenía que partir inmediatamente, pero aún ni enganchó el vehículo al trailer. Frustrada y con algunas lágrimas corriendo por su rostro, consiguió unir los vehículos. Sin ni mirar a Alice, corrió al auto cuando vio una limusina que se aproximaba. ¡Probablemente era Duarte! Prendió el auto, intentando visualizar un camino por donde pudiese huir. Tenía que impedir que la limusina bloquease su salida e hizo una maniobra peligrosa que llevó el trailer a derrapar levemente. Aceleró el vehículo y salió de la calle,

siguiendo por el sendero de tierra. Cuando vio que sacó alguna distancia, volvió a la carretera.

Tenía que buscar un abogado inmediatamente. Precisaba un consejo legal, antes de encarar a Duarte. Como mínimo, él se llevaría al bebé lejos, partiendo para Portugal y ella no conseguiría tener a Jamie de vuelta. Ya oyó historias horribles de maridos extranjeros separándose de sus esposas inglesas y huyendo con los hijos.

Miró por el espejo para ver si la limusina la estaba siguiendo. Ella tenía la ventaja de conocer aquella área. No podía confiar en Duarte. ¿Qué oportunidad tendría de tener la custodia de Jamie, en caso él fuese llevado a Portugal? Tal vez ni pudiese visitarlo de vez en cuando. Duarte no tendría el mínimo deseo de dejarla participar de la vida de su hijo después de lo que ella le hiciera. Ahora todo estaba más complicado aún. ¿Por qué dejó que la situación llegase a ese punto?

Disminuyó la velocidad cuando vio que estaba llegando al pasaje del tren. Las luces de alerta estaban titilando, y las barras automáticas bajaban, indicando que el tren debería pasar en cualquier momento. Emily se sintió acorralada. Le prometiera a Jamie mostrarle el tren pasado, y era justamente eso lo que iba a pasar ahora. Miró por el espejo una vez más y entonces vio la limusina parando justo detrás de ella. Fue atrapada. La suerte la abandonara. Dándose por vencida; largó la dirección y colocó el brazo fuera del auto en un gesto de desánimo.

Sintió un dolor profundo. Miró horrorizada el lugar que le dolía y vio una enorme abeja. No era la estación de las abejas, pero allí había una, en su brazo. Intentó abrir la puerta del auto, sintiéndose ya medio torpe y con el corazón disparado.

Consiguió descender y vio, sin mucha nitidez, que alguien se aproximaba a ella. Debía ser Duarte, pues era alguien alto y moreno.

- ¿Qué pasó? -Duarte se acercó aprehensivo.
- Una abeja... fui picada -Emily consiguió decir.
- ¿Dónde está tu kit de medicamentos? -Duarte acudió, sabiendo que ella tendría aquella reacción alérgica por la que ya pasara otras veces.
- No creí que... Lo dejé en algún lugar... -ella casi no consiguió coordinar los pensamientos.
- ¡Meu Deus! ¿Dónde es el hospital más próximo? -Duarte la sostenía, evitando que ella cayese. - ¿Emily... un hospital... un médico? Háblame, Emily.
- Hay una villa al otro lado del trillo del tren -ella dijo con un hilo de voz.

Emily tenía conciencia de que estaba siendo cargada, oía voces nerviosas en portugués, pero sentía tanto dolor que no conseguía entender bien lo que estaba pasando. Procuró abrir los ojos, intentando focalizar a alguien, pero su cuerpo dolía demasiado y le robaba las fuerzas. Percibió que estaba en un auto diferente y encontró un poco de energía para intentar levantarse.

- Jamie... ¿Dónde está Jamie?

– Él va a estar bien. Tú también vas a estar bien.

Aún en el estado en que estaba, Emily tenía conciencia de que no todo saldría bien. Siempre fue alérgica a las picaduras de abeja y recibió órdenes médicas de no salir sin llevar su kit de adrenalina. En los últimos tiempos, no obstante, ni se acordaba de eso, tantas eran sus preocupaciones.

– Te vas a quedar con Jamie. Eso es lo justo –murmuró.

– Por el amor de Dios, no vas a morir, Emily –Duarte retrucó furiosamente. – No voy a permitir que eso pase.

Antes que ella perdiese la conciencia, todo lo que pensó es que Duarte tenía el derecho de estar con su hijo. Lo que estaba pasando con ella era un castigo por todo lo que había hecho. No sólo impidiera a Duarte ver a su hijo, él la encontró en los brazos de otro hombre, meses antes de que naciera el bebé.

No sabía porqué había dejado a Tony besarla. No quería nada con él. El hecho es que andaba demasiado infeliz con su matrimonio, y Tony la sorprendió en un momento de debilidad. En toda su vida, nadie dijo antes que la amaba, como Tony lo dijera aquel día. Duarte siempre parecía indiferente, no era cariñoso y no demostraba amarla.

Aquella tarde, después de confesar su amor, Tony la tomó desprevenida y la besó. Confusa, ella no luchó por liberarse del abrazo. No sentía nada por Tony, ni quería besarlo, aún así permitió que la besase. Había sido infiel a su marido y nada podría justificar su instante de debilidad. Duarte entró en la sala y la encontró en brazos de Tony. Nada lo hizo convencerse que sólo fue aquel beso. Duarte creía que ella fue amante de Tony y lo estuvo traicionando allí, en su propia casa. Exigió inmediatamente la separación, aún con ella embarazada.

Los recuerdos fueron desapareciendo y se desmayó.

Emily abrió los ojos y vio que estaba respirando por una máscara de oxígeno. Debía haber sido correctamente medicada, porque continuaba viva. Se sentía desorientada, sin saber donde estaba. Comenzó a sentarse, mirando los rostros desconocidos que se doblaban sobre ella.

– ¿Qué?... ¿Dónde? –ella preguntó con voz débil.

– Usted tuvo un ataque alérgico –un hombre de mediana edad muy joven respondió. – Está en un hospital, soy su médico... Acabamos de aplicarle una inyección de adrenalina.

– Calma. Continúe acostada por ahora –la enfermera aconsejó. – ¿Se está sintiendo mal?

Emily descansó la cabeza en la almohada y sólo hizo un gesto negativo con la cabeza. De a poco sentía la energía volviendo a su cuerpo, pero aún estaba demasiado débil. Percibió que Duarte la miraba. Inconscientemente intentó arreglarse el cabello para no parecer fea a los ojos de él. Paró el movimiento tomando conciencia de como era vulnerable a su marido.

Por un segundo, era como si el tiempo hubiese parado. Sus miradas se encontraron, y ella sintió su corazón latir más fuerte.



Siempre pasaba eso cuando estaba al lado de Duarte, desde el primer momento que lo conoció.

Sintió deseos que él la abrazase. Duarte la atraía como si fuese un imán. Siempre lo amó y, aún así, el matrimonio entre ellos había sido un desastre. Cuanto más ella sentía que lo amaba, más desesperada se sentía delante de la indiferencia con que él la trataba. Emily intentó quebrar la barrera que había entre ambos sin éxito. Duarte había partido su corazón. Quedó lastimada al ver la satisfacción que él sintió al saber que iba a ser padre, nunca antes pareció tan feliz, ni aún el día del casamiento. Y entonces la encontró en los brazos de Tony...

– No creo que hayas sido tan descuidada –Duarte dijo, aproximándose a la cama.

Emily abandonó sus pensamientos y miró a su marido.

– Quién está precisando de una buena taza de té, es usted –dijo la enfermera, sonriendo. – Pasó por un susto enorme y ahora precisa relajarse.

Duarte no estaba acostumbrado a oír órdenes y quedó sorprendido al oír a la enfermera tratarlo como si fuese una criatura grande que precisaba orientación.

Emily percibió que había sudor en el rostro de Duarte. Él realmente estuvo preocupado, con miedo que ella muriera. Tal vez no la odiase mucho.

Era posible que estuviese disfrazando sus emociones. Duarte, en verdad, nunca las revelaba. Ella era tan diferente a su marido, jamás conseguía esconder ninguna emoción. Giró el rostro, incapaz de mirar de nuevo aquellos ojos negros.

– Su marido se llevó un tremendo susto –le contó la enfermera mientras preparaba algunos remedios.

Emily hizo un gesto como si concordase. Sabía que Duarte nunca la disculparía por no estar cargando su kit de adrenalina.

– ¿Por qué tengo que quedarme en la cama? –Emily preguntó al ver que la enfermera la estaba desnudando.

– El doctor quiere que se quede en observación durante algunas horas para estar seguro que no habrá reacción alguna.

Después que se puso la camisola de hospital, Emily se quedó sola en el cuarto, imaginando con quien estaría Jamie en aquel instante. ¿El bebé estaría asustado lejos de ella? Como entendiendo el sufrimiento de una madre, la enfermera entró en el cuarto nuevamente, esta vez cargando a Jamie.

– ¡Creo que este lindo bebé es suyo y está queriendo a su madre de regreso!

Emily abrió los brazos, y Jamie se agarró a ella inmediatamente.

– ¿Quién se estaba encargando de él?

– Un señor de mediana edad que llegó junto a su marido. Se quedó en recepción, intentando calmar al bebé que berreaba a pleno pulmón.

Debía ser Mateus Santos que era un solterón y no sabía lidiar con bebés. Jamie ahora parecía calmado, recostado a su pecho y cerrando

los ojos, somnoliento. Emily vio que Duarte estaba en la puerta y miraba a madre e hijo abrazados.

- ¿Ya viste a Jamie? -ella le preguntó bajito.
- No... Mateus se quedó con él -Duarte admitió.

Jamie estaba en una edad que extrañaba a las personas que no conocía. No demostró interés en mirar a Duarte y se agarró más aún a su madre.

- Duarte, lo siento mucho -Emily murmuró impulsivamente. - Siento mucho todo lo...
- Tu arrepentimiento no me emociona, Emily. ¿Cómo tuviste coraje de arrastrar a mi hijo por todas esas carreteras, dentro de un trailer como si fuese un gitano? ¿Cómo osaste colocarme en una posición en que tengo que justificarme con la policía simplemente porque quiero ver a mi hijo? ¿Y por qué crees que vas a conseguir resolver todo con un simple pedido de disculpa?

## Capítulo 2

- ¿La policía habló contigo? -Emily miró perpleja a Duarte. - ¿Por qué?
- Desde que nos casamos, sólo me has traído vergüenza y deshonra. - Duarte respiró hondo, no consiguiendo controlarse muy bien.
- ¿La policía estuvo aquí? -Emily susurró, intentando no prestar atención a las palabras que su marido decía y que la lastimaban tanto.
- La sra. Barker, tu ex-patrona, llamó a la policía, acusándonos de haber invadido su propiedad y perseguirte. Dos policías están ahí afuera esperando que mejores para interrogarte.

Duarte se levantó con un mirar furioso. Su figura era imponente, pues tenía casi dos metros de altura y los hombros muy largos.

- Duarte...
- Si tú te atreves a mentir y sugerir que te forcé a algo, voy a entrar con una acción en el tribunal y pedir la custodia de mi hijo. ¿Eso está bien claro?

Emily tembló como si la temperatura del cuarto estuviese bajo cero. Colocó las manos alrededor del bebé que dormía junto a ella. Con una única amenaza, Duarte desarmara a Emily, dejándola sin voz. Aún antes de nacer Jamie, él ya la amenazara. ¡Imagina ahora lo que no haría, después de ver como su hijo era lindo!

Fue una amiga de Emily quién le avisó ocho meses atrás que Duarte estaba decidido a quedarse con el bebé tan pronto naciera. Su amiga dijo que oyó a Duarte conversando con un abogado, y Emily no dudó de su palabra. Ahora él la amenazaba personalmente y, con certeza, haría lo que prometiera. Emily miró a aquel hombre alto y masculino que, aún furioso, despertaba emociones perturbadoras en cualquier mujer. ¿Por qué no rechazó su pedido de casamiento? ¿Por qué no percibió que un hombre guapo y rico como él no podría querer

casarse con una mujer tan común? Duarte nunca hablaba sobre su primer casamiento que terminó en tragedia. Ni siquiera que enterró su corazón en la tumba de su amada.

- ¿Estamos entendidos, Emily? -Duarte preguntó irritado.
- Si, claro -concordó, alejando su mirar.

Tantas veces, en los últimos tiempos, se quedó imaginando si no estaría siendo injusta con Duarte. Pero no había como dudar que él pretendía alejarla del bebé, como dijo en la conversación con el abogado, la cual su amiga escuchara. Duarte quería verla fuera de la familia, después que lo deshonrara. Lo peor es que él se precipitó en juzgarla, pues al final todo lo que Emily hizo fue no reaccionar cuando Tony Jarrett la besó. Nunca habría consentido en vivir un romance extra conyugal con él.

Emily se quedó mirando la carita de Jamie, sintiendo su piel suave y aromática. Sabía que se equivocó en alejar al bebé del padre y, aún sufriendo una injusticia, no sabía como defenderse.

- No pretendo separarte de nuestro hijo -Duarte dijo de repente.
- Sé que él te precisa.
- ¿De verdad? -ella preguntó, comenzando a tener esperanzas.
- Sólo digo lo que pienso. Voy a tomar a Jamie ahora que está dormido -Duarte dijo, extendiendo las manos en dirección al bebé. - La sra. Barker vino con mis hombres de seguridad y se ofreció a encargarse de nuestro hijo hasta que estés mejor y salgas del hospital. Creo que él está acostumbrado a ella y no va a llorar.

Emily titubeó en entregar al bebé, pero vio que Alice abrió la puerta del cuarto, llevando el bolso con la ropa de Jamie.

- Voy a dejarlas conversar mientras me entiendo con la policía - avisó Duarte fríamente.

Alice sonrió y corrió hasta el borde de la cama.

- ¿Cómo iba a saber que era tu marido? Pensé que era gente de la mafia que quería raptarte.
- Hiciste lo que debías, pues no sabías de mis problemas. Soy yo quién ha actuado mal todo este tiempo -dijo, arrepentida. - Empeoré aún más mi relación con mi marido, cuando entré en pánico y huí de nuevo. En el camino, fui picada por una abeja y como soy alérgica...
- Y tu marido salvó tu vida -la interrumpió Alice, sonriendo. - Me siento tan avergonzada por haber llamado a la policía... Ahora ustedes van a tener que dar mil explicaciones a los guardias.
- No te preocupes, fue todo mi culpa. ¡Siempre hago tonterías! - Emily exclamó desanimada. - Principalmente cuando estoy cerca de Duarte...
- No debe ser un buen marido, si te hace sentir de ese modo. Apuesto que vas a decir que es maravilloso sólo para dejarme satisfecha.
- Pero él es... Soy yo la equivocada en esta historia.

Ella cometió un error creyendo que Duarte podía ofrecerle la vida que siempre soñó, quería mucho ser amada y deseada. Tuvo

demasiadas esperanzas y terminó infeliz en su matrimonio. Era apenas una especie de objeto más que Duarte poseía. Cabía a ella sólo satisfacerlo, como si no tuviese una vida propia. Emily sabía que siempre fue tímida y, en vez de despertar con el matrimonio, se cerrara más aún en si misma. Después que se separó, su autoestima quedó seriamente afectada.

Cuando Alice salió llevando al bebé, un policía simpático entró en el cuarto queriendo saber si Emily tenía alguna queja que hacer contra su marido. Ella lo negó, dijo que todo no pasó de un gran malentendido y después estaba nuevamente sola. Somnolienta, acabó recostándose en las almohadas y se durmió.

Despertó sólo algunas horas después, cuando el médico entró en el cuarto para verificar como estaba su estado general. Después de un rápido examen, le dio de alta, aconsejándola nunca salir de casa sin su kit de adrenalina.

Ni bien el médico se retiró, Emily rápidamente se vistió para irse. Estaba nerviosa y no conseguiría comer nada de aquello que le fue servido en el cuarto.

Mateus Santos estaba esperando por ella en la recepción y la llevó hasta la limusina.

Duarte no salió del coche para recibirla. Solamente cuando ya estaba sentada a su lado es que se atrevió a mirarlo de frente.

- ¿Y ahora? -ella preguntó. - ¿Qué vamos a hacer?
- Buscaremos a Jamie e iremos a casa.

Quedaron en silencio, incapaces de revelar sus pensamientos. Emily no quería volver a Portugal, pero se sentía sin coraje para decir eso en aquel momento. Duarte no parecía querer conversar con nadie.

- Vamos a volver, ¿es eso?
- Es eso -Duarte confirmó, mirándola fríamente. - Mandé sacar tus cosas del trailer, y Mateus ya resolvió qué hacer con los vehículos.

Emily suspiró desanimada. Duarte la dejó apenas con la ropa puesta.

- Podrías haberme consultado sobre lo que yo pretendía hacer con mis cosas -ella reclamó finalmente.
- No importa lo que tú desees sino lo que yo deseo -dijo Duarte, terminando la conversación.

Emily percibió que estaba nervioso cuando lo observó discretamente. Duarte era un hombre guapo y sexy. Cabellos oscuros, mirada penetrante, nariz aguileña, mentón masculino, lo volvían especial. Se obligó a dejar de mirarlo con tamaña adoración, buscando prestar atención a lo que él conversaba con sus guardaespaldas, pero hablaban en portugués.

- Duarte... Me gustaría quedarme en Inglaterra.
- Eso no es posible, a no ser que quieras el divorcio.

Emily no estaba en posición de insistir en nada. Duarte había ahogado todas sus protestas en el momento que dijo que podría pedir la custodia de Jamie. Ella no conseguiría convencer a ningún juez que

podría criar a Jamie con comodidades, pues su situación económica era un desastre, además estaba el hecho que ella huyó con la criatura después de ser acusada de infiel. Con certeza, el juez vería con malos ojos la infidelidad, la fuga a Inglaterra, el error que cometió al no buscar quedarse con su hijo legalmente. Duarte tenía recursos para criar a su hijo con comodidades, era el marido traicionado, no había sometido a la criatura a una vida de viajes incómodos. En fin, ella sabía que tendría pocas condiciones para conseguir la guarda de la criatura en el tribunal. Además, el juez sería portugués como Duarte y ella, una extranjera. ¿Qué oportunidad tendría? Ninguna, con certeza.

– Pensé que eras tú quién quería el divorcio. –intentó esconder el temblor de sus manos.

– No de momento.

Emily sintió deseos de gritar. Él no le estaba dando ninguna oportunidad de decidir qué hacer, como si no tuviese voluntad propia. Siempre la mantenía alejada, a no ser cuando estaban en la cama, y ese pensamiento la perturbó. Habían dormido en camas separadas desde el comienzo y cuando hacían el amor era como si estuviesen cometiendo una especie de pecado. Ella se sentía excitada y lo tocaba en aquellos momentos de intimidad. Lejos de la cama, Duarte la mantenía alejada y la trataba fríamente.

Intentando alejar esos recuerdos, Emily procuró fijar su atención en la sillita de bebé que había en el coche. Duarte no iba a pedir el divorcio ni alejarla de Jamie. Debía apegarse a esos hechos. Estaba cansada de huir y vivir asustada. Lo que pasara en el futuro no podría ser peor que aquello que vivió en los últimos meses.

– ¿Vas a buscar otras mujeres nuevamente? –Emily preguntó sin ni siquiera saber porqué tocaba ese asunto.

Duarte no respondió nada, apenas la miró duramente. Emily bajó los ojos, arrepentida de haber hecho la pregunta.

– ¿Qué quieres decir con nuevamente? –él indagó bien lentamente.

– Dije una tontería, fue eso. Y quedé pensando que tú...

– ¡Hiciste una acusación muy clara y directa! –los ojos de Duarte encararon los dulces y azulados de su esposa. – Quiero creer que estás haciendo acusaciones para intentar justificar tu comportamiento indecente.

Emily intentaba encontrar un medio de evitar aquel asunto, no porque tuviese miedo de enfrentar a Duarte, sino porque temía que él cambiara de idea y resolviera pedir la guarda de Jamie.

– No es nada de eso. Yo no... Yo no...

– No oses tocar ese asunto de nuevo –Duarte la alertó duramente.

Emily desvió la mirada al paisaje y vio que estaban entrando en la propiedad de Alice. Eso la animó y, tan pronto el coche estacionó frente a la casa de la hacienda, salió corriendo. La vieja señora estaba en la terraza con Jamie en brazos.

– ¿Tú y Duarte aceptan tomar un café conmigo?

Jamie pasó a los brazos de su madre con una sonrisa larga, y Emily sintió el corazón latir más fuerte de emoción. Quería continuar allí, viviendo con Alice, y no entrar nunca más en la limusina.

- Voy a preguntarle a Duarte si tenemos tiempo para un café. - Emily sonrió a la bondadosa señora que tanto la ayudara.

Duarte estaba justo detrás de ella y saludó a Alice con cortesía. Conseguida ser encantador y simpático siempre y conquistaba a las mujeres con facilidad, como hizo durante el noviazgo con Emily.

- No tenemos tiempo, señora -Duarte dijo como si lamentase no poder quedarse. - ¿Vamos, Emily? -pidió, tocando levemente el hombro de su mujer.

Se despidieron apresuradamente, y Emily entró en el auto llevando al bebé y saludó a Alice.

- Prefiero que te mantengas callada durante el viaje -le pidió Duarte cuando vio que Emily lo miraba como si quisiese preguntar algo.

Por lo menos no habían vuelto a hablar sobre las otras mujeres. Emily se recordó que él quedó indignado cuando le preguntó sobre el asunto, pero no le dio ninguna respuesta, ni afirmando ni negando que la traicionara. Era mejor así. Ellos probablemente vivirían alejados, tal vez ni siquiera en la misma casa. A Emily le gustaría que él dijera lo que esperaba de ella, cómo vivirían a partir de ese reencuentro. Tal vez su silencio fuera una especie de castigo, un castigo por lo que ella lo hizo pasar.

Percibió que Duarte miraba al bebé. Quería tocar a su hijo, aproximarse a él, pero estaba medio receloso. Tomó un osito de peluche y se lo entregó a Duarte.

- Puedes darle el bichito.
- Cuando precise consejo, voy a pedirlo, ¿está bien? -Duarte la miraba con hostilidad. - Sólo estaba imaginando si puedo tocarlo sin que comience a llorar.
- No quise entrometerme. Lo siento mucho.
- Con el tiempo él se va a acostumbrar a mí.

Duarte era demasiado orgulloso para mostrar debilidad. Si no hubiese visto emoción en sus ojos cuando miraba al bebé, Emily podría creer que ni le importaba la criatura.

- Huí de Portugal, porque tenía miedo de estar sin el bebé -Emily comenzó a explicarse.
- No voy a discutir este asunto en frente de la criatura. Tú no lo percibes, pero él te está mirando y extrañando tu nerviosismo. ¡Lo estás asustando!

Emily miró a Jamie y notó que la criatura estaba de hecho agitada. Entendió que ni ganaba nada en explicarse, pues las oportunidades de Duarte disculparla eran mínimas. Tenía que convencerse que Duarte estaba solamente interesado en su hijo y la estaba llevando con él porque creía que la presencia de la madre era muy importante para la criatura en los primeros años de vida.

Cuando entraron en el área del aeropuerto, Emily tomó conciencia que estaba mal vestida y que sus zapatos, jeans y sweater no eran

adecuados para un viaje internacional. Ya Duarte era la imagen de la elegancia con su traje gris ajustado al cuerpo fuerte y masculino, con una caída perfecta.

- Podrías haberme dejado ropa para me que pudiera cambiar y mejorar mi apariencia -Emily reclamó. - ¿Cómo voy a viajar de ese modo?

Ella tenía ropa cara en su casa de Portugal. Duarte la llevaba a fiestas, y ella tenía que corresponder a la imagen de elegancia y sofisticación que todos esperaban de su esposa. Duarte siempre se mostraba insatisfecho con la ropa que ella compraba, criticando especialmente los colores brillantes que escogía. Emily creció vistiendo jeans y camisetas, pero intentara ser más femenina cuando sus hermanas comenzaron a tomarle el pelo por su apariencia de niño. Después hizo la tontería de casarse justamente con un hombre para quien la apariencia física tenía mucha importancia.

- Puedes comprar ropa aquí mismo en el aeropuerto -dijo Duarte, extendiéndole una tarjeta de crédito.

Emily se ruborizó avergonzada. Quería poder rechazar la tarjeta y pagar su propia ropa, pero no tenía dinero suficiente.

Intentó disfrazar las lágrimas que habían aparecido en sus ojos y aceptó la tarjeta en silencio. Estaba amargada y sin fe alguna en el futuro.

- Deberías haber elegido mejor a tu esposa... -Emily dijo bajito.
- Ahora es tarde para arrepentimientos -Duarte comentó fríamente. - Y este no es el lugar para conversaciones de este tipo.

Emily tragó en seco, debía saber que él siempre respondería con agresividad a sus comentarios y evitar que eso la lastimase una vez más. Debía quedarse quieta y mantenerse discreta. Tomó la tarjeta que le extendía y entró en la tienda más próxima. Resolvió elegir colores brillantes, porque una amiga le dijo que los tonos fuertes realzaban su piel clara y el cabello rojo. Procuró no mirar la ropa más discreta y deportiva que le gustaba más. Su amiga con certeza entendía más de moda que ella.

Eligió una blusa color naranja, con estampado colorido y sin mangas y una falda en el mismo tono. Se probó la ropa y se miró al espejo. Intentó convencerse que estaba haciendo la compra correcta y que su apariencia mejoraría vistiendo aquello. Cuando salió de la tienda vio a Duarte y su guardia al lado de un cochecito de bebé donde habían puesto a Jamie. Los guardias la miraron y bajaron los ojos discretamente. Cuando Duarte la vio puso una expresión de crítica en su mirada, y Emily tuvo la certeza que eligió mal la ropa nuevamente. Se sentía incómoda con los zapatos de taco alto que compró y con la ropa colorida que pensó combinaba con su estilo.

- Disculpa la demora -murmuró, comenzando a empujar el cochecito, consciente que estaba totalmente mal vestida. Debía haberse quedado con el viejo jeans desbotonado.
- No hay problema -Duarte respondió con frialdad.

En la sala de espera, Emily vio su imagen reflejada en el espejo y se asustó. La ropa era demasiado colorida y ahora no tenía tiempo para cambiarla. Se sentó, intentando no llamar la atención. Lo que más quería era poder desaparecer como en un pase de magia. Duarte continuaba en silencio no queriendo conversación alguna. ¿Por qué aún se lastimaba con eso? Cuando estaban casados, él hacía siempre eso, aún antes de encontrarla en los brazos de Tony.

Sabía que no era bonita, porque su madre y hermanas comentaban eso con frecuencia. Eran rubias y tenían una belleza clásica, mientras Emily nació con cabello rojo que escandalizaron a toda la familia. Decían que salió a la bisabuela.

A Emily no le importaba ser bajita, tener cabello rojo y no tener senos grandes. Cuando vio a Duarte Álvares Monteiro por primera vez, se enamoró a primera vista, aún sin tener ninguna esperanza de que él la notase. No en tanto, él la buscó y le pidió matrimonio. La sorpresa fue general, al fin de cuentas, ¿qué habría visto Duarte en aquella muchacha sin gracia, mientras era asediado por mujeres rubias, hermosísimas y llenas de encanto?

### Capítulo 3

Al completar los 19 años, Emily ya había terminado su curso de equitación y, si quería, podría trabajar como instructora

Sus dos hermanas trabajaban en la empresa de exportación de vino de su padre y estaban ganando bien. Nadie le ofreciera la misma oportunidad a Emily y, como su madre la presionaba para encontrar empleo, vivir sola y ser independiente, resolvió aceptar una oferta de trabajo en el establo de la casa de campo que Duarte poseía en Inglaterra.

Trabajando en la mansión, Emily comenzó a tener una idea de como era la vida del banquero. Duarte Álvares Monteiro tenía su jet privado, una flota de helicópteros y coches lujosos a su disposición, además de una docena de mansiones, cría de caballos de raza y una preciosa colección de arte.

Pasaron semanas antes que Emily conociera a su patrón, a pesar de oír muchos comentarios sobre él, hechos por los empleados de la casa. Decían que pertenecía a la aristocracia portuguesa, que era descendiente de nobles del siglo XIII.

Cuando vio un auto deportivo plateado entrar en los jardines de la mansión, el jefe del establo comentó extasiado que era un McLaren que valía una fortuna. Una de las empleadas agregó que mejor que el auto era su dueño y que, ni bien Emily pusiera los ojos en él, se enamoraría. Duarte tenía sólo 28 años, era sexy, y la mujer que consiguiese llevarlo a un cuarto debería tirar la llave afuera!

Ya habían pasado dos años, pero Emily aún recordaba bien lo que sintiera al mirar a Duarte por primera vez. Tenía cabello oscuro que brillaba con la luz del sol, y su piel era bronceada. Muy alto, él se arqueó para abrir la puerta del pasajero. Emily estaba segura que de



allí bajaría alguna mujer bellísima, y se quedó sorprendida cuando un cachorro marrón enorme saltó alegremente del coche.

- No soy yo quien voy a cuidar de ese monstruo de nuevo - reclamó uno de los empleados. - Ese cachorro es pesado como un árbol y corre como un caballo de raza. ¡Nadie consigue controlarlo!

Antes que Emily pudiese comentar algo, el jefe del establo la llamó y la mandó a dar una vuelta con el cachorro.

Jazz era un perro de caza irlandés. Tenía casi un metro de altura mientras Emily medía poco más de uno y medio. Deseó tener un cachorro desde pequeña, pero la familia nunca le dio uno. Ahora, llevaba a aquel animal enorme que la arrastraba, queriendo correr por el jardín.

- Sea gentil con él -Duarte ordenó. - Ya se está poniendo viejo.

Emily miró rápidamente a su patrón, afectada con su proximidad e intimidada por su altura y masculinidad. Tenía que levantar mucho la cabeza para poder ver su rostro. Cuando percibió que su patrón la encaraba, se sintió como si una descarga eléctrica la hubiese alcanzado. Un temblor recorrió su cuerpo, su rostro se ruborizó, al mismo tiempo que su corazón se disparaba. Duarte ni siquiera pareció notar el efecto que causara en ella, pues se volvió y se dirigió a la mansión. Al final, Emily no pasaba de una empleada, de las tantas que trabajaban en la hacienda.

Y, sin duda, en caso el destino no interviniese, Duarte Álvares Monteiro nunca habría percibido que existía. No en tanto, cuando Duarte partió, dejó el cachorro en casa con órdenes de que cuidasen bien de él. Ni bien Duarte desapareció de su vista, los empleados habían decidido mantener el animal encerrado en el establo, temiendo que desapareciera ó les diese demasiado trabajo.

- El patrón adora a ese animal estúpido -el jefe del establo reclamó. - Si le pasa alguna cosa, estaremos perdidos. Mejor atarlo.

Emily, no obstante, se quedó con pena del perro y decidió responsabilizarse por él, paseando y jugando con Jazz, que estaba ansioso por encontrar a alguien que lo tratase con cariño. En la noche en que el establo se prendió fuego, Emily no dudó en entrar en medio del incendio para soltar al animal, sin ni siquiera pensar en el peligro que corría. Cuando notó que el cachorro estaba a salvo, ella se desmayó por respirar mucho humo. Cuando despertó nuevamente, descubrió que estaba en un cuarto de hospital con Duarte sentado a su lado.

En el instante en que abrió los ojos, Duarte le sonrió.

- Arriesgar la vida para salvar a mi cachorro fue un acto tonto e increíblemente valiente -él murmuró.
- No pensé en nada -respondió Emily, encantada con el hecho de encontrar a Duarte bien cerca de ella.
- Usted es una heroína. Entré en contacto con su familia, pero parece que no podrán venir verla, dijeron estar demasiado ocupados.

- Gracias -dijo Emily, nada sorprendida con la falta de interés por parte de su familia.
- Soy yo el que estoy en deuda con usted. Uno de los empleados tuvo el coraje de confesar que, si no fuese por usted, Jazz habría quedado confinado al establo sin nunca salir a pasear. También dijo que usted fue la única, entre los veinte empleados de la casa, que cuidó de él.
- Es que me gustan los animales, y Jazz es un perro adorable - Emily comentó medio avergonzada.
- Jazz tiene un cerebro del tamaño de un guisante, eso si -Duarte comentó, riendo. - Pertenecía a mi hermana Elena y, cuando ella falleció, me quedé con él. Tal vez no haya sido muy sensato, porque casi no tengo tiempo para estar a su lado. Estoy siempre cuidando de los negocios.
- Pero Jazz lo adora. Sólo conseguí dejarlo feliz, cuando una de las empleadas me dio una vieja camisa suya para colocar en su cama -Emily confesó y se arrepintió inmediatamente de estar haciendo confidencias a su patrón, pues él se quedó en silencio. Dejara de ser la persona simpática que estaba siendo para volverse, nuevamente, distante y frío.

Después de salir del hospital, Emily pensó que no tendría más contacto con Duarte. No obstante, él decidió llevarla a pasar unos días descansando en casa de sus padres. Emily se enamoró de Duarte durante el viaje, a pesar que apenas se sentara a su lado, mientras él pasó todo el tiempo hablando por teléfono.

Al ver a Emily llegando en la limusina de Duarte, su familia lo invitó a cenar, ansiosos por impresionar a un hombre tan rico. Sus hermanas, Hermione y Corine, lo habían rodeado, queriendo conquistarlo bajo las bendiciones de sus padres. Emily se sintiera, una vez más, el "*patito feo*" de la familia. ¿Cómo podía competir con sus hermanas rubias y atractivas?

Emily interrumpió sus recuerdos y retornó al presente, pues estaba en la hora de entrar al jet. Tenía que parar de pensar tanto en el pasado y preocuparse solamente del presente. Cuando el avión despegó, percibió que Jamie estaba cansadísimo y resolvió llevarlo a dormir a un compartimiento preparado para el bebé. Le llevó veinte minutos calmarlo y sólo cuando se durmió fue que volvió junto a su marido.

- ¿Jamie se durmió? -Duarte preguntó, levantándose del asiento. Emily confirmó con un gesto de cabeza.
- Una respuesta verbal sería bienvenida -él comentó secamente.
- Si, se durmió. Y tal vez yo debiese quedarme allá, en caso se despierte.
- ¿Estás intentando impresionarme con esa demostración de amor materno incondicional? ¿Quién se quedaba con él cuando dabas las clases de equitación?
- Nadie...
- ¡¿Nadie?! -Duarte exclamó con rabia.

- No era un problema, porque las clases me tomaban solamente dos horas, y yo colocaba el cochecito con Jaime cerca. Generalmente, los padres de los alumnos se quedaban jugando con él.
- ¿Generalmente? No se debe colocar a un bebé en un lugar donde se entrenan caballos. Sabes muy bien que un alumno puede perder el control sobre el animal y éste representar un peligro para quién esté cerca, ¡cuanto más un bebé!
- ¡Jamie nunca corrió peligro alguno! -Emily retrucó palideciendo. - Siempre estuve segura. Hice lo mejor que pude...
- Pero lo mejor que podías ofrecer no era lo suficiente, ¿no es verdad? -Duarte estaba irritado. - Dejaste a nuestro hijo en compañía de extraños en vez de cuidar de él como debías.
- Quería estar a su lado todo el tiempo, y tú estás imaginando todo mucho peor de lo que era en verdad -Emily protestó prontamente. - En todos los lugares donde trabajé, Jamie siempre recibió mucha atención de todos. La mayoría de las personas adora a los bebés, especialmente las que son felices.
- No es eso lo que estamos discutiendo -Duarte dijo fríamente.
- Aunque yo quisiese, no podría pagar una niñera para encargarse de él.
- ¿Y de quién fue culpa eso?
- ¿Quién fue el responsable por mi fuga de Portugal? -Emily estaba tensa y no conseguía pensar bien. Nunca se salía bien de las discusiones.
- Probablemente tú misma vas a responder esa pregunta, ¿no? - Duarte no parecía impresionado con el hecho de que ella no aceptara sus críticas sin reaccionar.
- ¡Me fui de Portugal porque tenía miedo que intentaras alejarme del bebé tan pronto naciera! -Emily exclamó nerviosa.
- ¿Y de dónde sacaste esa idea absurda? Sólo hice esa amenaza hoy de mañana, en el hospital, porque mi paciencia se había agotado. ¿Qué te hace pensar que cometería ese acto dramático?

Emily bajó la cabeza, pues no podía contarle que fue su amiga Blis quien dijo haber oído Duarte conversando con el abogado y declarando que iba a separar a su esposa de su hijo, tan pronto él naciese. Blis siempre fue su amiga, apoyándola en los momentos difíciles. No podía decir nada contra ella.

- Creí que eras capaz de eso, porque me estabas tratando muy mal. Tuve miedo de que me separases del bebé...
- ¿Entonces creíste que era más razonable alejarlo de mí? - Duarte preguntó irónicamente. - Muy conveniente de tu parte. No ganas nada con actuar como si fueses una víctima porque no estoy nada impresionado, querida.
- No estoy intentando impresionarte.
- ¿No? -Duarte la estaba desafiando.

Emily sintió la necesidad de tener una conversa franca con su marido. Estaba cansada de las acusaciones, quería tener la oportunidad de exponer sus sentimientos.

- Sé que cometí errores -confesó.
- ¿Errores?
- Pero ahora estoy siendo sincera y honesta.
- Sincera y honesta -Duarte repitió las palabras como analizándolas con cuidado. - ¡Eso es un absurdo! ¿Cómo puedes decir que eres honesta? Eres una ordinaria, eso sí.

Emily gimió al oír la crítica de Duarte. Aún cuando la encontrara en los brazos de Tony, no empleara ese término.

- Pero...
- ¿Pero qué? Estabas embarazada de mi hijo y aún así fuiste a la cama con otro hombre. ¿Cuántas mujeres traicionan al marido cuando están embarazadas? -Duarte la acusó. - ¡Y encima osaste presentarme a tu amante, y lo trajiste a mi casa! Solamente una mujer sin moral puede actuar de esa manera.

Aún sabiendo que cometió errores, Emily no iba a ser acusada de lo que no hizo.

- Duarte, eso no es verdad. Tony nunca fue mi...
- ¿Crees que voy a creer en tu explicación simple? No significas nada para mí. -Duarte afirmó con voz pausada.

Emily sintió que todo su cuerpo se enfrió y tuvo miedo de perder los sentidos.

- Pero tú me perteneces -Duarte continuó. - Eres mi esposa... - completó con aire irónico.

Extrañamente, Emily sintió que sus fuerzas volvían.

- ¡No! Puedes ser dueño de coches, casas y una colección de cuadros, ¡pero no eres mi dueño! Puedo ser tu esposa, pero no soy un objeto sin pensamientos, sentimientos ó derechos.

Sin notarlo, Duarte se acercó a ella, quedando a una distancia peligrosa. Mientras intentaba entender de donde sacara fuerzas para discutir con él, Emily tomó conciencia que Duarte estaba prácticamente tocándola.

- No tienes ningún derecho en este matrimonio -Duarte dijo, finalmente quebrando el silencio.
- No creo que pretendas... ¡no tendrás el valor! -Emily intentó recuperarse de la sorpresa. - Sólo estás enojado conmigo y...
- No estoy enojado contigo -Duarte murmuró, mirándola como si fuese un leopardo observando a su presa. - Pero no puedo confiar en ti ni quiero darte el tipo de libertad que te di antes.
- ¿Aquello era libertad? -Emily comenzó a reír. Aquella afirmación era demasiado ridícula. Sólo tuvo obligaciones cuando era esposa de Duarte. Era como si viviese en una celda de prisión. No tenía una hora libre para sí misma, todo era organizado por él, y Emily sólo tenía que obedecer.
- ¿Entonces te ríes de mi generosidad? -el mirar de Duarte era amenazante.
- Ah, te referías al dinero... -Emily finalmente entendió lo que él quería decir. - Bien que intenté consolarme haciendo compras,

pero no me satisface esas cosas. No soy el tipo de mujer con quien deberías haberte casado, y todavía no conseguí entender porqué te casaste conmigo.

Duarte la miró fijamente. Emily se sentía como si el oxígeno del lugar estuviese por acabarse. Aún así, no se alejó de Duarte, detestando percibir que su proximidad provocaba sensaciones físicas que no quería sentir nuevamente. Él la excitaba, aún cuando la trataba como si fuese un pájaro que cayera en una trampa.

- ¿No desconfías por qué me casé contigo? -él le preguntó bruscamente.

Oír su voz ya era suficiente para provocar extrañas sensaciones en Emily. Procuró anular el escalofrío que recorría su espina y respiró hondo, era consciente que sus senos comenzaban a doler y sus pezones despertaban con sensaciones casi olvidadas.

- No tenía nada para ofrecerte además de mi fortuna, pero tú parecías querer poca cosa. -Duarte la observaba con sus ojos oscuros brillantes. - Además de mí, claro... Y tú me querías tanto como el propio aire que respirabas. En esa ocasión, me pareció un intercambio justo.

Emily estrechó los ojos, incapaz de creer lo que oía. Se sintió dolida y humillada, las palabras de Duarte la herían como si fuesen dagas. Sus ojos azules estampaban la vergüenza que la dominaba.

Él sabía cuanto Emily lo quería. Al fin de cuentas, ella nunca se preocupó en esconder eso. Hacía cualquier cosa para estar cerca de Duarte, y él se aprovechaba de su fragilidad.

- No deberías haber preguntado, si no querías oír la verdad - Duarte murmuró con voz cortante.

- En el pasado... no habrías respondido a mi pregunta -Emily respondió bajito.

- Eso era antes, en el pasado. Ahora estamos en el presente, y mucho cambió. Claro que eso no se refiere al deseo que continúas sintiendo por mí.

- Bueno, en eso estás muy equivocado, Duarte... -Emily sintió que una ola de rabia invadía todo su ser. - Superé la atracción enferma que sentía por ti. Consigo perfectamente vivir sin estar a tu lado, implorando por tu atención y por tu cariño. Me cansé de ser considerada un objeto. Mis sentimientos cambiaron cuando me embaracé y tú resolviste ignorar que existía.

- ¿No sientes más nada por mí? -Duarte se aproximó, sorprendiéndola distraída y antes que ella tuviese la oportunidad de alejarse, su boca sensual atrapó a la de ella en un beso abra salador.

Como no esperaba que eso pasara, Emily no tuvo ninguna reacción para impedirlo. Estaba avergonzada y con rabia. No conseguía respirar bien, ni pensar. Olvidó cuanto la lastimara y entreabrió los labios para recibir su beso, vibrando con el contacto de sus cuerpos.

- Duarte... -murmuró. - Duarte...

- Nuestro hijo está llorando. ¿No lo oíste? Ve a cuidar de él, ve.

Como una mujer perdida dentro de un sueño perturbador, Emily se alejó de él. Miró a su marido, sintiendo que su cuerpo continuaba reaccionando a su roce.

- Jamie está llorando... -Duarte repitió impaciente.

En aquel momento, Emily tomó conciencia de lo que hiciera, despertando del mundo de sensualidad en que el beso de Duarte la sumió. La miraba con ironía, continuaba al mando y bastaba que la tocara para que ella perdiese el autocontrol y se entregase completamente a las sensaciones que le provocaba.

Oyó el llanto de Jamie y se alejó corriendo, pálida y sintiendo la falta de aire. Emily tomó al bebé, lo acunó y pronto estaba durmiendo nuevamente.

El cuerpo trémulo de Emily aún dolía, frustrado con la interrupción de las caricias. Fue tan fácil creer que Duarte no la perturbaría tanto, mientras estaba lejos... Un pensamiento invadió su mente: ¿cómo la besara con tanto fervor si, meses antes, había jurado que no conseguía ni siquiera estar bajo el mismo techo que ella?

Duarte la había tocado nuevamente y la hizo actuar como una tonta. Eso no debería sorprenderla, su marido siempre consiguió mantenerla presa a sus encantos.

Los recuerdos de aquellos tiempos volvieron...

Un mes después del incendio en el establo, Emily fue informada de que Duarte quería verla. El llamado vino cuando terminaba de entrenar los caballos y tenía el cabello despeinado y la ropa amasada y sucia.

Era la primera vez que entraba en la mansión decorada en estilo georgiano. Jazz la recibió muy animado, saltando e intentando derribarla en señal de cariño. Ella lo acarició y sólo entonces percibió que Duarte estaba allí, observando sus juegos con el cachorro.

Duarte sonreía al decir algo que ella no escuchó bien. Volver a ver a Duarte después de las cuatro semanas que él estuvo lejos de la casa de campo la dejaron sin saber qué decir y como comportarse.

- Estoy toda sucia -Emily dijo cuando él le indicó una silla lujosa.  
- Prefiero estar de pie.
- Como quieras. No me voy a demorar. -Duarte recostó el cuerpo en el escritorio. Vestía un traje elegante que le caía muy bien. - Cuando doy fiestas en esta casa, mis amigos y colegas de trabajo siempre traen sus familias. Me enteré que da clases de equitación. Me gustaría que comenzase a dar clases para una de mis invitadas. Naturalmente aumentaré su salario. ¿Está interesada?
- Mucho -Emily respondió sorprendida.

En aquel invierno, Duarte pasó bastante tiempo en la casa de campo. Las tareas de Emily aumentaron, y ella debería también encargarse de las criaturas que visitaban la mansión. A fin de mes, Duarte dijo que sería conveniente que ella dejase el cuarto donde vivía con los otros empleados y se mudase a la mansión. Quedó más sorprendida aún cuando le informó que debería hacer sus comidas en la sala de visitas.

Una noche, durante la cena, uno de los invitados se volvió hacia ella y dijo:

- El sr. Monteiro me dijo que usted tiene una forma especial para lidiar con las criaturas y los animales.

Siempre ansiosa por escuchar algún elogio, Emily quedó emocionada. Más tarde, cuando ya era esposa de Duarte, había concluido que siempre estuvo bajo observación en aquel tiempo en que era aún una empleada. Todos la analizaban, querían ver como se comportaba, como pensaba, como reaccionaba en diversas situaciones. Emily siempre se presentaba tímida, y Duarte quedó contento que fuese así. En esa ocasión, no notó que él estaba evaluando sus cualidades y posibilidades para ser su esposa.

Fue ese el papel para el cual había sido escogida. Una mujer que no diese trabajo, no hiciese exigencia alguna, le gustaran las criaturas y los cachorros y se contentara con una atención mínima.

- Has salido muy bien -Duarte comentó semanas después. - Me gustaría llevarte a cenar, hoy.
- No hay necesidad de eso -Emily respondió, procurando esconder su emoción.
- Pero yo insisto. Vamos a cenar, a las ocho -Duarte dijo, dando por terminada la conversación.

Durante la cena Emily se sintió como si estuviese soñando. Estaba tan feliz por compartir aquellos momentos con Duarte que, después, ni recordaría lo que comiera.

Después de casarse con Duarte, llegó a la conclusión que debía haber dicho lo que esperaba de una relación amorosa. Pero, aquella noche, encantada por ver que sus más osadas fantasías se estaban realizando, se contentó en apenas mirarlo con amor.

- Me gustas, Emily.
- Tú también me gustas -ella respondió suavemente.
- Excelente -Duarte pronunció, en el exacto momento en que el mozo retiraba el plato con el bife casi sin tocar para cambiarlo por otro a punto.
- De verdad, me gustas mucho -Emily confesó, sin ni siquiera notar que estaba actuando como una criatura.
- Mejor aún -Duarte comentó.

Él no la besara aquella noche ni en los días siguientes. En verdad, si ella no hubiese tomado la iniciativa tres semanas después, ellos continuarían sin tocarse. Y sabiendo como impresionar hasta a la más tímida de las mujeres, él la besó de tal forma que ella perdió la noción del tiempo. Aquella misma noche, él la llevó a la cama. Al amanecer, cuando la vio de ojos abiertos soñadoramente, hizo el pedido.

- ¿Te quieres casar conmigo, Emily?

Ella ni siquiera había preguntado porqué quería casarse con ella. No habían tenido la conversación que era de esperarse entre dos personas que unían sus destinos. Había actuado como una marioneta, presa a los cordones que él manipulaba como quería.

- Tal vez te haya embarazado. Precisamos casarnos pronto.

Emily detuvo una vez más sus pensamientos, percibiendo que el avión estaba preparándose para aterrizar. Miró a su hijo adormecido y lo sacó de la cama, llevándolo a la cabina principal.

## Capítulo 4

Cuando Emily desembarcó en Lisboa, vio que dos limusinas esperaban por ellos. Al lado de una, reconoció a Blis, su amiga y secretaria de Duarte. Rubia, vestida con un traje oscuro, Blis miró a Emily y Jamie sin esbozar ninguna sonrisa.

¡Ella continuaba trabajando para Duarte!

Emily pensó cuan sorprendida debería estar su amiga al verla volver a Portugal. Duarte nunca supo de la amistad entre ambas porque Blis era de la opinión que él desaprobaba que su esposa se relacionase con su secretaria.

- Sra. Monteiro -Blis la saludó con un leve gesto de cabeza.

Emily sintió que ella debía estar enojada por no recibir cualquier noticia suya en aquellos últimos meses.

- Espera por mí en el auto, Emily -Duarte ordenó.

Emily sintió su rostro ponerse rojo de vergüenza, pero obedeció sin reaccionar. Mateus abrió la puerta de la limusina, y ella entró con el bebé, arriesgando una mirada a su marido que conversaba con su secretaria a algunos metros de distancia. Blis parecía una princesa de cuento de hadas, muy rubia y bonita. En aquel momento, estaba oyendo a Duarte con mucha atención, y Emily percibió que parecía estar un poco irritada, pero no decía nada, apenas escuchaba. Finalmente, Duarte entró en el coche. Emily estaba sorprendida que el avión hubiese ido directo a Lisboa y no a Porto, donde fabricaban el famoso vino de los Monteiro. En invierno, aquella región era demasiado fría, y Duarte la enviara para allá sola después de haberla encontrado con Tony.

Lloviera todo el tiempo, y las aguas del río Douro habían subido. Emily se erizó, perturbada con esos recuerdos.

- Tal vez pueda pasar los inviernos en Inglaterra -Emily propuso, mirando esperanzada a Duarte.

Su marido le hizo un gesto con la mano para que no interrumpiese su conversación al teléfono. Duarte parecía enojado. Emily se mordió el labio, decidida a no iniciar plática alguna. El coche entró en Sintra y se dirigió a la Quinta de Monteiro, la residencia principal de la familia.

La quinta quedaba en una región arbolada y próxima a una villa histórica, muy visitada por los turistas. Emily prestó atención en una de las casas donde Tony tenía su estudio, pero la propiedad estaba cerrada y había una placa de se alquila colgada en la puerta.



- Puedes estar segura que no vas a Inglaterra en invierno, ni en cualquier otra estación -Duarte dijo al colgar el teléfono. - No confío en ti y no quiero que salgas de mi vista.
- ¿Qué quieres decir con eso?
- De hoy en adelante, en todo lugar que vayas iré acompañada.
- ¿De qué estás hablando? -Emily percibió que habían llegado a la Quinta, pero no mostró ninguna intención de descender del coche.
- Entendiste muy bien -Duarte respondió con voz dura. - Si vas a andar a caballo, tienes que estar acompañada por un caballero, si vas a cualquier otro lugar tendrás que ir con el chofer ó con un guardia. Quiero saber donde estás y que haces en todos los minutos del día.

A Emily le costaba creer lo que oía.

- No vamos a Douro, porque tengo cosas que hacer aquí -Duarte observó con cierta agresividad. - Sólo quiero dejar bien claro que es ese el precio que tendrás que pagar por mi generosidad en aceptarte de vuelta.
- Aceptarme de vuelta... -Emily repitió las palabras de su marido. - ¿Y voy a quedarme en la quinta contigo?
- Si no te conociera bien, podría creer que está borracha. -Duarte abrió la puerta. - Conversaremos sobre eso después. Ahora, vamos a entrar.

La quinta de Monteiro era una enorme mansión edificada en el siglo XVI, muy parecida a un castillo.

- ¿Nosotros vamos a entrar? -Emily miraba incómoda la casa.
- Aún sintiéndome mal a tu lado, no voy a dejarte durmiendo en el coche -Duarte comentó con sarcasmo.

Emily finalmente comprendió las intenciones de Duarte. La estaba trayendo de vuelta a la vida que tuvo antes de la separación. No la mantendría en otra casa, contentándose en visitar a su hijo. Vivirían bajo el mismo techo. Aunque la casa fuese enorme, los dos no podrían mantenerse alejados. ¿Cómo aguantaría esa presión? ¿Cómo soportaría sus críticas y su hostilidad?

- No me parece buena idea.
- Muévete. Adelina está esperándonos para darnos la bienvenida -dijo bruscamente, queriendo que saliese de una vez del coche.

Emily se encogió más aún dentro de la limusina. En lo alto de la escalera estaba la madre de la primera esposa de Duarte. Toda vestida de negro, de la cabeza a los pies, la vieja señora parecía una especie de centinela. Su rostro recordaba una máscara fúnebre.

- ¿Darnos la bienvenida? ¿Estás bromeando? ¡Ella siempre sintió antipatía por mí!
- ¡Para con eso y ven!
- No... De ningún modo -Emily consiguió hablar. - Pensé que me llevarías a tu casa en Douro.
- Entonces precisa un mapa. Estamos en Lisboa y es aquí que nos vamos a quedar. Sal pronto de este auto, Emily. Por lo menos una vez, compórtate como siempre esperé que te comportaras.

Emily sintió un frío recorrer su cuerpo, como si hubiesen sacado todas sus fuerzas.

- Lo siento mucho, pero no quiero ser más tu esposa -murmuró con voz débil.
- ¡No creo que esto esté pasando! -Duarte metió los brazos enormes dentro del coche y empujó a Emily a la fuerza para afuera. - ¿Ya no basta aceptar de vuelta una esposa adúltera y todavía tengo que aguantar tu ingratitud?

Emily se sorprendió con la violencia de su marido. Duarte la arrastró escaleras arriba, hasta que llegaron delante de Adelina.

- Lamento decirlo, pero si esta mujer entra en esta casa, yo me iré, Duarte.
- Eso sería una pena -él murmuró sin perturbarse. - Pero esta es mi casa y, aquí, quien manda soy yo. Nadie me dice lo que debo o no debo hacer, y no admito que mi mujer sea maltratada.
- ¡Si mi hija Izabel pudiese verte traer a esa mujer a esta casa! - ella miró con amargura a Duarte.
- Deja a tu hija descansar en paz.

Emily suspiró desanimada cuando vio a Adelina dar media vuelta y entrar a la casa.

- Jamie aún está en el coche. Voy a buscarlo.
- Está dormido. Mi personal está encargándose de él en este momento. -Duarte dio algunas órdenes a sus guardias y condujo a Emily dentro de la sala gótica que tan bien conocía ella.

El retrato de la fallecida esposa de Duarte ocupaba casi una pared entera. Ella murió en un accidente de coche que mató también a la hermana gemela de Duarte. Izabel fue una sombra en cada uno de los días en que Emily pasó allí, en aquella casa.

- Ve a hablar con Adelina antes que acabe haciendo las maletas y partiendo -Emily lo aconsejó. - Ya dije que no quiero estar aquí y no tiene sentido que alguien salga por mi causa.
- Esta es mi casa, es aquí que vas a estar. ¡Y no me hagas perder la paciencia de nuevo!
- No puedo quedarme. ¿No oíste como me llamó? Toda tu familia y tus amigos van a hacer lo mismo.
- ¿Y crees que publiqué en el periódico la noticia de tu infidelidad? Nadie sabe nada. ¿Piensas que todos saben que mi mujer estuvo durmiendo con otro hombre?

El rostro de Emily quedó blanco como la nieve. Dio un paso atrás, no aguantaría oír una vez más aquella acusación.

- Yo nunca dormí con hombre alguno que no fueras tú, Duarte. Tú mismo viste lo que pasó entre Tony y yo. Todo no pasó de un beso.
- Y nunca me voy a olvidar de lo que vi, puedes tener certeza de eso -Duarte retrucó con los ojos brillando de rabia. - No insultes mi inteligencia, inventando mentiras. Cuando estabas en Douro, comencé a pensar que tal vez hubiese equivocado la verdad y no me hubieras traicionado, pero una persona de confianza me

confirmó tu infidelidad. No fui apenas yo quien te vio actuando como una ordinaria.

- ¿Quién dijo eso de mí? –Emily protestó sorprendida. – ¿Fue tu ex-suegra? No creo que ella sea capaz de inventar cosas de ese tipo.
- No fue ella. A Adelina puede que no le gustes, pero no hizo ninguna intriga. Quien me contó fue una persona de mi extrema confianza.
- ¿Pero como puede decir que vio una cosa que nunca pasó? – Emily cubrió el rostro con sus manos en medio de su desesperación.

¿Quién habría mentido para perjudicarla? ¿Y por qué Duarte creyera en esa persona sin dar oportunidad alguna de oír lo que ella tenía que decir?

- Tú creíste en lo que querías creer.
- ¿Y crees honestamente que un marido desea creer que su esposa va a la cama de otro hombre? –Duarte la encaró con un aire de incredulidad en su mirar.

Duarte pasó sus dedos por entre el cabello en un gesto de irritación. Sus ojos estaban brillantes cuando encaró a Emily con firmeza.

- Discúlpame, si te asusté. Me perturba verte en esta sala, cerca del retrato de Izabel.
- ¿Qué puedo decir? –Emily sintió los ojos llenos de lágrimas.
- Nada. Cuanto más hablas, más rabia me da. Es como si fuese una reacción en cadena.

Emily respiró hondo, desanimada. No había salida para ella. Ya se arrepintiera mucho por su debilidad al dejar que Tony la besase. Había sufrido mucho y estaba frágil al punto de dejarse llevar por la emoción de un momento. Tony dijo que la amaba, mientras su marido la rechazaba continuamente.

Titubeó en empujar a Tony cuando la abrazó y perdió todo lo que tenía, todo lo que valoraba.

- Voy a hablar con Adelina –Duarte dijo de repente. – Ella merece recibir mis disculpas. Fui grosero porque te ofendí.
- Mi marido también me ofendió.
- Si yo pidiese disculpas por lo que dije, estaría siendo falso – Duarte admitió sin dudar. Enseguida, salió de la sala para buscar a su ex-suegra.

Emily intentó respirar mejor. Vivir con Duarte iba a ser una pesadilla. A pesar de la casa ser enorme y tener tantos cuartos, era imposible no encontrarse. Duarte la despreciaba, nunca dudara que ella no fuese amante de Tony. Prefirió condenarla a dejar que explicase.

Si estaba tan lastimado, ¿por qué la besó en el avión? Fue un beso diferente, violento y apasionado, pero sin ternura alguna. Probablemente percibió la fragilidad de Emily y resolvió castigarla.

En aquel momento, una empleada se aproximó pidiendo que Emily inspeccionase el cuarto del bebé. El cuarto estaba todo decorado con dibujos y juguetes y el papel de pared tenía un diseño de patos

jugado. El mobiliario era claro y, por todas partes, había bichitos de peluche. Emily se quedó imaginando si habría sido el propio Duarte quien comprara los juguetes. Sintió una puntada de remordimientos por haber impedido que él pudiese haber acompañado el crecimiento de Jamie en los meses anteriores.

- Es un cuarto lindo -Emily dijo a la empleada que la miraba ansiosa.
- Venga a conocer su cuarto ahora, señora.

La empleada la llevó a un cuarto al final del corredor, distante de aquel en que Jamie estaría. Vio que había ropa suya en los armarios, aquellas que dejara atrás al huir de Portugal. El cuarto quedaba en un ala de la casa que siempre estuvo cerrada. Era como si Duarte la hubiese exilado, al mismo tiempo en que la mantenía en un lugar vigilado. Por lo menos, estaría bajo el mismo techo que Jamie. Tenía que agradecer eso.

Ni bien la empleada salió, Emily oyó que alguien golpeaba la puerta. Al abrir, encontró a una muchacha vestida de uniforme que se presentó como la niñera.

¡Duarte contrató una niñera para cuidar de Jamie! Ni preguntó si Emily quería continuar cuidando del bebé como siempre hizo. Su marido no confiaba en ella como madre y apenas la aceptara de vuelta porque su hijo estaba acostumbrado a ella. Ahora, un verdadero batallón de empleados giraba en torno a Jamie, como si él fuese la séptima maravilla del mundo.

Después de la presentación y partida de la mujer, Emily pidió que su cena fuese servida en el cuarto, así evitaría a su marido tener que soportarla. Si fuera posible, se quedaría bien lejos de Duarte.

Recordó que acusó a su marido de haber tenido otras mujeres. No que estuviese segura de eso, pero, tan pronto él supo que estaba embarazada, dejó de buscarla sexualmente. Aún en los primeros meses de casados no habían dormido en la misma cama... por decisión de Duarte.

- Es justo que sea franco contigo, Emily -Duarte dijo después de haberse casado. - No te amo, sólo me gustas. Tendremos una vida sexual activa, porque creo eso es muy importante en un matrimonio, pero no quiero mentirte en cuanto a mis sentimientos.

Aún ya habiendo pasado casi dos años de cuando él hizo esa confesión, Emily aún sentía el dolor que esa revelación le provocara. Se apegara a la esperanza que Duarte acabaría por enamorarse de ella, especialmente cuando percibía que su marido no escondía el placer que sentía al acostarse con ella.

Emily lo adoraba tanto que aceptara los cuartos separados y la indiferencia de Duarte en la mayor parte del tiempo que pasaban juntos. Cuando la prueba de embarazo dio positivo, se alejó de ella. Emily sintió su orgullo herido y decidió trancar la puerta que separaba sus cuartos. Y ahora, ¿cómo sería?

Una empleada entró en el cuarto sosteniendo una bandeja con la cena, y Emily decidió comer aún sin tener hambre. Después, se miró en el espejo: allí estaba Emily Monteiro, una mujer despreciada, una

esposa no amada. Un fracaso como esposa, a pesar de haber intentado de todo para agradar a Duarte. Él creía que darle una alianza de matrimonio, su apellido y su riqueza bastaban para ella. Podría haber bastado si Emily se hubiese casado por interés, pero ella amaba a Duarte por encima de todas las cosas.

Alejó los ojos del espejo. Tenía que reconocer que no era una mujer sexy, sus senos eran pequeños, era bajita y tenía el cabello demasiado rojo.

Bueno, Duarte Álvares Monteiro fue el amor de su vida, pero ahora ella sentía que lo odiaba tanto como lo amara anteriormente. Estaba cansada de ser apenas un objeto en las manos de su marido. Duarte la buscó sexualmente para embarazarla y, después que lo había conseguido, perdió el interés por ella. Actuaba como si su misión estuviese cumplida y ni siquiera le dio las atenciones que toda mujer embarazada precisa.

Emily se sintió cansada y emocionalmente perturbada. Precisaba ver a su hijo, tocar aquel cuerpito perfumado, ver su sonrisa cuando reconocía a su madre.

Oyó voces que venían de dentro del cuarto del bebé. Entreabriendo la puerta, vio a Duarte riendo, sentado en una silla y sosteniendo a Jamie en brazos.

- Preciso ayuda -él pidió a la niñera.

Su rostro estaba libre de cualquier trazo de agresividad, y él sonreía feliz por estar conociendo a su hijo. No le importaba mostrarse inexperto como padre y pedía ayuda sin ningún pudor. Emily estuvo segura que él nunca le pediría consejo sobre el bebé. Humillada, cerró la puerta con cuidado y volvió a su cuarto. Se sentía aún más lastimada ahora porque Jamie no había llorado ni pedido por su madre.

Dejó pasar una hora y fue nuevamente al cuarto del bebé. Jamie dormía satisfecho y, si Emily lo despertara, lloraría llamando la atención de la niñera y de todas las otras mujeres que parecían querer encargarse de él. Se alejó una vez más.

- ¿Estás satisfechas? Conseguiste tener un hijo de Duarte, ¿no? - Adelina habló, agarrando a Emily del brazo.

- Por favor, no vamos a discutir, Adelina. Y no se quede pensando en irse, este es su hogar -Emily murmuró, procurando no irritarse con la vieja señora.

- Este no es mi hogar desde que entraste aquí para robar el lugar de mi hija.

Emily no debía estar sorprendida, pero aún así suspiró desanimada. Adelina siempre estuvo en contra del segundo casamiento de Duarte, creyendo que era una traición para con Izabel, aunque ella estuviese muerta.

- Su hija ya no está más por aquí, pero Duarte la quiere mucho, Adelina. Por favor, vamos a intentar vivir juntas.

La señora se alejó frustrada porque Emily no quería discusiones.

Emily sintió que respiraba con dificultad y buscó el jardín que había en los fondos de la casa para recuperar la calma. Se sentó en un banco de madera, pensando en como conviviría con Duarte y

Adelina. Percibió que estaba oscureciendo y resolvió volver al cuarto, antes que alguien la encontrara allí afuera.

Decidió tomar un baño y comenzó a desnudarse, sin percibir que no estaba sola en el cuarto. Corrió al baño y cubrió su cuerpo con una toalla.

- Emily -ella oyó la voz de Duarte, llamándola.
- ¿Si? -Emily volvió al cuarto para enfrentar a Duarte que la miraba enfurecido.

La toalla que pegara era demasiado pequeña y no cubría todo su cuerpo desnudo. Contuvo la respiración, avergonzada al notar que el aire de rabia que él tenía al entrar al cuarto fue sustituido por un mirar irónico. Duarte era extremadamente atractivo, los ojos eran profundamente negros, la nariz aguileña, los labios gruesos y la piel bronceada. Sus hombros largos y musculosos parecían dejarlo más alto aún.

- ¿Cómo puede ser tan cruel? -él finalmente preguntó.
- ¿Fui cruel con quién? -Emily no sabía qué había hecho mal esta vez.
- No juegues conmigo sino va a terminar todo muy mal -Duarte retrucó irritado. - Adelina me buscó llorando, diciendo que la lastimaste insultando a su hija muerta.
- No le dije nada ofensivo -Emily se defendió incapaz de aceptar que inventasen más mentiras sobre ella. - Apenas dije que Izabel no estaba más entre nosotros.
- No te creo, confío muy más en Adelina. Hacía mucho tiempo que no la veía tan perturbada. No me digas que no hiciste nada, porque ni siquiera consigues mirarme a los ojos.

Emily comenzaba de hecho a sentirse culpable, sin haber hecho nada a la vieja señora. Hacía tanto tiempo que escuchaba a Duarte haciendo acusaciones contra ella que terminó creyendo que, tal vez, sin querer, hizo algo mal de verdad.

- Adelina debe haberme interpretado mal.
- No me vengas con disculpas.
- Pues fue eso exactamente lo que pasó. ¿Por qué provocaría dolor a una madre que perdió a su hija?
- Porque debes estar creyendo que tienes mucho poder en esta casa, sólo porque eres mi mujer y tienes un hijo mío.
- ¿Yo tengo algún poder? ¿Estás bromeando? Sé que en esta casa siempre fui menos importante que la más humilde de las empleadas, eso desde que nos casamos. Adelina siempre dirigió todo, encontraba equivocado todo lo que yo hacía y me humillaba en frente de las empleadas -Emily se desahogó. - Siempre me rechazó. Intenté preparar los menús para tus comidas, y ella los rechazaba. Llegué al punto que no me importara si comías ó no. Adelina me obligó a hacer visitas que no quería hacer, comparecer a cenas desagradables, controlaba todo lo que hacía.
- ¡Emily!

- ¿Quieres saber una cosa? -ella continuó desahogándose con amargura. - Es más fácil trabajar en una mina de carbón del siglo XIX que vivir en esta casa como tu esposa.
- Te condenas con cada palabra que dices -Duarte retrucó después de un largo silencio. - Siempre resentiste la presencia de mi suegra y te gustaría verla fuera de esta casa.

Emily intentó decir algo, incapaz de aceptar que el sentido de sus palabras fuese tomado equivocadamente. Bien, era verdad que no le gustaba Adelina, sufrió demasiado en las manos de la ex-suegra de Duarte. De hecho, quería que desapareciera como en un pase de magia. Aún así, nunca la ofendió.

- No fue nada de eso lo que pasó esta noche, Duarte -ella argumentó. - Sé cuanto quieres a Adelina, y yo justamente le recordé eso y le pedí que se quedara.
- Confío en Adelina y no en ti. Si vuelves a lastimarla, vas a pagar un alto precio. ¡Y mírame cuando te hablo!

Emily bajó la cabeza, sin saber qué hacer enseguida. Lo que consiguiera con su desahogo fue irritarlo aún más.

- Fue bueno verla actuar de ese modo. Eso va a facilitarme las cosas -Duarte dijo, aproximándose.
- ¿Qué pretendes hacer? -ella preguntó, tragando las lágrimas. Él la odiaba realmente y la torturaría lo más que pudiese.
- Sexo. ¿Qué más podríamos hacer?

Emily pestañeó varias veces, intentando entender adonde Duarte quería llegar.

## Capítulo 5

- ¿Sexo? -Emily repitió con un hilo de voz.
- Exactamente -Duarte confirmó con un brillo extraño en su mirar. - Vamos a retomar nuestra relación sexual, querida... Y ni te des el trabajo de negar que quiere lo mismo.
- Curioso. Afirmaste más de una vez que mal conseguía estar conmigo debajo del mismo techo. ¿De dónde vino toda esta ola de deseo?
- Tu consideración no llega a ser totalmente absurdo, querida... - ahora, Duarte parecía estarse divirtiendo con la rigidez de Emily. - Bien, no tengo que darte explicaciones -continuó fríamente.
- ¡No te atrevas a tocarme! -Emily murmuró, alejándose de su marido.

Esta vez, Duarte rió abiertamente.

- Tal vez tenga que recordarte que me perteneces y, siendo mía, hago lo que quiero contigo.
- No soy un objeto -Emily protestó, temiendo no encontrar fuerzas suficientes para detenerlo. Aún siendo tan humillada, no conseguía refrenar el deseo que invadía su cuerpo, su corazón comenzó a latir más rápido.

- Para de fingir, querida. Lo que yo quiero, también lo quieres tú.

Emily apenas lo miraba, sin reaccionar contra las palabras abusivas que él pronunciaba. Estaba demasiado perturbada, intentando controlar la excitación que le dominaba los sentidos, aún contra su voluntad.

Duarte la excitaba. En todas las veces que habían hecho el amor después de la boda, Emily liberara sus sentidos y llegara al orgasmo. Bastaba mirar aquel hombre guapo y masculino para dejar de lado el orgullo y sucumbir a sus encantos. Y, cuando reconocía su debilidad, se avergonzaba de si misma.

- ¿Me quieres castigar? -se oyó preguntar.

- Esta será mi forma de venganza -Duarte confesó, sin esconder la satisfacción que sentía.

- Duarte, por favor...

Él la tomó de los hombros y se quedó un momento apenas mirando a la mujer delicada que tenía bajo su poder.

Emily intentó libertarse, sin éxito. Tomó conciencia que estaba vestida apenas con la braga y si él empujara la toalla que cubría su cuerpo, quedaría prácticamente desnuda delante de él. En aquel momento, Duarte procuraba no dejarse impresionar por la fragilidad de aquel cuerpo que más parecía de niña. Había planeado su venganza y no recularía en aquel momento.

- ¿Por qué tiene que ser así? -Emily cerró los ojos, humillada.

- No hagas ese jueguito conmigo, no finjas ser tímida, porque no vas a conseguir engañarme nunca más. ¡Dejé de respetarte!

- No estoy fingiendo, Duarte.

- Entonces, peor para ti, porque no voy a cambiar mis planes. Intenta recordar los momentos de placer que pasaste en el estudio de tu amante, mientras me engañabas.

- Casi nunca me quedé sola con Tony -Emily protestó. - Y él tenía una novia.

- Inventar una historia mejor que esa, si pretendes que te crea. Ó mejor, muéstrame qué hacían juntos... -Duarte agregó maliciosamente.

- No hice absolutamente nada con Tony, créeme -Emily murmuró, cuando Duarte la envolvió en sus brazos.

- Apuesto que fue siempre muy inocente... Y ahora deja de hablar, que no tienes salida. Debes sólo aceptar lo que yo quiero.

Emily nunca vio a Duarte actuar de aquella manera.

- Estoy haciendo valer mis derechos -él prosiguió. - No quiero oír más tus mentiras. ¿Piensas que no sé que tu amante te siguió hasta Douro intentando hablar contigo, después que los encontré uno en los brazos del otro? Por suerte tú, por lo menos, no te encontraste nuevamente con él, sino...

- Yo no hice nada malo -Emily insistió, después de un largo silencio. - Si yo me hubiese encontrado nuevamente con Tony, no habría problemas. Además, tú y yo nos habíamos separado.



- ¡Tú eras aún mi mujer y estabas esperando un hijo mío! -Duarte dijo enfurecido. - Conseguiste engañarme a escondidas, pero nunca permitiría que me avergonzaras públicamente. Quiero que entienda bien lo que te voy a decir: ¡tú eres mía y serás mía mientras yo quiera! -agregó, empujándola a la cama.

Las palabras de Duarte eran durísimas e injustas. Emily nunca se sintió tan golpeada en toda su vida. Observó fascinada a su marido desnudarse.

Duarte se desabotonó la camisa, y Emily vio una parte de su pecho bronceado y masculino. Impaciente, él se sacó la camisa y la tiró al piso. El pantalón tuvo el mismo destino, y él se arrancó los zapatos y las medias con un gesto violento. Estaba desnudo delante de Emily, una imagen de masculinidad que siempre la dejaba ansiosa por estar en sus brazos y dejarse poseer.

- Esta vez no habrá cuartos separados, ni puertas cerradas entre nosotros -Duarte sentenció, acostándose también en la cama.
- Yo no quiero hacer el amor... por favor... -Emily murmuró, intentando evitar que su cuerpo actuase contra su voluntad, y ella se entregase al hombre que la lastimaba tanto.
- ¿A quién estás queriendo engañar?

Emily se ruborizó porque sus protestas parecían de hecho fingimientos. Todo su cuerpo daba muestras que quería hacer el amor con Duarte, en aquel exacto momento.

- No estás amarrada a la cama, Emily, pero ni siquiera intentas salir de ella. ¿Por qué será? Pues te voy a decir el porqué, querida. Basta que te mire, para dejarte excitada.

Duarte rió, mientras comenzaba a sacar la toalla que aún cubría el cuerpo de Emily.

- No es verdad. No me dominas más como antiguamente -ella protestó débilmente.
- ¿De verdad? ¿Entonces cómo explicas las reacciones de tu cuerpo? -Duarte observó los pezones de Emily con satisfacción. Duarte inclinó el cuerpo y la besó con violencia y sensualidad.

Emily percibió que era inútil intentar controlar la sensación de placer que comenzaba a invadir todo su cuerpo. Aún así, intentó empujar a su marido, clavando las uñas en su espalda. Pero el calor que la invadía la hizo reconocer que lo deseaba.

- Por lo que veo, tu resistencia es pequeña -dijo Duarte, sintiéndose victorioso. - Descubre tú misma como me siento - agregó, llevando la pequeñísima mano de Emily a tocar su erección.

Era como si el acero estuviese en contacto con la seda, cuando sus cuerpos se unieron. Nunca habían hecho el amor con la luz encendida como en aquel momento, y Emily se ruborizó al ver las reacciones del cuerpo de su marido.

Sabiendo lo que ella sentía, Duarte la buscó nuevamente, hambriento por sus besos. Cuando se alejó un poco, Emily gimió y lo empujó junto a ella, desorientada por la sensación de querer sentirlo

junto a si. Duarte estaba sobre ella, y sus manos exploraban su cuerpo.

– Para, para... -ella gimió.

Duarte se detuvo un momento, después volvió a observar con placer los pezones de Emily.

– Deja de intentar esconder lo que es evidente. Me deseas –él susurró, antes de besarla.

Emily no resistió más. Duarte apresó sus manos, después las soltó para continuar explorando aquel cuerpo suave que estaba a la espera de más caricias.

– Di que no eres mía, que no me deseas, dilo, querida –él exigió, aumentando las caricias y dejándola enloquecida de placer.

– No pares ahora, por favor... -Emily escuchó su voz como si fuese la de otra persona hablando. Más tarde, ciertamente, se arrepentiría por desear hacer el amor con el hombre que la despreciaba.

– ¿Era así cuando estabas con Jarrett?

A Emily le llevó algunos instantes percibir que se refería a Tony, Tony Jarrett, el primo de Blis, el hombre que la besara a la fuerza y que destruyera su matrimonio. Miró a Duarte, como un animalito asustado, sabiendo que no tenía ningún dominio sobre su propio comportamiento.

– Tú eres el verdadero retrato de la mujer infiel –exclamó Duarte, parando un momento de acariciarla y apenas mirándola duramente.

Emily cerró los ojos, incapaz de sustentar aquella mirada desaprobadora. Tomó conciencia que el deseo que dominaba su cuerpo no podía ser controlado, aunque ella quisiese.

Duarte volvió a reclamar su boca en una demostración de deseo irrefrenable. Por un momento, no en tanto, se alejó un poco, y ella se aterró temiendo que se fuese. Lo empujó más cerca, instintivamente.

Sentía que él deslizaba un dedo sobre su rostro, siguiendo el trillo de una lágrima que insistió en huir de sus ojos. Duarte murmuró algo en portugués, mientras la besaba nuevamente.

– Duarte... -ella gimió, sintiéndose agonizar de placer. – Duarte...

– murmuró nuevamente, cuando los labios de su marido resolvieron explorar el punto máximo de su feminidad. Inconscientemente, entreabrió las piernas.

– No voy a lastimarte –él dijo con voz ronca.

– No importa... -gimió al sentir que la penetraba. Luego el dolor se transformó en una fuente descriptible de placer.

– Emily, mi linda...

Ella saboreó esas palabras con sorpresa, encantada con el cambio en las actitudes de su marido.

– ¿Te estoy lastimando? –Duarte preguntó suavemente.

Ella apenas sacudió la cabeza negándolo, incapaz de decir cualquier cosa, queriendo aún mantener dentro de si misma el placer que sentía en aquellos momentos de intimidad. Su cuerpo entró en

armonía con el cuerpo de Duarte, como invitándolo a completar el acto de posesión. La excitación la dominaba por completo.

Podía ser absurdo, pero estaba sintiéndose feliz por estar junto a Duarte nuevamente. Él la deseaba aún, y ella volvió a casa. Algún tiempo después, cuando percibió que su marido se estaba alejando, lo empujó junto a ella. Acarició su cuello, deslizó las uñas en los hombros musculosos, mientras escondía el rostro en el pecho masculino. Era como si él fuese su vicio. Después de satisfecho su placer, se sentía feliz. Darse así tan bien en un acto de tamaña intimidad era un punto crucial en un matrimonio, y ella y Duarte llegaban al éxtasis haciendo el amor. ¿Cómo pudo pensar en rechazar esos momentos de intimidad?

– ¡Fue fantástico! –dijo Emily en voz alta.

Duarte, no obstante, pareció no oír lo que ella decía, estaba con sus pensamientos distantes, y Emily notó que ya no la tocaba y alejara sus brazos del cuerpo de ella, como si se estuviese arrepintiendo. Una vez más, mostró que precisaba de él como del aire que respiraba, y él, aún sabiendo eso, quería distancia... Emily sintió deseos de desaparecer, de morir.

– Fuiste muy ardiente, querida –dijo Duarte finalmente, pero no había ninguna señal de cariño en su voz. Él se acercó nuevamente y comenzó a tocar su cuerpo.

– Para con eso –ella murmuró.

– ¿Parar con qué?

– Sé lo que estás pensando –Emily murmuró.

– Si, estoy pensando en tomar un baño –respondió él, interrumpiendo las caricias.

Lo que él quería era alejarse de ella, y el baño era apenas una disculpa. Tal vez él la buscara de nuevo después del baño. Emily se sintió insegura nuevamente y percibió que estaba intentando engañarse una vez más. Él la amara, se entregara a momentos de intimidad, pero no pertenecía a nadie a no ser a si mismo. Aún más después de encontrarla con Tony y creer que fue traicionado.

– ¿Estás queriendo decir algo? –Duarte preguntó de repente.

– Quería decir que lo siento mucho, pero aunque las apariencias estén contra mí, nada pasó de hecho entre Tony y yo. Juro que eso es verdad.

– ¿No sabes cuando debes quedarte quieta? –Duarte preguntó, mirándola con rabia.

– Preciso que me escuches...

Duarte hizo un gesto de impaciencia y salió de la cama, caminando directamente a la ducha.

Emily escuchó el ruido de la ducha y se sintió derrotada. Era con certeza la mujer más tonta que existía en el mundo, su ingenuidad la llevaba a actuar de forma tan estúpida que parecía no haber más lugar ni para el respeto por uno mismo. ¿Cómo podía engañarse con caricias y creer que todo podría cambiar para mejor? Duarte sólo deseaba sexo. Emily le interesaba solamente en ese campo. No pretendía respetarla, ni intentaría comportarse como un marido que

ama a su esposa. El acto sexual entre los dos lo satisfacía. Y eso era todo.

Emily percibió que estaba casi llorando. Demostró que él estaba en lo cierto sobre ella: ella estaba a su disposición, saltaría cuando él la mandase saltar, se entregaría sexualmente cuando él quisiese.

Se sintió perdida. Intentara desesperadamente creer que la intimidad sexual podría llenar el vacío que sentía, pero todo se reveló falso.

Tenía que salir de aquella cama y cubrir su cuerpo desnudo. Miró a su alrededor en busca de algo que la cubriese. Tomó la camisa de Duarte que estaba en el piso.

- Pareces haber confirmado lo que pensabas de mí -Emily murmuró, al notar que Duarte saliera del baño y la estaba mirando mientras se secaba.
- Deja eso allá. -él tiró la toalla y se aproximó a la cama.
- Dormir conmigo fue como un juego de poder, ¿no? -preguntó, sabiendo que no precisaba que él confirmase su sospecha.
- Ya te dije que olvidarás eso -Duarte rezongó, mientras se vestía sin mirarla.

Emily se sintió tan insignificante que nada más podía lastimarla. Él se estaba vistiendo y no pasaría la noche en aquel cuarto.

- ¿Adónde estás yendo? -preguntó sin ninguna pizca de orgullo.
- Para cualquier lugar en que no tenga que escucharte decir tonterías -Duarte respondió, volviéndose hacia ella.
- ¿Decir tonterías? ¿Entendí todo mal? -ella murmuró. - Duarte, ¡háblame!
- ¿Tú crees que eso es fácil para mí? No consigo dejar de pensar en ti haciendo el amor con Jarrett. Eso no me sale de la cabeza.

Emily apretó los labios, incapaz de retomar su defensa.

- Eres una excelente actriz debajo de las sábanas, puedes estar segura de eso. Hace dos años, fui tu primer amante, y eso fue importante para mí. Ahora, después de todo lo que fuiste capaz de hacer, apenas me siento enojado por haberte traído de vuelta.
- Fue apenas un beso lo que pasó entre Tony y yo, Duarte...
- No insistas en decir eso nuevamente. Y dame esa camisa -exigió.

Percibiendo que continuaba cubriendo su cuerpo desnudo con la camisa de él, Emily se la sacó con rabia y la arrojó a los pies de Duarte, quedando allí delante de él como una estatua desnuda, con sus cabellos sueltos en sus hombros. No intentó cubrirse nuevamente.

- Toma tu camisa y sal de aquí -ella sentenció.
- Si crees que vas a conseguir dominarme, te equivocaste. No deberías haber elegido un Monteiro como marido -dijo Duarte, saliendo del cuarto.

Emily cerró la puerta con violencia y giró la llave, trancándola. Corrió, entonces, a la cama donde podría finalmente llorar.

Se levantó-se asustada al oír un ruido aterrador.

Duarte derrumbara la puerta y la miraba con espanto y rabia incontrolables.

– Cada vez que tranques la puerta, ivoy a tirarla abajo!  
¿Entendiste?

Emily miró aquella figura imponente que invadía su cuarto y apenas concordó con un gesto de cabeza.

Como todo indicaba, así sería su vida.

## Capítulo 6

Emily se levantó muy temprano, después de una noche de insomnio. Estaba demasiado tensa para conseguir dormir y resolvió ir estar al lado de Jamie. Cuando la niñera entró al cuarto del bebé, apenas sonrió a Emily y salió, dejando a madre e hijo juntos.

Jamie jugó bastante con su madre y ahora volvía a estar somnoliento. No extrañó salir de Inglaterra y ser traído a Portugal. Cuando su hijo volvió a dormir, Emily salió del cuarto decidida a tomar un baño bien prolongado. Precisaba relajarse, sacar el dolor de su cuerpo después de la noche mal dormida.

Tomó su baño y se puso una falda de brim y una camiseta media masculina. La empleada le trajo el desayuno al cuarto, y Emily decidió tomarlo en la terraza. La criada le informó que Duarte fue a trabajar antes de las ocho de la mañana.

El día era cálido, pero los pinos, eucaliptos y robles que rodeaban la casa dejaban el ambiente muy fresco. El césped estaba súper verde, y los canteros ostentaban flores coloridas. Había aún un área reservada a árboles frutales, y Emily sintió en el aire el perfume de las naranjas y limones, eso sin contar con el delicioso aroma que venía de los olivares. De la ventana de su cuarto, Emily podía ver la pequeña villa que se erguía en el valle, después de los montes verdosos. Así, a la distancia, parecía una ciudad de juguete. La vista era maravillosa, y a Emily le encantaba aquella visión.

Había extrañado Portugal durante el tiempo que pasara huyendo de Duarte, aún habiendo sufrido mucho en los años que viviera allí.

Su matrimonio no fue como ella quería. Siempre soñara con una ceremonia solemne, en la cual vestiría un vestido largo y de encaje y caminaría en una pasarela llena de flores blancas, oyendo la Marcha Nupcial. Duarte había dicho que quería una ceremonia simple, sin pompa, e invitara apenas a algunos parientes y pocos conocidos.

Su familia no escondió la sorpresa al saber que ella se casaría con Duarte. Pensaron luego que Emily estaba embarazada y que, por eso, precisaba casarse. ¿Cómo una muchacha tan sin gracia se hizo con un ricachón tan guapo? Eso iba más allá de la imaginación de ellos.

La luna de miel también fue una decepción para Emily, que ya se había conformado con aquel casamiento insulso. Duarte pasaba la mayor parte del tiempo metido en los negocios y, en los primeros

días, confesó que ya se había casado una vez y que su primera mujer murió.

- ¿Por qué no me contaste eso antes? -preguntara ella sorprendida, pues no había creído que Duarte fuese viudo.
- Que importancia eso podría tener para ti -Duarte respondiera, dando por terminado el asunto.

Sólo después que Emily insistió mucho fue que le contó que su primera mujer se llamaba Izabel y que murió en un accidente de coche, cuando estaba paseando con Elena, la hermana gemela de Duarte. Aquel día, Duarte no hizo el amor con ella. Para empeorar las cosas, más tarde llegó la noticia que Jazz, el cachorro que ella adoraba y que fue responsable de la unión de los dos, murió aquella misma noche. Eso daba por terminada la luna de miel.

Duarte la llevó a la quinta en Sintra, y conoció a Adelina que había pasado un día entero mostrando fotos de su hija fallecida, fotos, inclusive, del casamiento de Izabel y Duarte, otras mostrando a la pareja en la luna de miel en el Caribe, después otras imágenes de Izabel entreteniéndolos invitados y vestida como una reina. Emily entendió que la vieja señora quería dejar bien claro que ella podía ser esposa de Duarte, pero que nunca asumiría el papel que Izabel representara tan perfectamente.

Emily interrumpió sus pensamientos al oír a alguien llamara.

Adelina estaba junto a la entrada, intentando no mirar el daño en la puerta que Duarte derrumbó.

- ¿Podemos conversar? -Adelina preguntó.

Emily se sorprendió al ver que había lágrimas en los ojos de la señora.

- Acabo de ver a tu hijo, es un bebé muy bonito. Estoy arrepentida por haber mentido sobre lo que me dijiste anoche y no conseguí dormir bien. Hoy temprano, le conté la verdad a Duarte.

Esa confesión inesperada sorprendió a Emily, pero ella no sabía decir si Adelina estaba siendo sincera ó no. Duarte no la buscó para pedir disculpas después de haber pensado tan mal de ella.

- Siento mucho el modo como siempre te traté -Adelina continuó.
  - Cuando vi a tu hijo, me pregunté si mi hostilidad no puede haber contribuido a la separación entre tú y Duarte el año pasado.
- Eso ya pasó... Todo está olvidado.

Adelina miró la puerta destruida.

- Fui responsable por la discusión que tuvieron ayer, pero eso no va a pasar más. Mandé a las empleadas arreglar mis maletas.
- No precisa partir por mi causa. -Emily sintió pena de Adelina que parecía haber ganado algunos años extras.
- Fue Duarte quien me mandó fuera después que oyó mi confesión. Está muy desilusionado conmigo.
- ¡Él la va a perdonar! -Emily exclamó, viendo que Adelina comenzara a sollozar, incapaz de controlarse delante de la perspectiva de tener que salir de aquella casa. - Nosotras dos

tuvimos ayer un mal día. No puedo imaginar este lugar sin usted y al final, ¿para dónde iría si se fuera?

- Dos años atrás, Duarte me dijo que eras una muchacha dulce, bondosa y que te amaría, pero te odié ni bien te conocí -dijo entre sollozos.

Emily llevó a Adelina a su cuarto para evitar que las empleadas la viesen llorando. Se quedó conversando con ella y, de a poco, la vieja señora se fue calmando. Emily descendió a la planta baja y encontró a Blis hablando con el ama de llaves. La secretaria de Duarte estaba con un vestido azul que combinaba muy bien con sus cabellos rubios.

- No podía imaginar que estuvieses aquí abajo, Blis -dijo Emily, sonriendo, mientras mandaba a la empleada a servir café para las dos.
- Vine sólo por negocios -Blis explicó, sentándose en el sofá de seda. - Estoy encargada de los preparativos para la fiesta que Duarte dará este fin de semana. He servido como su acompañante desde que te fuiste.
- ¿Y Adelina no se enojó con eso? -Emily preguntó sorprendida.
- No soy tonta como tú, querida... Además, Adelina es anticuada y no sabe preparar una fiesta moderna. Si oyéramos sus ideas, Duarte iba a pasar vergüenza. Cuando tenemos invitados, ella se va a dormir más temprano, y no molesta a nadie.

Emily no se sintió bien oyendo esas críticas. Aunque Adelina siempre la tratase mal, no creía justo actuar con ella de ese modo tan cruel.

- Blis... -comenzó a decir.
- Pensé que nunca más te iba a ver, Emily. Me enojé, cuando desapareciste el año pasado.
- Lamento no haberme puesto en contacto contigo.
- No es de eso de lo que estoy hablando. Cuando te conté la conversación que oí entre Duarte y su abogado, pensé que ibas a buscar ayuda legal en vez de huir del país y darle trabajo a Duarte localizarte.

Emily sintió que el color desaparecía de su rostro.

- Me pareció mal que privaras a Duarte de ver a su hijo -Blis admitió. - ¿Qué te llevó a hacer una locura de esas? Y ahora que volviste, ¿cómo se siente Duarte en relación a ti?
- ¿A qué te refieres? -Emily preguntó sorprendida con lo que estaba oyendo.
- Bueno, vamos Emily... A Duarte sólo le importaba tener a su hijo de vuelta y, ahora que lo consiguió, no tienes la menor oportunidad de sacarle a la criatura nuevamente. Si tu matrimonio ya estaba terminado antes que naciera la criatura, ¿cómo la relación de ustedes podrá mantenerse ahora?
- Nunca comenté sobre mi relación con Duarte contigo, Blis -dijo Emily, sintiéndose incómoda con la conversación.
- Bueno, discúlpame si imaginé que éramos amigas -dijo Blie, levantándose del sofá con dramatismo.
- No, Blis... No quise decir que...

- No me vengas a llorar cuando Duarte se divorcie de ti y te aleje de tu precioso hijo... ¿Crees que eso no va a pasar? ¿No se te ocurrió que Duarte ya tiene a otra mujer y se quiera quedar con ella?
- ¿Por qué te estás comportando de ese modo? -Emily preguntó sin creer que la persona que pensaba era su amiga pudiese actuar de manera tan ruda.
- Tal vez debieras haberte quedado con mi primo mientras tuviste la oportunidad -dijo Blis, tomando su cartera y saliendo de la sala.

Emily se quedó sola, sintiéndose aturdida. ¿Entonces Duarte tenía una nueva mujer? Debía esperar eso, aún así sintió como si su corazón estuviese siendo despedazado.

Ni bien oyó el ruido del coche de Blis indicando que se había ido, cuando el teléfono sonó.

- ¿Podemos almorzar juntos? -Duarte preguntó. Emily se sorprendió. Duarte nunca tuvo el hábito de llamarla cuando estaba trabajando, ni mucho menos la invitaba a almorzar juntos. - Tengo una cosa que hablar contigo -agregó.

Emily estuvo segura que llegara el momento de la despedida. Duarte le diría que una mujer como ella, no servía para ser su esposa y que lamentaba haberla traído de vuelta a Portugal, ó si no le diría que amaba a otra mujer y quería la separación. Emily se sintió como si agonizase.

- Voy a mandar un coche a buscarte. Me gustaría que vinieras, Emily.

Duarte colgó sin esperar una respuesta.

Emily fue hasta su cuarto y examinó los vestidos que comprara después de la boda, ayudada por Blis. Allá estaba el de seda lilas, el otro rojo oscuro, el naranja...

También el demasiado colorido que comprara recientemente en el aeropuerto de Londres. Ninguno discreto, todos de colores fuertes y muy llamativos. ¿Por qué escuchara los consejos de Blis?

Tomó uno de los vestidos, ya que no tenía otra opción. Duarte iba a mandarla lejos, lo sabía. La noche anterior, confesara cuan difícil era dormir con ella.

El chofer que fue a buscarla, la llevó al apartamento que Duarte tenía en la avenida de la Libertad en Lisboa, y, cuando descendió en frente al edificio, Emily sintió un fuerte dolor en el estómago, anticipando lo que ciertamente iba a pasar.

Duarte estaba de pie junto a la ventana de estilo antiguo y parecía elegante y guapo como siempre. La ropa era oscura y discreta y realzaba aún más su tono de piel y el negro de sus cabellos. Emily no conseguía alejar los ojos de él. Quería grabar su imagen, pues tal vez no se viesen más. Recordó la noche anterior cuando la acariciaba en la cama y sintió una ola de calor recorrer su cuerpo.

- Gracias por venir -Duarte dijo seriamente.



- No rehusaría una invitación tuya -dijo Emily, procurando aparentar calma al mismo tiempo en que escondía las manos que temblaban. - ¿Dónde vamos a almorzar?
- Me pareció que sería mejor almorzar aquí mismo.

Inmediatamente, Emily se sintió trapeada. Tal vez él tuviese miedo de que ella llorase y no quería llevarla a un lugar lleno de gente. ¿No podía entonces haber esperado para terminar todo con ella cuando estuviesen en casa? Iba a ser tratada como si fuese una joven estudiante que había hecho algo mal y merecía un castigo.

- ¿Tengo que comer? -ella preguntó. - No tengo hambre.
- Como prefieras. ¿Quieres beber algo?
- Un brandy, por favor.

Ella lo miró, notando que Duarte parecía tenso. La atmósfera estaba pesada entre ellos. Emily eligió un sofá y se sentó, tomando un pequeño trago de la bebida.

- Esta mañana, Adelina admitió que había mentido sobre lo que ustedes habían conversado la noche anterior.
- Lo sé. Me buscó y me pidió disculpas.
- Me equivoqué y también te debo disculpas. Debería saber que serías incapaz de herir a Adelina con referencias a su hija muerta.
- Bueno, no perdiste la oportunidad de criticarme nuevamente.
- Cuando mi ex-suegra me confesó que había sentido rabia de ti desde que nos casamos, me quedé sorprendido. No te había creído cuando te referiste a la hostilidad con que Adelina siempre te había tratado.

Emily estaba sorprendida en saber que la señora confesara también esas cosas pasadas.

- Fui un tonto en creer que Adelina aceptaría fácilmente a la mujer que escogiese como esposa -Duarte confesó. - Si no hubiera tenido una reunión temprano en la mañana, te habría buscado antes mismo de salir de casa y te habría pedido disculpas.
- Bueno, los negocios son siempre tu prioridad... -Emily comentó con una sonrisa triste. - Siempre fue así.
- No es eso. Creo que hoy preferí dejar para hablar contigo después, porque sabía que no iba a ser fácil -Duarte confesó, admitiendo su debilidad en lidiar con el problema. - Me sentí culpable. El hogar es el lugar donde debemos sentirnos bien y relajados y vivir con Adelina no debe haber contribuido para que fueras feliz allí.
- Siempre te culpé más que a ella -dijo Emily sinceramente.

No conseguía sensibilizarse con la confesión de Duarte porque los resentimientos y amarguras del pasado habían endurecido su corazón. Cuando se permitía alguna esperanza, siempre terminaba decepcionada nuevamente.

- Tú nunca te habías quejado de Adelina -Duarte comentó por fin.

- ¿Y por qué debería? -preguntó a la defensiva. - ¿En que eso me ayudaría en relación a ti? Al final, no me parece que seas una persona muy comprensiva.
- Y eso significa...
- ¿Qué crees que sentía teniendo que convivir con aquellos retratos de Izabel ocupando las paredes de la casa? Podría entender que no los retiraras, si hubieses tenido un hijo de ella y precisaras dejarle un recuerdo de su madre. ¿Cómo creíste que me sentía en la quinta de Monteiro? ¿Crees de verdad que llegué a considerarla un hogar?
- Nunca pensé que... Estaba tan acostumbrado con aquellos cuadros que no noté que...
- Bueno, concuerdo que tu primera mujer era linda y que los cuadros son verdaderas obras de arte, pero podrías haberlos llevado a un lugar más discreto. Siempre me sentí intimidada por la imagen de Izabel -Emily se desahogó. - Aún no teniendo mucho gusto para la decoración, me gustaría haber decorado a mi gusto por lo menos una de las salas y sentir que estaba en un lugar que era mío.
- No sé si es posible ahora pedir perdón por haber sido tan insensible contigo, Emily.
- Es verdad, ahora es tarde -Emily concordó sin saborear esa pequeña victoria sobre Duarte.

Parecía que nada de lo que él dijese ó hiciese atenuaría el dolor que la dominaba. Quién sabe, finalmente, se había convencido que sus esfuerzos eran inútiles y él nunca la amaría. Si la amase, jamás la habría obligado a quedarse en la misma casa que su ex-suegra y en medio de recuerdos de su primera esposa.

- Ahora eso quedó atrás -Emily susurró. Lo que precisaba era reencontrar su paz de espíritu y su libertad. No quería más ser comparada con Izabel. Suspiró profundamente y solamente entonces miró a Duarte. - Antes que comiences a decirme cosas que tal vez prefiriese no oír, déjame decirte una cosa...
- Puede hablar -Duarte dijo con un aire no muy animado.
- ¿Por qué me estás mirando de ese modo? ¡Ni siquiera sabes lo que pretendo decir!
- No pretendo derrumbar ninguna puerta más, si es lo que te está preocupando -dijo Duarte al mismo tiempo en que sostenía las manos tensas de Emily.

El calor de las manos de él la perturbaron. Percibió que Duarte la miraba con interés y sintió volver las sensaciones que su proximidad siempre provocaba en su cuerpo. Todo era tan familiar, tan devastadoramente familiar que sus sentidos reaccionaban a él, no importaba lo que Duarte hiciera ni cuanto la lastimara.

- Lamento haberte asustado. Perdí el control y prometo que eso no va a pasar más -Duarte hablaba suavemente, y Emily sintió un escalofrío recorrerle la espalda.
- Para con eso -Emily reaccionó súbitamente, al percibir que una vez más sus sentidos actuaban contra el buen sentido.

- ¿Parar con qué? -Duarte preguntó con una calma que la enfureció.

Emily se mordió el labio, sintiéndose desesperada. Era demasiado débil para enfrentar a Duarte. No que él fuese a forzarla de alguna forma, pero ella misma no tenía ningún control sobre si misma, cuando estaba a su lado. Bastaba una mirada, un toce, un brillo en aquellos ojos negros, todo hacía su cuerpo vibrar. La súbita conciencia de que no conseguiría dominar su debilidad la hizo alejar sus manos de las de él y levantarse.

- ¿Qué pasó? ¿Aún estás enojada conmigo?

Emily podría decir que comenzaba a tenerle rabia después de las primeras semanas del matrimonio. Aún enamorada, sentía rabia de Duarte todas las veces que miraba los retratos de Izabel. Tenía rabia porque quería ser amada como él amara a Izabel y dolía saber que se casara con ella sin olvidar a su primera esposa y sólo para tener un hijo.

- No hay nada malo -dijo finalmente. - Es que ahora quiero el divorcio.
- ¿Y crees que si no hubiese algo mal, aún estarías pidiendo el divorcio?
- No quiero que me confundas con palabras... -Emily murmuró inquieta. - Anoche te dije que no quería continuar siendo tu esposa.
- Anoche parecías estar pasándome un mensaje diferente.
- No quiero hablar de eso ahora, estaba fuera de mí -Emily confesó mortificada. - Pero el error que cometí no me hará cambiar de idea. Quiero lo mejor para mí.
- ¿Y Jamie? -Duarte preguntó, mirándola directamente a los ojos.
- Pretendo vivir en Portugal, y podrás ver al niño todas las veces que quieras.
- Nada de eso. Conuerdo con el divorcio, si te vas y dejas a Jamie conmigo.

Emily palideció con el impacto de aquella propuesta.

- Bueno, no pensaste en eso, ¿no? Siempre crees que puedes alejarme de mi hijo y quedarte con él. Ni pasaron 24 horas del momento en que tomé a mi hijo en brazos por primera vez y tú quieres sacármelo nuevamente. ¿Crees que voy a aceptar eso con naturalidad?
- Muy bien, me haces sentir una persona horrible -Emily confesó. - Pero sabiendo como te sientes en relación a mí, ¿cómo espera que consiga vivir a tu lado para poder tener a Jamie conmigo? No tienes derecho a obligarme a eso.
- ¿No tengo? Me pareciste bastante feliz anoche. Si me hubieras dicho que no querías que te tocara, entendería que quisieras el divorcio y concordaría con él ahora.

Emily se sintió acorralada, sin argumentos para defenderse.

- Bueno, es así que me estoy sintiendo en este momento. No quiero que me toques nunca más.

- ¿Cómo te atreves a decirme eso? -Duarte preguntó con aire incrédulo, dejándola aún más avergonzada.
- Es eso exactamente lo que estoy diciendo.

Aún intentando aparentar firmeza, Emily reculó algunos pasos y fue inmediatamente seguida por Duarte.

- No tengo que estarme justificando -agregó. - Quiero el divorcio, es sólo eso.
- Pues tienes que explicarte. -Duarte estaba completamente trastornado.
- Muy bien... -Emily recostó la espalda en la pared y estaba físicamente a merced de Duarte. - Cuando me casé contigo, era demasiado joven para saber lo que estaba haciendo. Te aprovechaste de que estaba enamorada y ni siquiera me ofreciste una fiesta como yo quería ni una luna de miel con la cual yo siempre soñé.
- ¿Es eso? -Duarte preguntó muy sorprendido.
- ¡Eso es sólo el comienzo! -Emily gritó. - Entonces me llevaste a tu casa que era dirigida por tu ex-suegra, que me odiaba. No contentándote con eso, prácticamente pasaste a ignorarme, ¡como si ni siquiera existiese!

Duarte comenzó a sonreír.

- Es verdad. Fui tan ignorada que un día me dormí en una de las fiestas... Tienes que admitir que lo único que compartíamos era el acto sexual y...
- Si querías participar de las reuniones debías habérmelo dicho.
- Cuando te llamaba, ¡nunca me devolvías las llamadas!
- ¿Qué llamadas fueron esas?
- Siempre me informaban que estabas demasiado ocupado para poder hablar conmigo, y no llamabas después... -Emily reclamó.
- Nunca me rehusé a hablar contigo en toda mi vida -Duarte retrucó, interrumpiéndola. - Nosotros, los portugueses, somos siempre corteses con la familia, aún durante las horas de trabajo.
- ¿Pues cómo explicas que te haya llamado tantas veces y tú nunca me hayas atendido? ¿Y por qué no aparecías en las cenas que te preparaba, queriendo cumplir mi papel de esposa dedicada?
- Me estás haciendo falsas acusaciones, Emily. ¿Qué significa todo esto? Estos reclamos no nos llevarán a ningún lado.
- Lo que quiero decir es... -se calló súbitamente, cuando Duarte la agarró de los hombros y la sacudió levemente.
- Estás inventando todo esto, sino, ¿por qué no reclamaste antes? -Duarte retrucó con firmeza. - Te invité a almorzar hoy en un lugar reservado para poder disculparme por lo que hice ayer, pero te rehusas a oírme. ¡En vez de eso me vienes a acusar de cosas que no hice!
- ¿Me estás acusando de decir mentiras? -Emily se sentía intimidada por estar acorralada físicamente y por el deseo

súbito que se apoderó de ella desde que él la tocó exactamente del modo que ella dijo no querer ser tocada nunca más.

Duarte percibió que ella se estremeciera y se aprovechó de eso.

– Sé cuando una mujer me desea, Emily –dijo con la mirada que ella conocía tan bien.

Emily intentó reaccionar, pero su cuerpo estaba siendo dominado por reacciones aballantes y su corazón latía acelerado, el aire le faltaba, y ella entreabrió los labios en una señal de desesperación.

Duarte tomó su gesto como una invitación y la besó.

Sus manos enormes jugaron con el cuerpo de Emily, por sobre el vestido de seda, en movimientos eróticos que aumentaron aún más el deseo que ella sentía y el fuego que la consumía.

Emily temblaba cuando lo abrazó. No conseguía pensar en más nada, sólo quería ser abrazada. Con un gemido, Duarte la levantó y la mantuvo junto a sí.

Emily sabía que no conseguiría más pensar con lógica. Oyó su propio gemido de placer, cuando le tocó con la lengua un punto sensible de su cuello. Él la estaba poseyendo y la llevaría a la locura.

– Duarte, por favor... –gimió.

– ¿Por favor qué? –Duarte preguntó, alejando su cuerpo.

– ¡Me estás torturando!

Duarte la soltó bruscamente, ella perdió el equilibrio y uno de sus zapatos se le salió.

– Si fuera el canalla que crees que soy, te haría implorar para que amara – dijo Duarte en tono ronco. – ¡Pero estoy muy excitado para negar lo que he deseado desde hace tanto tiempo!

– ¿Qué estás haciendo? –Emily preguntó cuando la levantó en brazos.

– Emily... –Duarte gimió mientras la cargaba por el corredor rumbo al cuarto. – ¿Qué crees que estoy haciendo?

## Capítulo 7

– ¡Pero estábamos hablando de divorcio! –Emily exclamó confundida, percibiendo que Duarte la cargara hasta el cuarto. – ¡Acabo de decir que me quiero separar de ti!

– Cuando me presentes razones que justifiquen esa actitud, voy a pensar en el asunto. En este momento, estoy teniendo otras ideas –dijo Duarte.

– No voy a ir a la cama contigo de nuevo... ¡Eso estaría mal! – Emily intentó argumentar, evitando mirar a Duarte y flaqueando su determinación.

– Malo sería no hacer lo que deseamos en este momento. –Duarte la colocó en el piso, aprovechando para sacar el zapato que ella aún mantenía en uno de sus pies.

– Duarte, estoy hablando en serio...

- También yo -le dijo con voz ronca, mientras intentaba lidiar con los botones del vestido que ella usaba. - Te deseo, aquí, ahora. Y rápido...
- Pero no me dijiste porqué me llamaste hoy... -su voz se quebró, afectada con el aire enamorado con que Duarte la miraba. Era tan claro el deseo que él sentía, que Emily percibió que un sopor comenzaba a dominar sus sentidos.
- Ya hablé mucho por un día. Pedí disculpas por haberte juzgado tan mal y voy a intentar compensarte por los sufrimientos que tuviste. -Duarte aprovechó el momento para sacarse la corbata y desabotonar su camisa. - Aunque no hayas dicho todas las verdades del mundo.
- Está bien. Mentí cuando afirmé que no quería que me tocaras - Emily confesó, sintiendo que entraba en desesperación. - Y deja de sacarte la camisa, isino perderé la cabeza y me voy a arrepentir después de mi debilidad!

La mirada de Duarte mostraba claramente la satisfacción que sentía.

- Esta es una batalla que ya perdiste, querida.
- No puedo... no debo... Esto está mal y no va a resolver nuestros problemas -Emily argumentó sabiendo que no lo convencería a cambiar de idea.

Duarte se sacó la camisa y parecía un dios griego parado frente a ella, ansioso por poder liberarla de aquel vestido extravagante.

- No hay problema que no pueda ser discutido después, ¿no es verdad? -él casi no le prestaba atención a lo que decía porque consiguió sacarle el vestido y ahora se empeñaba en el sostén. Al conseguirlo, la miró de manera irresistible que la hizo desistir de argumentar lo que quiera que fuese. - Te quiero tanto, querida...

Emily se recostó en él, cuando debería estar intentando escapar de aquel cuarto. También quería poderse entregar a aquel hombre que amaba. Duarte comenzó a acariciar su cuerpo, y Emily supo que, si aquella era una batalla, tal vez no fuese ella la derrotada. El placer que sentía era un premio, no un castigo. Estaba desnuda, y él ahora mordisqueaba sus pezones, dejándola excitada y al mismo tiempo sorprendida de que, aún habiendo conocido antes estos placeres, era como si aquella fuese la primera vez.

- Es esto lo que estamos precisando, esposa. -Duarte la levantó en brazos y la cargó hasta la cama. - ¿Para qué perder tiempo en discusiones? No llegaremos a nada con muchas conversaciones, pues la solución está aquí, en esta cama.
- Sólo si conversamos mucho es que resolveremos nuestras diferencias, Duarte -Emily intentó argumentar una vez más, sabiendo que él no la escuchaba, entretenido en acariciar su cuerpo con los labios húmedos.
- Pues fue conversando que terminamos ayer en camas separadas -Duarte protestó, interrumpiendo por un instante las caricias. - ¿Crees que estás en lo cierto? Pues te equivocas. Sé

que estamos haciendo lo correcto, aquí, en esta cama, amándonos.

Emily oyó extasiada aquella voz caliente y perturbadora. Se dejó envolver por la ola de amor que intentara esconder al hombre de su vida.

- Emily, ¡hace tiempo que no me miras así! -Duarte exclamó sorprendido. - Eché de menos tanto esa mirada, querida... Antes me mirabas así todo el tiempo, y yo tenía la certeza de que me amabas.

Duarte era un hombre que quería ser adorado por su mujer y que retribuía apenas con migajas de amor. Saber eso debería dar a Emily fuerzas para alejarse. Sabía que su marido continuaba amando a su primera mujer. No que Duarte hubiese dicho eso alguna vez, ni siquiera Adelina, en los momentos de mayor rabia, no se dudara del amor de su ex-yerno por Izabel. Fue el retrato de casamiento de Duarte e Izabel que revelara como él estaba enamorado, orgulloso y satisfecho por estar al lado de aquella novia linda y perfecta.

- Quiero tu amor de vuelta -Duarte susurró mientras acariciaba con sus labios sensuales el punto sensible que ella tenía detrás de la oreja, sabiendo que la reacción sería inmediata y entonces Emily se entregaría a los placeres del amor.
- No quiero adorarte más... -ella intentó argumentar, respirando con dificultad e intentando resistir.
- Olvida todo y sólo recuerda nuestros mejores momentos -él susurró en su oído.

Emily se dejó llevar por los recuerdos sugeridos, y Duarte sonrió mientras buscaba envolver con su boca los pequeños senos de su esposa.

- ¿Me deseas? -él indagó ya sabiendo la respuesta que le daría.
- Ahora... -ella imploró.

Duarte alejó las piernas de Emily y penetró su cuerpo como un invasor salvaje, dejándola alucinada delante de la ola de placer que la envolvió.

- Pareces una seda en llamas -él gimió.

Emily también sentía la sangre hervir en sus venas y gemía, arqueando las caderas como en una invitación para que la poseyera más y más. Gritó cuando alcanzó el orgasmo.

Más tarde, fue como volver a la vida después de estar en otro plano envuelto en fantasía. No importaba si hizo lo erróneo al entregarse una vez más al placer de ser poseída por Duarte, estaba feliz y saciada. Tenía a Duarte a su lado y no había nada que ella quisiese más que eso. La vida le pareció maravillosa.

Duarte se volvió en la cama, empujándola más cerca aún y mirándola con satisfacción.

- Creo que está terminado el tema del divorcio, ¿no?

Emily pestañeó perturbada con el tono arrogante que él usó.

- Voy a Londres de negocios la próxima semana. Tú y Jamie pueden venir conmigo y visitaremos a tu familia. ¿Te parece?

Emily no respondió si aceptaba la invitación.

- Quedé furioso cuando descubrí que tu familia no te acogió cuando los buscaste -Duarte comentó.
- Mi madre y mi padre no encontraron correcto que te abandonara y dejaron bien claro que su puerta estaba cerrada para mí. Si pudiesen, me habrían obligado a volver a Portugal.
- Deben haber creído que me enojaría con ellos, si te ayudaban - Duarte comentó. - Deben tener miedo que deje de ser generoso y no venga a ayudarlos en los negocios, ¿no te parece?
- ¿Es eso lo que piensas de mi familia? -Emily preguntó, sin saber bien el porqué de esa reacción. Al final, nunca fue verdaderamente amada y aceptada por sus padres y hermanas.
- Puedo estar siendo un poco cínico, pero tú conoces bien a tu familia y no preciso decir más nada, ¿no?

Emily se relajó nuevamente.

- Es que la mayoría de los padres pensaría dos veces antes de echar fuera de su casa a una hija embarazada, sola y en dificultades -Duarte continuó, insistiendo en revelar lo que sentía. - Se pusieron de mi lado, sin saber quien era el culpable de la separación.
- Estaban sorprendidos... -intentó justificar la crueldad de su familia cuando debería estar concordando plenamente con Duarte.

Emily observó a su marido. A Duarte no le gustaba su familia y tenía muchas razones para sentirse así. Ella misma no mantuvo gran contacto con sus padres y hermanas después que se casó y, cuando la habían rechazado en el momento más difícil de su vida, decidió olvidar que tenía familia. Habían estado en Portugal apenas una vez, eso después de la boda. Debían haber ido a verificar personalmente si Duarte era tan rico como parecía. En esa ocasión, también fueron antipáticos con Emily, criticándola a toda hora, diciendo que ella no parecía esposa de un banquero.

- Vamos a almorzar, volver a casa y pasar el resto del día con Jamie -Duarte sugirió, haciendo que ella se olvidara de los malos momentos que pasara con su familia.
- Me encanta la idea -Emily dijo con alegría.

Solamente entonces recordó que fue al encuentro de Duarte segura que escucharía un pedido de separación. Apresurada, ella invirtió los papeles y sugirió el divorcio, queriendo mantener su orgullo. Claro que el divorcio era lo último que querría en aquel momento. Aún sufriendo al lado de Duarte, no conseguía alejarse de él. Habían hecho el amor dos veces en las últimas 24 horas. ¿Habría cometido un error al entregarse nuevamente a los placeres sexuales cuando debería haberle dicho no a Duarte? ¿La intimidad de aquellos últimos momentos borraría las decepciones sufridas la noche anterior?

Almorzaron allí mismo, en el comedor del apartamento, y ni bien habían acabado de tomar café, cuando alguien abrió la puerta sin golpear. Sin esperar que Duarte atendiese, Blis entró sosteniendo un papel en la mano.



- Lo siento mucho, Duarte, no sabía que tu esposa estaba aquí. ¿Cómo le va, sra. Monteiro? -preguntó fríamente mirando a Emily.
- Srta. Jarrett -Emily respondió, casi sin conseguir mirar directamente a Blis que había sido tan desagradable con ella aquella mañana.
- Parece que tengo que acostumbrarme con esta nueva situación -Blis agregó con una sonrisa falsa.
- Voy a pasar el día en casa con mi familia -dijo Duarte con un tono de voz extraño.

Emily sintió el clima pesado que se instaló entre ellos. Duarte tomó el documento y ni lo miró. Actuaba con formalidad como siempre hacía cuando lidiaba con sus empleados, pero había algo diferente en el tono de su voz, en la forma como evitaba mirar directamente a Blis.

- Voy a acompañarte hasta la puerta. -Duarte prácticamente estaba despachando a Blis fuera del apartamento.

Emily comenzó a sentirse inquieta, presentía algo entre Duarte y su secretaria. La relación de los dos parecía diferente. Blis hablaba con él con voz suave, en un tono que no usaba antes, parecía haber dejado de ser una mera asistente.

¿Habría algo entre Duarte y Blis? ¿Sus sospechas serían absurdas, realmente irracionales? ¿Estaría pensando con claridad ó dejándose llevar por la fantasía? Blis intentaba ser su amiga antes y ahora actuaba con hostilidad. La secretaria siempre criticara a Duarte, diciendo querer estar del lado de Emily. ¿Sería fingido? Aquella mañana había sugerido que Duarte tenía otra mujer. ¿Sería ella esa otra mujer?

Emily sintió un frío invadir su cuerpo. ¡Claro que Duarte debería sentirse atraído por Blis! Era bonita, elegante e inteligente, parecía una princesa de cuentos de hadas y sería la esposa perfecta para sustituir a Izabel en la vida de Duarte. ¿Estarían durmiendo juntos? ¿Cuándo la relación de los dos dejara de ser formal al punto que Blis pudiera entrar en el apartamento de Duarte sin llamar a la puerta? También le sonreía con un aire de intimidad.

¿Emily tenía que estar loca para pensar que su marido la traicionaba? No iba a preguntar nada a Duarte, pues eso podría crear un malestar entre ellos.

Mientras intentaba reencontrar la calma, Emily comenzó a recordar los tiempos en que Blis decía ser su amiga. Enseguida del casamiento, Emily se sintió solitaria y era arrastrada de un lado a otro por Adelina que sólo la criticaba todo el tiempo. Iba a fiestas, hacía visitas, intentaba hacer amistades, pero las otras mujeres no parecían querer nada con ella.

Siempre que llamaba a la oficina de Duarte, quien la atendía era Blis. Dejaba recados, porque la secretaria siempre le informaba que estaba ocupado. Parecía siempre simpática y aseguraba que pasaría los mensajes al jefe.

Eventualmente habían comenzado a conversar, y Emily pasara a confiar en ella y tratarla como amiga. Blis se ofreció para

acompañarla a paseos y hacer sugerencias de como debería vestirse y comportarse en las fiestas para agradar a Duarte. Siempre que él viajaba, Blis invitaba a Emily a cenar juntas en su apartamento y fue allí que conoció a Tony, aquel que habría de complicarle la vida tiempo después. Tony era pintor y había sugerido que posase para un retrato. Imaginando que Duarte podría sustituir el cuadro de Izabel por el de ella en la pared de la sala, Emily se entusiasmó y aceptó su invitación.

- ¿Estás pronta? Podemos irnos -Duarte preguntó, caminando hasta la puerta de salida.

Emily dejó los recuerdos de lado y resolvió actuar con naturalidad para no llamar la atención de su marido.

¿Cómo podría preguntarle si vivía un romance con su secretaria teniendo sólo como evidencia el hecho que Blis actuara de forma extraña y tuviera libertad de entrar y salir de la casa de su patrón, actitud que una secretaria generalmente no disfrutaba?

Metida en esos pensamientos tortuosos, Emily tropezó con la alfombra y se cayó.

- ¡Mi Dios! -Duarte exclamó, corriendo junto a ella para ayudarla a levantarse. - ¿Estás bien? ¿Te lastimaste? -preguntó ansioso.
- Creo que no -murmuró, intentando no asustarse con el dolor que sentía en el pie.

Duarte miró al piso en busca de algún objeto que podría haberla hecho tropezar.

Emily rengueó hasta la limusina. No consiguió hacer que sus dientes pararan de castañar durante todo el viaje hasta la casa en Sintra. Un recuerdo más comenzó a atormentarla: Blis y Duarte conversando en el aeropuerto, después que habían desembarcado. Él mandó a Emily a entrar al coche, y ella no oyó lo que habían hablado. Duarte debía haber dicho algo que desagradara a Blis, porque ella se puso roja como si estuviese con rabia. ¿Exactamente cuán íntimos serían?

- ¿Desde cuándo eres tan amigo de Blis Jarrett? -Emily no consiguió dejar de hacer la pregunta, a pesar que luego se arrepintió y deseó no haber tocado el asunto.

Duarte continuó en silencio y, sólo después de un buen tiempo, miró a Emily con aire desaprobador.

- Creo que no debemos tocar ese asunto.

¿Qué quería decir con eso? Aquella respuesta evasiva sólo aumentaba la desconfianza de Emily. ¿Por qué no debían hablar de Blis, si ella era apenas una secretaria? ¿Ó habría verdaderamente algo más entre ellos? No conseguiría nunca más confiar en aquella que considerara su amiga.

- Apenas estoy curiosa...
- No estoy seguro que te vaya a gustar mi explicación. Blis quedó muy avergonzada cuando supo que tuviste un romance con su primo y hasta quiso dimitir en esa ocasión -Duarte dijo con una voz bien fría.
- ¿De verdad? -Emily susurró, sintiéndose sofocar.

- Después de lo que pasó, fue difícil volver a la relación formal de antes. Respeto mucho a Blis tanto como mi funcionaria como amiga personal. Me gustaría que tuvieras eso en mente de aquí en adelante.
- No estoy entendiendo bien lo que quieres decir con eso -Emily murmuró.

Pensó en decir que fue amiga de Blis, pero eso tal vez no fuese importante en aquel momento.

- No tienes ningún derecho de hacerme preguntas. Fuiste tú quien tuvo una aventura, no yo. Fuiste tú la responsable por nuestras desavenencias, desapareciste siete meses y me impediste ver a mi hijo. No te olvides de eso.
- Duarte...
- Pasé meses en angustia, sin saber siquiera si mi hijo había nacido bien, si yo era un padre. Fueron tiempos difíciles para mí. Durante todo ese tiempo, Blis estuvo a mi lado, dándome apoyo.

Duarte estaba diciéndole que era ella la culpable por lo que había pasado entre él y Blis. Fue su inmadurez en huir y mantenerse escondida sin dar noticias que lo llevara a buscar una amante y creer que tenía todo el derecho en hacerlo. Emily no conseguía creer lo que oía, Duarte estaba siendo injusto y melodramático, intentando, quien sabe, justificar su infidelidad. Blis se aprovechó de su partida para acercarse a Duarte. ¿Cómo pudo hacer eso?

- Blis es la persona que confirmó tus sospechas sobre mí, ¿no? - Emily preguntó de repente, viendo todo claro delante de ella. - ¿Fue ella quién inventó todo aquello sobre mí?
- ¿Me estás acusando de haberla oído? ¿Y continúas insistiendo con tus mentiras?

Era como si Duarte se estuviese alejando de ella nuevamente. Pensó en preguntarle directamente si era amante de Blis pero prefirió no saber la verdad en aquel instante. Duarte nunca creería que no lo traicionara con Tony, no ganaba nada con insistir. Percibía que él nuevamente se quedó con rabia de ella al recordar el episodio en que la encontrara con Tony.

- Voy a hacerte apenas una pregunta, Duarte. -Emily preguntó sin bajar los ojos, mirándolo con atención: - ¿Me habrías traído de vuelta a Portugal si no fuese por Jamie?
- No puedo responder esa pregunta.

El coche entró en los jardines de la quinta y paró frente a la casa.

Emily descendió apresurada, ansiosa por tener a Jamie en sus brazos. El bebé dio grititos de alegría al verla llegar, y Emily comenzó a recuperar la calma. Conversó con la niñera y resolvieron que comprarían ropa nueva para el bebé, porque las que tenía ya estaba quedando pequeña. Emily llevó a Jamie al cuarto y lo colocó sobre la alfombra para observarlo gatear.

- Tu padre no me quiere mucho, queridito, pero eso no importa. - Emily conversaba con el bebé como si fuese adulto y pudiese entenderla.

- ¿Te estás desahogando con una criatura de seis meses de edad? -Duarte murmuró detrás de ella, después de haber entrado al cuarto sin que ella lo notase. - Lo dejaste agitado - dijo, sin percibir que el bebé balanceaba los pies porque había reconocido a su padre.
- ¡No sabía que estabas aquí! -Emily exclamó.
- Pon una expresión alegre que el bebé se sentirá mejor.
- ¿Y qué me hará estar feliz?
- Tal vez esto... -Duarte pasó las manos sobre los cabellos despeinados de Emily y después levantó su rostro y la besó. Instintivamente, ella se recostó en él. Bastaba un beso para despertar sus sensaciones y tomar conciencia de la presencia marcante de Duarte y su influencia sobre ella.

Entonces recordó la pregunta que quedó sin respuesta, y se alejó de su marido.

- Si estoy aquí apenas por causa de Jamie, mejor nos quedamos entretenidos con él.

Duarte pareció concordar, porque tomó a su hijo en brazos con cierto cuidado y comenzó a jugar con él. Emily se sintió culpable porque el bebé no estaba muy habituado a Duarte y sólo ahora comenzaba a no llorar cuando él lo agarraba. Se asustó con su propia reacción, cuando percibió que, por primera vez, rechazó un gesto de cariño de su marido.

- Adelina me dijo que insististe para que se quedase con nosotros aquí... -Duarte murmuró mientras intentaba colocar a Jamie en una posición más cómoda. -... pero dijo que prefería mudarse a otra de mis casas que está desocupada. Concordé con ella.
- Si tendré que dirigir esta casa, prepárate para algunas confusiones -Emily explicó con aprehensión.
- Si hubiera algún problema, me llamas, y te ayudaré.

Jamie parecía encantado con los juguetes del padre.

- Él no me tiene miedo como antes -dijo Duarte entre sorprendido y feliz. Llevó a Jamie al piso de abajo y se quedó mostrándole los retratos de la familia.
- ¿No te parece demasiado pequeño para poder apreciar las obras de arte? -Emily protestó con franqueza.
- Nada es más importante que la propia familia. Jamie tiene que conocer la historia de la familia Monteiro. Desciende de nobles. Recuerdo que mi padre me trajo aquí cuando era bien pequeño y se quedó diciéndome lo que significaba pertenecer a un linaje tan importante.

Jamie, no obstante, no parecía en nada impresionado con ese pasado histórico, pues luego se recostó en el pecho de su padre y comenzó a cabecear. Lo llevaron de vuelta a la cuna y cuando Emily finalmente descendió se deparó con tres empleados sacando el enorme retrato de Izabel de la pared del salón principal y se preguntó donde pondrían el cuadro. Por tanto tiempo, se atormentó mirando el retrato y comparándose con Izabel... Ahora, estaba recibiendo lo que parecía ser una recompensa justa.

Nada era más importante que la propia familia, Duarte dijo momentos atrás. Esa era una especie de respuesta a la pregunta que ella hizo en el auto. Jamie justificaba su presencia en la casa. Él soportaría a la esposa que pensaba lo traicionó, porque quería la felicidad de su hijo. Ciertamente intentaría vivir bien con ella.

¿Y dónde Blis cuadraba en esa nueva realidad? Aquella noche, se quedó esperando inútilmente a Duarte. La puerta que él derribara fue sustituida por otra, y no la trancara. Duarte debía haber quedado lastimado porque no quiso participar de aquel momento de cariño cuando estaban en el cuarto de Jamie. Era demasiado orgulloso para buscarla.

Entonces, se equivocara de novo.

Emily estaba sola, pensando en el hombre que amaba y creyendo que él estaba ahora involucrado con otra mujer, exactamente aquella que, en el pasado, fingió ser su amiga. ¿En qué se equivocó? Rechazó su beso llevada por el resto de orgullo que aún tenía. Tal vez hubiese perdido la oportunidad de recomenzar la vida al lado de su marido.

## Capítulo 8

Cinco días más tarde, Emily estaba entrando en desesperación, porque no conseguía hacer un arreglo de flores para la entrada principal. Esa noche sería la fiesta que Blis se encargara de organizar. Para empeorar las cosas, el lugar donde estuvo el retrato de Izabel quedó marcado y por más que Emily intentase esconder con muebles y otros cuadros, las manchas aún aparecían. Llegara casi a pedir que el antiguo retrato fuese puesto de vuelta no salón, y sólo no hizo un pedido tan absurdo a Duarte porque temía su reacción.

La relación entre ella y Duarte no iba muy bien. Él era delicado, la trataba con respeto, no en tanto nunca más la buscó en el cuarto. Emily dormía atenta a cualquier ruido, deseando que su marido apareciese ni aunque fuese preciso derrumbar la nueva porta. Como siempre supo la importancia que Duarte daba a la relación sexual, se quedaba torturándose con la idea que él debería estar haciendo el amor con Blis. La rubia sexy debería estar tramando algo para sacar a Emily de la vida de Duarte, como hizo antes, naturalmente.

Emily recordaba que fue Blis quien sugiriera que posase para un retrato que debería sustituir el de Izabel. Le presentara a Tony y le aseguró que era un excelente pintor. Emily no aceptó en posar para el cuadro, pues se convenció que su retrato no podría ser comparado con el de Izabel. Terminó concordando, cediendo a la insistencia de Blis para conocer a Tony.

Cuando Emily conoció a Tony en el apartamento de la secretaria, él estaba acompañado de su novia, una divorciada rica y posesiva que se irritara cada vez que el pintor conversaba con alguna mujer. Tony no había coqueteado con Emily en ninguna de las veces que fue al estudio que él montó al lado de la mansión de Sintra. Al principio,

la divorciada se quedaba en el estudio viéndolo pintar, después se cansó y desapareció.

Con Tony viviendo tan cerca de la quinta de Monteiro, Emily lo invitó a cenar con ella y Duarte, sin revelarle al marido que estaba posando para el pintor, pues quería hacerle una sorpresa cuando el cuadro estuviese pronto.

Después de la cenar, Duarte y Tony habían conversado sobre varios asuntos y cualquiera que fuese la opinión de Tony, Duarte se colocaba contra ella. Después de eso, Emily creyó mejor no reunirlos en otras cenas.

Estaba en el comienzo del embarazo y tenía náuseas todas las mañanas. Había comenzado a sentirse abandonada porque Duarte no quisiera tener más sexo con ella, desde que supo que estaba embarazada. Tony continuaba pintando su retrato, y el resultado parecía estar siendo muy bueno. Emily estaba encontrándose bonita en la pintura porque Tony realzara sus trazos y escondiera los defectos de su rostro.

La noche que el pintor apareció sin avisar, Emily se había sorprendido, pero no le dijo que se fuera. Pensó que él sólo quería conversar, pero le había extrañado cuando él comenzó a criticar a Duarte y decir que su marido no la valorizaba y no merecía la suerte que tenía en tenerla como esposa. Quedó impresionada con su entusiasmo y de repente, Tony confesó estar enamorado de ella. Oyó una declaración de amor de un hombre que no era su marido. Recordara en aquel momento la ocasión en que Duarte dijo abiertamente que sólo le gustaba, no la amaba.

- ¡Mi Dios! -Duarte murmuró detrás de ella, y a Emily, inmersa en sus recuerdos, le llevó cierto tiempo volver a la realidad y ver que su marido se refería al arreglo de flores que intentaba hacer. - ¿Qué pasó con el florero? ¿Se quebró? -Duarte preguntó, apuntando al florero y las flores que estaban en el piso.
- No, estoy intentando arreglar las flores. Sé que el arreglo está horrible, no soy buena en lidiar con este tipo de cosas.
- Y no precisas serlo. ¿Estás tan afectada sólo porque no sabes arreglar algunas flores en un florero?
- Es porque la mayoría de las mujeres sabe hacerlo, y yo tengo que confesar que no soy buena en nada -Emily se lamentó con amargura.

Subió la escalera corriendo, estaba prácticamente llorando. De reojo, vio que el chofer de Duarte entraba cargando varias cajas con arreglos de flores. Él se encargó de los arreglos, sabiendo que ella no iba a hacer nada bien.

La noche sería como las del pasado. Sería humillada por los invitados, mientras Blis ciertamente se comportaría como si fuese la verdadera dueña de casa.

Emily ni sabía aún lo que se podría aquella noche. Entró en el cuarto, pero varias criadas estaban sacando todo de los armarios, y la cama estaba deshecha. Era como si la estuviesen desalojando de allí.

Tenía que encontrar un lugar donde pudiese llorar sin ver a nadie. Tuvo que parar su fuga porque alguien se colocara en el camino y le bloqueaba el pasaje.

- Cálmate. -Duarte la sostenía para que no escapase.
- ¿Cómo me voy a calmar? ¿Para dónde debo ir, si ni siquiera tengo mi cuarto? ¿Debo buscar el sótano y quedarme en medio de los ratones?
- No dejes que tu imaginación vaya demasiado lejos, Emily. No tenemos ratones aquí ni en cualquier parte de la casa. Lo que puedes encontrar en el sótano son botellas de vino, ¡ide mi vino!
- Pero por lo menos hay un ratón en esta casa.
- ¿Estás bromeando? -Duarte preguntó alarmado.
- Me estoy refiriendo a ti, naturalmente, ¡querido marido! - exclamó, sintiéndose completamente frustrada con lo que le estaba pasando.

Duarte intentó tomar su mano, pero Emily se alejó. Él no desistió, consiguió agarrarla del brazo y la llevó gentilmente por el corredor al otro lado de la quinta.

Abrió la puerta de su propio cuarto y la empujó dentro. Emily miró alrededor, intentando controlarse.

- Ahora mira a tu alrededor -Duarte sugirió, frunciendo la frente y ostentando un aire bastante crítico.
- Pero nunca compartimos el mismo cuarto -Emily dijo al ver su camisola extendida sobre la cama.
- ¿Alguna razón para que no lo compartamos ahora?

Emily sacó la camisola de la cama, avergonzada que las empleadas hubiesen visto como ella dormía.

- ¿Eso quiere decir que no te quieres quedar aquí? -él preguntó con voz ronca.
- No, no... -Emily se apresuró a aclarar.

Comenzó a observar cada detalle del cuarto, satisfecha con la sorpresa y, al mismo tiempo, confundida. ¿Por que él no propuso dormir juntos abiertamente? Se quedó esperando que Duarte la buscara todas las últimas noches...

- Es una cama enorme -Emily dijo suavemente. - Supongo que podemos estar en ella tan distantes como en la mesa del comedor -hizo el comentario con cierta ironía.
- Está bien, está bien. Ah, te compré unos regalos.
- ¿Regalos?

Duarte apuntó a las cajas que estaban también sobre la cama.

- ¿Son para mí? -Emily corrió a abrir los paquetes llena de curiosidad. Nunca Duarte le dio un regalo sorpresa antes.

Decidió abrir la caja más grande y dentro había un traje de noche maravilloso.

- ¿Me compraste un vestido?
- Para la fiesta de esta noche.
- ¿Por qué deberías ser tú quién eligiera lo que voy a usar? -Emily preguntó enojada.

- Tuve ganas, fue sólo eso.
  - ¿Estás seguro que quieres que use este vestido tan cortito?
- Duarte apenas suspiró.

- ¡Y es de un color tan clara! -el vestido era de un azul bien pálido que la haría parecerse a un fantasma.

- Tal vez no haya sido una de mis mejores ideas -Duarte rezongó.

Emily percibió que estaba siendo poco delicada. Al final, Duarte se dio el trabajo de salir a comprarle un vestido nuevo, y ella estaba buscando mil y un defectos en él. Si él deseaba que usase ropa discreta, entonces lo haría. ¿Por qué no?

Comenzó a abrir las otras cajas. En una de ellas, encontró zapatos que combinaban con el vestido, pero de taco muy bajo. ¡Iba a parecer más baja de lo que era! Encontró también unas bragas y un sostén minúsculos.

Duarte se aproximó con un estuche de joyas.

- Zafiros combinan con el vestido -dijo simplemente. Emily abrió el estuche y encontró un collar lindísimo y colgantes en zafiro y diamantes.

- ¿Eran de Izabel? -preguntó sin entusiasmo.

- ¡No! ¡Nunca te pediría que usaras algo que Izabel usó! -Duarte respondió. Sus ojos parecían haberse oscurecido aún más, como si estuviese enojado.

- ¿Ninguna de las joyas que me diste eran de ella? Siempre pensé que eran...

- Izabel solamente usaba perlas, y Adelina se quedó con sus joyas. Las que te di fueron las joyas de mi familia.

- Me gustaría que me hubieras contado eso hace mucho tiempo - Emily admitió mientras tocaba con la punta de los dedos el zafiro. Era de ella, sólo de ella, y tenía dificultad en creerlo. Sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

- Puedo tener mis defectos, pero no soy insensible.

Ellos estaban consiguiendo hablar de Izabel con naturalidad. Antes, cuando tocaba el nombre de la fallecida esposa, Duarte caía en un profundo silencio.

- Estoy emocionada con los regalos -dijo Emily con voz llorosa.

- Ya debería haber hecho esto antes. -Duarte sonreía abiertamente, satisfecho con el rumbo que tomaba la relación entre los dos.

- Más vale tarde que nunca -bromeó Emily. Se sentía ahora culpable por nunca haber usado las joyas que él le ofreciera después de la boda. - Debo admitir que siempre sentí celos de Izabel -confesó.

- ¿celos? ¿Por qué?

- Ella tuvo un lindo vestido de novia y una luna de miel maravillosa. Siempre fue bonita y llena de cualidades.

- Ella contrataba decoradores.

- Sabía recibir bien a los invitados.

- Contrataba personal calificado, nunca preparó nada sola.



Emily percibió que se dejara llevar por historias que otros contaban y creara un mito.

- Pero debía ser una mujer especial, porque te enamoraste de ella desde que eran jóvenes.
- Por favor, ¡no me vengas a decir que creíste en todo lo que Adelina te contó sobre Izabel!
- Bueno, tengo que confesar que lo creí, pero...
- No sabes la verdad, ¿no? ¿Pero qué te contaría los detalles sórdidos? Siempre intenté no recordarlos, y Adelina siempre vivió en un mundo imaginario que giraba en torno a su hija.
- ¿Detalles sórdidos? -Emily preguntó ansiosa. - ¿De qué estás hablando?
- Izabel era una drogadicta y no quería hacer un tratamiento para liberarse del vicio.
- No puedes estar hablando en serio. - Emily se sentó en la cama, porque sus piernas habían comenzado a temblar. Duarte supo que debería contarle todo.

Lentamente, pues se puso a recordar los tiempos difíciles que pasara con Isabel, era algo que prefería olvidar. Contó que conoció a Izabel cuando tenía 16 años y ella 21, y nada pasó entre ellos en aquel momento. Más tarde, la reencontró cuando el padre de ella murió, y ella se convirtió en su heredera. Tenía demasiado dinero para gastar; y una madre que le hacía todos los gustos.

- No conocía Izabel bien ni a su círculo de amistades. Mientras ellos vivían de fiestas, yo estudiaba y después trabajaba 18 horas por día en el banco. Seis años más tarde, ella continuaba soltera, y me enamoré de ella -Duarte admitió. - Casi no pude creerlo cuando aceptó casarse conmigo, creí que tenía demasiada suerte...

Emily bajara los ojos y los fijó en una alfombra que cubría el piso. Prefería no mirar a Duarte, para no avergonzarse.

- La vi apestando a cocaína el segundo día de nuestra luna de miel. Ella sólo se rió de mí, me llamó anticuado y dijo que me debía acostumbrar a eso, porque era ese el modo en que ella vivía. Quedé destrozado -confesó. - Antes del casamiento, siempre la veía excitada y alegre, pero no sospeché que fuese el efecto de la droga. Debería haber percibido la animación con que ella actuaba en público.

La imagen que Emily hizo de Izabel de a poco se iba destruyendo, borrándose.

- Izabel me avergonzaba cuando estábamos en público. Quería llamar la atención de todos todo el tiempo y ser admirada. Era una típica muchacha de fiestas.
- ¿No conseguiste convencerla de aceptar la ayuda de médicos?
- Ella fue internada cuatro veces por sobredosis. Ninguno de los médicos, ni yo, ni siquiera su madre podían tocar el asunto de tratamiento. Los drogados ven la realidad distorsionada.
- ¿Los otros sabían que estaba metida en las drogas?

- Sus amigos intentaban ocultarlo, cuando ella exageraba. Izabel tenía su propio dinero y sabía donde comprar cocaína. Mi hermana Elena murió porque no conseguí controlar a Izabel.
- No fue tu culpa, Duarte -Emily protestó.
- Cuando yo estaba viajando, Elena intentaba vigilar a Izabel. Mi hermana gemela cometió el error fatal de entrar en el mismo coche que Izabel y dejarla manejar. El auto se salió de la pista porque estaba a alta velocidad -completó angustiada.
- Por favor, olvida eso. Nunca más vamos a hablar sobre este asunto -Emily imploró, afectada por ver a su marido arrasado por los recuerdos de aquel pasado tan trágico.
- Tienes razón. No es un asunto para ser conversado antes de una fiesta. -él intentó sonreír.
- Si quieres volver a colocar los cuadros de ella, no me va a importar.

Duarte la miró admirado.

- Siento pena de Izabel ahora -Emily murmuró. - Pobre Adelina... Todas aquellas historias geniales que me contaba, ciertamente intentaba evadirse inventando todo aquello.
- Era apenas una manera de huir de la realidad.
- Creo que ella quiere recordar a Izabel cuando aún no tenía el vicio de las drogas. Se olvidó las cosas malas y sólo se acuerda de las buenas. Quien sabe tú también debes recordar sólo los momentos buenos que pasaste con Izabel.
- ¡No hubo momentos buenos! -Duarte exclamó con impaciencia. - ¿Por qué crees que me casé contigo?
- Tengo miedo de saber la verdad -Emily reconoció. - ¡Ya tuve tantas sorpresas hoy!

Duarte estaba decidido a contar todo sobre su vida.

- Después que Izabel murió, juré que no tendría a mi lado una mujer que tuviese cualquier poder sobre mí -dijo con amargura.

Eso no llegaba a ser una sorpresa para Emily. ¿Pero por qué la hizo pagar un precio tan alto, haciendo que sufriese, fuese humillada y se desilusionase? ¿Todo eso para compensar los tiempos horribles que pasara con su esposa drogada, la esposa que decía haber amado? Debía haber amado a Izabel aún con el vicio, ¿si no por qué continuara a su lado?

- Es la hora que te prepares para la fiesta -Duarte dijo súbitamente, viendo que Emily continuaba en silencio y no hizo comentario alguno sobre su confesión.

Sin entusiasmo, comenzó a reunir todos los regalos. De a poco fue dejando de tener miedo de usar aquel vestido cortísimo. ¿Por qué tenía recelo de mostrar las piernas? ¿Por qué quería parecer más alta, cuando era bajita? ¿Por qué no realzar los cabellos en un peinado alto y no dejarlos sueltos, como siempre hacía?

Cuando descendió al salón vio que alguien había arreglado las flores. Duarte vestía un traje elegante que lo dejaba más guapo que de costumbre. Emily sintió su corazón latir más fuerte, pero se dominó. No debía estar entusiasmada con su marido guapetón, al

final, él prácticamente dijo que se casó con ella porque era una mujer inexpresiva.

Se ruborizó cuando percibió que Duarte la miraba fijamente.

- Te dije que el vestido no me quedaría bien. Parezco demasiado flaca, ¿no? Dame dos minutos que me voy a cambiar.
- ¡Estás maravillosa!

Emily pensó que él se estaba burlando de ella y dio algunos pasos para atrás.

- Está linda, mi joya.
- ¡No lo estoy!

Duarte la llevó hasta un espejo gigante que había en la sala.

- ¿Qué estás viendo? -preguntó.
- No me gusta mis piernas, ni mis brazos...
- Pues yo los amo. -Duarte sonrió satisfecho. - ¡Tienes piernas lindas!
- Son muy cortas... -ella insistió.
- Muslos tentadores, brazos perfectos, cuello de cisne...
- ¡No es tan largo así!
- Todo es proporcional en ti y con esa ropa azul pareces un hada... irreal...
- ¿Un hada? -ella estrechó los ojos.
- Devastadora. Tu problema fue crecer al lado de dos hermanas envidiosas que debían morir de envidia de ti. Deja de atormentarte. Eres bonita y tienes que reconocerlo.

Emily comenzó a observarse en el espejo y se vio diferente. Era elegante, delgada, pequeña de tamaño, pero graciosa. El peinado le quedó bien y destacaba sus ojos. ¿Cómo no supo antes que debía usar siempre colores claros?

Encontró la mirada de Duarte que también observaba su imagen en el espejo. Él parecía orgulloso de aquella nueva mujer.

- Mis hermanas no me tenían envidia, siempre fueron muy bonitas.
- Tú eras quien las veía así. ¿Por qué crees que te vivían atormentando?
- Bueno, nunca pensé mal de ellas. Pensé que decían la verdad y...
- Tu madre también actuó mal en apoyarlas sus críticas. Sé que no te gusta hablar mal de tu familia, pero tienes de comenzar a exigir que te respeten.

En aquel momento las puertas del frente fueron abiertas, y los primeros invitados comenzaron a entrar. Aquella conversación continuaría más tarde. Él tenía razón en lo que dijo sobre su familia, pero a Emily le dolía que él hubiese percibido el desprecio que sus padres y hermanas sentían por ella.

El salón estaba lleno cuando Blis llegó. Todos los hombres giraron la cabeza para verla entrar, confiada en su belleza y ostentando un vestido de seda rojo muy diferente de los trajes discretos que usaba para trabajar.

Emily miró a Duarte para ver como reaccionaba con la llegada de su secretaria, y no percibió nada diferente en su comportamiento. Duarte debía considerar a Blis su amiga, era eso, no parecía un hombre con una aventura extraconyugal. Se portaba como un marido satisfecho con su esposa y deseoso de mantenerse casado con ella. Al final, ¿no había hasta decidido que dormirían juntos? ¿No le contara todo sobre Izabel? Además, estaba encantado con su hijo. Le había regalado cosas. ¿Y qué decir de los zafiros que estaban llamando la atención de todas las mujeres de la fiesta?

Decidiera ignorar sus sospechas, ya que no tenía pruebas. Blis Jarrett la engañó, fingiendo querer ser su amiga. Mientras pensaba, se permitió tomar dos copas de vino. Raramente bebía, pero era para sentirse más segura y recibir mejor a los invitados.

- ¿Emily? -una voz familiar la llamó. Era Blis, toda llena de sonrisas. - Preparé una fiesta espectacular, ¿no te parece?
- Es cierto. ¡Mis felicitaciones! -Emily respondió con una sonrisa serena. En su fuero íntimo, deseaba que alguien interrumpiese la conversación que estaba por venir.
- ¡Él es mío! Obsérvame en acción, querida. -Blis apuntó a Duarte.
- Confío en él... -Emily procuró ser convincente, pero prefería mantener a Duarte alejado de esa rubia tentadora.
- Cuando Duarte descubrió donde estabas, estaba decidido a divorciarse.
- Pues le pedí el divorcio, y dijo no.
- ¡No te creo! -Blis exclamó con aire de reproche. - Somos amantes, ¿lo sabía?
- Pues creo que estás mintiendo.
- Piensa lo que quieras. -Blis rió y se alejó, yendo a conversar con algunos invitados.

Emily terminó de tomar su vino e intentó calmarse. ¡Eran amantes! Procuró localizar a Duarte y lo vio con Blis. Se aproximó más para verlos mejor.

El mozo pasó, y ella se sirvió una copa más de vino. La música cesó, y Duarte no estaba ya bailando con Blis. Tal vez no quisiesen llamar la atención de los invitados, estaban siendo discretos. Ahora Blis se aproximara nuevamente a Duarte y le cuchicheaba algo en su oído. Él rió abiertamente, u Emily gimió como si hubiese sido estoqueada en el corazón.

Si él se enamoró de Izabel, también podría hacerlo de Blis. ¿Cuándo se habían convertido en amantes? ¿Cuándo ella estaba en Inglaterra? Emily no sabía qué creer. ¿Debería confiar en su marido? ¿Por qué debería creer en una persona que le mintió a Duarte? Blis inventó historias sobre ella y Tony.

Sintió que alguien la tocaba y notó que era Duarte. Él la abrazó cariñosamente.

- Me equivoqué eligiendo zapatos de taco bajo. De este modo es difícil descubrir donde estás en medio de toda esta gente. ¿Dónde estaba?

- Dando una vuelta por el salón.
- Duarte la empujó junto a su cuerpo, y Emily se sorprendió.
- Si no me sueltas, eres hombre muerto -susurró. - Es difícil respirar el perfume de ella en tu ropa.
  - Los celos enloqueces, ¿no? -Duarte bromeó.
  - ¿Qué sabes sobre sentir celos? ¡Blis acaba de contarme que son amantes!
  - Que absurdo. ¿Por qué Blis diría una cosa de esas? No juegues con cosas serias, Emily.
  - ¿Me estás diciendo que no me crees? ¿De nuevo, Duarte? - Emily subió el tono de voz, cuando la rabia comenzó a dominarla.
  - No hablaremos de eso ahora -él le pidió.
  - Si no respondes mi pregunta, voy a salir de esta fiesta inmediatamente.
  - Bebiste y estás enojada.

Emily observó a Duarte y estuvo segura que él, una vez más, no le creía. Estaba siendo evasivo, dando disculpas, disfrazando su culpa.

- Blis me dijo que no soportas su presencia en la fiesta -Duarte murmuró secamente. - Aún a la distancia, pude sentirlo. No debes comenzar a inventar historias tontas como si fueras una criatura.

Emily se soltó de los brazos de Duarte, sorprendiéndolo. Se sentía furiosa y lastimada. Blis consiguió una vez más salir victoriosa. Si él era lo suficientemente ingenuo para creer en lo que su amante decía, ella no ganaba nada en intentar decirle la verdad. Quien sabe actuaba así porque era culpable de traicionarla y recurría a acusaciones para confundirla.

Emily se alejó y comenzó a conversar con algunos invitados, procurando parecer animada, pero era difícil fingir que todo estaba bien. Cuando finalmente el último de los invitados se despidió, suspiró aliviada.

Duarte desapareció.

La casa estaba silenciosa y vacía.

Emily vio que las luces aún estaban encendidas en un rincón del jardín y resolvió ir hasta allí. Cuando se acercó más, se paró extrañada. Blis y Duarte estaban allí.

Blis se tiró en los brazos de Duarte, y ellos quedaron abrazados como si un imán los estuviese prendiendo uno al otro.

- ¡Eres un canalla! -Emily gritó, apareciendo ante ellos.

## Capítulo 9

Duarte se alejó inmediatamente de Blis y se volvió hacia Emily con incredulidad.

- ¿Pensaste que había ido a dormir? -la voz de Emily sonó dura y alta. Su cerebro parecía anestesiado delante de la imagen de

Duarte abrazando a Blis en una demostración de que eran íntimos. Todas sus desconfianzas se habían concretado.

Blis se arregló el cabello y alisó su vestido rojo, sin perder la calma.

- Esto es bastante embarazoso, pero le aseguro que está equivocada. Sólo me tropecé, y Duarte me sostuvo para que no cayese.
- ¿Y me consideras una idiota capaz de tragarme esa disculpa? - Emily preguntó bien alto, sin importarle si algún empleado estuviese escuchando aquella discusión.
- No seas tonta, Emily. Lo que Blis acaba de contarte es la verdad. Se iba a caer, y simplemente la sostuve. Fin de la historia.

Emily desvió la mirada, estaba temblando y se sentía confundida. ¿Por qué le estaban haciendo eso? ¿Duarte no podría irse a encontrar con su amante fuera de allí? ¿Y por qué debería aceptar aquellas disculpas tiradas de los pelos? Si Duarte no le creyó cuando Tony la había besado, ¿por qué debería creerle ahora cuando las circunstancias eran muy parecidas?

- Contrólate, Emily -Duarte dijo duramente.
- ¿Le contaste a mi marido que eras mi mejor amiga antes que huyera de Portugal? -Emily preguntó a Blis, queriendo ver su reacción.
- No sé de lo que está hablando -Blis respondió, manteniéndose a distancia.
- ¿Ah, no? ¿Eso quiere decir que te olvidaste que almorzamos juntas muchas veces y también fuimos de compras? ¿No te acuerdas también de cuantas veces estuve en tu apartamento?

Blis miró a Duarte como si quisiese mostrar su sorpresa delante de una historia que solamente una mente enferma podía inventar.

- Si nunca estuve en tu apartamento, ¿cómo sé que las sillas de tu comedor están forradas con un paño rayado y hay un reloj antiguo que perteneció a tu abuela en tu living? Las mesas son de vidrio, los sofás de cuero...
- Bueno, tengo de hecho sofás de cuero, pero aún encontrándolo bonitos mismo los relojes antiguos no tengo ningún en mi apartamento. En cuanto a los asientos rayados de mis sillas, querida, nunca tendría tan mal gusto de elegir algo tan corriente.
- Lo mejor es que te vayas, Blis -Duarte pidió. - Lamento que tengas que estar escuchando esta conversación tan desagradable.

Emily miró a Duarte incapaz de aceptar que estuviese tan calmado y tratándola como si fuese una loca.

- ¿Qué te pasa, Emily? ¿Por qué estás inventando que fuiste amiga de Blis? ¿Estás borracha? Estás poniéndote en ridículo, ¿no lo ves? -Duarte miraba horrorizado a su esposa.
- Ah, ¡piensas que estoy loca! Puede ser que haya enloquecido después tantas decepciones que sufrí. Y tú eres tan mentiroso

como tu secretaria. Si quieres que las cosas se queden de ese modo, está bien. No me importará más nada de aquí en adelante. -Emily liberó sus manos que Duarte sostenía y se alejó.

- Voy a entrar en cinco minutos -dijo Duarte. - Espérame para que subamos juntos.

- ¡No precisas darte ese trabajo!

Si Duarte pensaba que iba a dormir con él, después de lo que vio y como había sido tratada, precisaba rever sus valores morales. Al final, ¿no la llamara loca? No estaba obligado a dormir con una desequilibrada sólo porque era su esposa.

Emily entró al hall de la mansión, pero se sentía demasiado inquieta para quedarse allí. Salió nuevamente y comenzó a caminar por el jardín. Blis debía haber sacado el reloj de la pared, ya que Duarte nunca lo vio. ¿Habría cambiado las sillas también?

El jardín estaba totalmente envuelto en el silencio. Emily recordó que en una de las áreas próximas había una construcción cubierta y con piso de mármol. Mejor sería pasar el resto de la noche allí, sentada en un banco, que estar al lado de un hombre que la despreciaba.

Duarte debería estar llamando a algún psiquiatra en aquel momento. Creía que su mujer había enloquecido y actuaría como un marido atento, internándola en una casa de locos.

Se sacó los zapatos y se recostó en la pared fría. Blis había vencido nuevamente. Duarte ni siquiera dudó de la secretaria, mientras encontraba natural hacer acusaciones a su esposa. ¿Qué la llamara? ¿Loca? ¿Borracha?

Nuevos pensamientos comenzaron a poblar su mente. Tal vez Duarte no hubiese mentido y Blis también lo engañó, fingiendo que caer para que la tomara en brazos. Blis debía haber notado que había grandes oportunidades que fueran sorprendidos abrazados. Ninguna otra explicación tenía sentido. ¡Duarte no abrazaría a una amante cuando podía ser visto por todos sus empleados!

Emily había hecho el papel de estúpida nuevamente. Debería haber percibido que todo no pasaba de las artimañas diabólicas de Blis.

Se sintió desilusionada consigo misma. El propio Duarte le dio consejos que debería hacerse respetar. Once meses antes, Duarte decidió separarse y la mandó a su casa en Douro. Ella obedeciera como si fuese una mujer culpable, como si hubiese traicionado a su marido. Era inocente y se dejara castigar.

¿Por qué se culpaba tanto de su ingenuidad dejando a Tony aprovecharse de ella? No había permitido ni gustado ese beso y, aún así, perdió a su marido. Debería haber reaccionado, haberse defendido más, rehusado ser mandada como una exilada a Douro donde sufrió la soledad y llorara lágrimas amargas.

También se sentía culpable cuando sus padres agradaban más a sus hermanas y la criticaban todo el tiempo. Vivía intentando agradecer a todos inútilmente.

El matrimonio no le trajo felicidad. Duarte tenía una personalidad demasiado fuerte, y ella temblaba delante de la posibilidad de contrariarlo. Tuvo que aguantar a la ex-suegra que la torturara hablando maravillas de la hija muerta y encontrando un defecto en todo lo que ella hacía. Y había aguantado todo sin reclamar. De hecho se equivocó justamente por mantener un comportamiento sumiso.

Emily oyó un ruido y se quedó inmóvil.

– ¿Estás queriendo jugar a la escondida? – Duarte surgió en medio de la oscuridad. – Son las tres de la madrugada y hace tiempo que te busco. Casi desperté a los empleados para comenzar a buscarte por toda la propiedad.

Emily se sentía extrañamente calma. Observó a su marido como si estuviese delante de un extraño. Duarte tampoco perdió la calma y se hallaba en el derecho de criticarla. Como mínimo, pensaba que su esposa debía aceptar con normalidad que abrazase otras mujeres.

– Has sido un marido desagradable –Emily comentó. – No preciso ser una mujer histérica ni loca para decirte que...

– Puedes llamarme lo que quieras, pero no aquí afuera –Duarte afirmó sin que le afectara el comentario. – Me rehúso a estar oyéndote decir tonterías aquí en el jardín y a esta hora de la noche.

– Muy bien. Buenas noches. –Emily se volvió de espaldas a él y continuó sentada en el banco de mármol.

– Escucha, ¡estás yendo demasiado lejos!

– No soy tu empleada, por lo tanto deja de darme órdenes.

– No puede estar aquí sola. ¡Puede ser peligroso! –Duarte respiró fuerte, intentando no perder la calma. – Entiendo que tengas celos de Blis, porque eres muy insegura, pero no voy a permitir que transformes un episodio bobo en una tragedia sin proporciones.

– Ah, entonces tengo que aceptar todo sin reclamar.

– ¡Es ridículo que sospeches que te traiciono! Debería ser la primera en saber que nunca me involucraría con una empleada.

– Pensé que considerabas a Blis mucho más que una simple empleada. ¿No dijiste que era tu amiga? Además, no te olvides que fui tu empleada y te involucraste conmigo.

– Contigo fue diferente.

– ¿Y con Blis no lo es?

– ¿Está intentando confundirme?

– ¿Por qué lo haría? Blis no precisa representar un problema en nuestra vida, siempre que tú pruebes que eres inocente.

– ¿Qué estás queriendo decir?

– Hoy de noche presencié un encuentro entre tú y Blis en una posición muy sospechosa. –Emily hablaba bien lento. – No preciso justificar mi expectativa que tú inmediatamente me convenzas que no estabas haciendo nada malo.

– ¿Y cómo esperas que haga eso? –Duarte preguntó furioso.



- No sé. Este no es un problema mío. -Emily se dio de hombros y continuó sentada calmadamente.
- ¡Ya aguanté mucho esa payasada! -Duarte dio dos pasos adelante, estiró los brazos y comenzó a cargar Emily por el jardín. - Ya hiciste suficientes tonterías en un solo día. Basta. Y deja de hacer jueguitos conmigo.
- ¿Sólo porque te pedí que probaras que eres inocente? ¿No estoy haciendo lo mismo que tú cuando Tony me besó?
- ¡Ah! Entonces era ahí que querías llegar. -Duarte paró en medio del césped, pero no la soltó.
- Estoy siendo mucho más bondosa contigo, en circunstancias muy similares...
- ¡Quédate quieta si no perderé la cabeza! -la apretó aún más fuerte mientras volvía a caminar rápidamente hacia la casa.
- No puedes decir que te intimidé, tampoco estás asustado y con miedo que te vaya a lastimar, ¿ó sí?
- ¡Ya dije que te quedaras quieta! -él exigió.
- ¿Lo ves?... No soy bruta como tú.
- ¿Cómo me llamaste?
- Estoy segura que oíste muy bien.
- ¿Me estás acusando de tratarte con violencia?
- Bueno, cargarme hasta aquí, a la fuerza, ya es una buena muestra de como actúas.
- Estaba protegiéndote al no dejarte en un lugar desierto y oscuro -Duarte protestó.
- No pedí que te encargaras de mí. Sé caminar con mis propias piernas y no preciso que nadie me cargue.

Con cuidado exagerado, Duarte la colocó en el piso. Emily percibió que estaba descalza y enfrentó la sonrisa irónica de su marido sin dejarse afectar.

- Gracias por dejarme caminar sola -dijo, mordiéndose el labio.
- La noche en que te vi en los brazos de Jarrett, intenté controlarme. ¿Cuántos hombres harían lo mismo en aquella situación? -Duarte preguntó.
- Yo estaba enojada y me sentía culpable sin tener culpa alguna, porque estaba asustada.
- ¡Pero no te puse ni un dedo encima!
- Es verdad -Emily concordó. - Pero tuve miedo, porque estabas demasiado enojado.
- ¿Alguna vez te lastimé? -Duarte indagó, desafiándola.
- Nunca. Pero aquella noche tuve miedo, intenté explicarme y no quisiste oírme. De cualquier manera, ya te habías convencido que te traicionara. Y, no en tanto, ¿qué viste? Sólo a Tony besándome, del mismo modo que vi a Blis en tus brazos, hace poco.
- Vi más que un beso. Escuché a Tony implorando que dejaras a tu marido y te fueras con él.

- Hasta que Tony comenzó a hablar, yo no tenía la menor idea que él estuviese enamorado de mí. Quedé sorprendida y no quise herir sus sentimientos, por eso no reaccioné cuando me besó, pero no retribuí el beso.
- Ah, sentiste pena de él y lo dejaste besarte... Que justificación más cómoda. No quiero oír más sobre ese asunto, ¿entendiste?
- Bueno, ¿y cómo me vas a convencer que tampoco me traicionaste?
- Apenas espero que confíes en mí -Duarte le informó sin dudar.
- Yo también esperaba que confiaras en mí, pero no hay dudas que me equivoqué. -Emily retrucó con una leve sonrisa. - Entonces, por favor, no esperes que sea más generosa contigo de lo que fuiste conmigo.
- Emily, todo esto es ridículo. -Duarte respiró hondo. - Me abandonaste, y tenía el derecho de buscarme otra mujer pero no lo hice.
- Pruébalo -le dijo, continuando su caminata por el corredor, sin mirar a Duarte.
- ¿Cómo voy a conseguir pruebas? -Duarte la siguió. - ¿Quieres que busque testigos para probar que he sido fiel?

Emily estaba tan exhausta que no respondió su pregunta. Llegó junto a la puerta del cuarto de Duarte y consideró la posibilidad de dormir en otro lugar. Todo parecía complicado, ya que los empleados estaban durmiendo y no había alguien para arreglar una cama a aquella hora. Entró en el cuarto, sin mirar a Duarte. Se puso su camisola en el baño y luego se acostó debajo de las sábanas. Recordó entonces sus joyas y, al sacárselas, estiró la mano, colocando los zafiros sobre la mesa de luz.

Antes de dormir, se quedó pensando si su actitud agresiva habría impresionado a Duarte. ¿Habría él comenzado a considerar que fue apresurado en condenarla en el pasado comparando los dos episodios y percibiendo como era fácil hacer juicios errados?

Solamente ahora Duarte entraba en el cuarto. No demoró en acostarse y se giró hacia Emily.

- Buenas noches -ella murmuró, cerrando los ojos.
- ¿Entonces ahora eres tú quién me está tratando fríamente? - Duarte reclamó.
- Simplemente tengo mucho sueño.

Diez minutos después, él se sentó en la cama, como si se hubiese acordado de algo muy importante.

- Blis tenía un reloj antiguo que heredó de su abuelo -él murmuró en un tono triunfal. - Nunca lo vi, pero me acuerdo bien cuando ella comentó que heredara un reloj horroroso, pero iba a conservarlo porque era una pieza antigua y debía valer algo.
- Felicitaciones -Emily murmuró somnolienta, los ojos cerrándose nuevamente.
- Puedes dormir ahora, querida -Duarte reclamó. - ¿Escuchaste lo que dije?
- Hablaremos de eso mañana...

- Ya es mañana, y estaremos viajando a Inglaterra dentro de seis horas -Duarte le recordó con gran impaciencia y comenzó a sacudirla para que se despertara, pero ni una sirena de bomberos podría despertar a Emily en aquel momento.
- ¿Alguien te dijo que duermes como un muerto? -Duarte miraba con ironía a su esposa.
- Tú. -Emily fingía estar leyendo una revista y no se volvió hacia Duarte.

Sabía que continuaba mirándola, como estaba haciendo desde que habían entrado en el avión.

- Dime, ¿recuerdas lo que te dije anoche, antes de dormir? - Duarte preguntó, intentando aparentar despreocupación.

Emily se mordió el labio y silenciosamente hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Era mentira, apenas tenía una vaga idea de lo que él se quedara hablando en la cama. Debía ser una acusación más, con certeza. Volvió a mirar la revista, imaginando si soñó con alguien hablando sobre el viejo reloj del abuelo de Blis.

- Estás muy quieta -Duarte reclamó.
- Anoche drenaste todas mis energías -ella confesó.
- Tienes razón. Quedaste demasiado afectada, pero puedo jurarte que nunca tuve nada con Blis Jarrett.

Emily hizo un gesto de indiferencia, como si estuviese oyendo una noticia sobre el tiempo.

- Por lo menos mírame -Duarte pidió, consciente que la niñera comenzaba a mirar a la pareja con curiosidad.

Emily levantó sus ojos azules, y Duarte vio que estaba llorando.

- Por favor, no llores. -Duarte procuró secar las lágrimas que corrían por el rostro de su esposa. - Ya me siento tan mal...

Emily suspiró emocionada.

- Arruiné nuestro matrimonio -Duarte se lamentó. - No quiero que te quedes tan lastimada por mí -pidió. Emily no quería más hablar sobre los asuntos que la hacían sufrir. - Prometo que en el futuro todo será diferente entre nosotros -Duarte juró. - Puede no ser fácil, pero voy a intentar cambiar. Tengo la manía de estar dando órdenes a los demás.
- Lo sé -Emily concordó. - Sólo no sé por qué estás tan preocupado con eso.
- No dormí bien. Me quedé recordando lo que había visto, cuando te encontré en brazos de Tony.
- Sólo recuerdo que estabas furioso conmigo y no me dejabas hablar.
- Emily, deberías haber insistido más. ¿Por qué te quedaste con aquella expresión de culpa, en vez de convencerme que no hiciste nada malo?
- No me gusta pelear, pero recuerdo que intenté defenderme. - Emily vio que Duarte estaba respirando de manera más intensa. - No precisa decir más nada. Sé por qué quieres conversar sobre eso ahora.

- ¿Lo sabes? Lo dudo mucho.
- Tienes miedo que baje de ese avión y desaparezca nuevamente con Jamie. Nunca más voy a hacer eso, Duarte -Emily le aseguró.
- En verdad... - Duarte soltó la mano de Emily que aún continuaba entre las suyas. - No es nada de eso. Por primera vez en la vida, te estás anticipando a mí. Créeme ó no, ni llegué a considerar esa posibilidad.
- No voy a separarte de Jamie -Emily afirmó por segunda vez.
- Si vuelves conmigo a Portugal esta noche, podrá tener tu tan soñada fiesta de casamiento y luna de miel y hasta la misma luna si la pides -Duarte habló con cariño.

Emily observó un marido que nunca actuó así antes. Debía estar aterrado de perder a su hijo.

- Duarte, hay dos cosas que me gustaría decirte -Emily admitió apresurada. - Por favor, escúchame, aunque no creas en lo que esté diciendo.
- Estoy oyendo...
- Nunca te conté que hice amistad con Blis, porque ella dijo que no te gustaría, que no sería apropiado y que perjudicaría su carrera. -Emily procuró no mirarlo. - Conocí a Tony en el apartamento de ella, y Blis me convenció que debería dejar que pintase un retrato mío. Yo te daría el retrato como un regalo y lucharía para que sustituyeras el cuadro de Izabel por el mío.
- No tengo ganas de estar escuchando sobre este asunto -él confesó medio enojado.

Emily lo ignoró y continuó hablando:

- Huí de Portugal solamente porque Blis me llamó contando que oyera una conversación entre tú y tu abogado planeando alejar al bebé de mí ni bien naciera.

Duarte se quedó en silencio por un largo tiempo.

- ¿Hay algo más que quieras contarme? -preguntó en voz baja.
- Nada más.

Desanimada, tomó la revista de nuevo y percibió, aliviada, que el avión comenzaba a hacer la maniobra de aterrizaje.

Treinta minutos más tarde, cuando aún esperaban las maletas, ella decidió conversar con Duarte nuevamente.

- Voy a dejar a Jamie contigo. ¿Está bien?
- Pero podemos ir juntos a visitar a tu familia y llevar a Jamie para que lo conozcan.
- Pensé que tenías una reunión de negocios.
- Cambié los horarios.

Emily imaginó que Duarte no quería perderla de vista, con miedo que ella desapareciera de nuevo.

- Prefiero ver a mi familia sola, Duarte.
- Voy contigo. Si prefieres, Jamie y la niñera podrán ir directo a Ash Manor y nosotros iremos después.

- ¿No me estás escuchando? Quiero hablar con mi madre sola, tengo asuntos privados para discutir con ella.
- Tu familia siempre te lastima, pero si yo estoy cerca se van a portar mejor. Reconsidéralo, Emily.
- Aún así, quiero ir sola. ¿Por qué no me dejas, al menos una vez, hacer las cosas como quiero?
- Entonces, puedes ir. Después no vengas a decir que no te avisé, querida esposa.

Emily sabía cuanto le costaba a Duarte dejar de dar órdenes. Él siempre quería hacer las cosas a su modo. Permitted que eligiera una limusina para llevarla a la casa de sus padres, cuando habría preferido ir en tren para llegar allá mucho más rápido.

## Capítulo 10

- Preciso hablar contigo, mamá. -Emily respiró hondo, intentando reunir coraje. No podía posponer más esa conversación tan importante.
- Es mejor que entres -Lorene Davies invitó medio a disgusto, abriendo la puerta.

Muy nerviosa, Emily siguió a su madre que desapareció rumbo a la cocina. Lorene era rubia, ya había completado los 50 años, pero parecía unos diez años menor. No parecía en nada contenta con la visita inesperada de su hija menor.

- ¿Estuviste en contacto con tu marido últimamente? -Lorene preguntó, no consiguiendo esconder su curiosidad. - Estuvo buscándote aquí el año pasado y nos acusó de estar escondiendo a su esposa fugitiva. Siempre fuiste un problema... -la censuró.

Emily estaba cansada de ser criticada.

- Mamá, escuche, estoy segura que tienes mucho para hacer y no quiero robarte el tiempo -Emily murmuró, clavando sus uñas en las palmas de las manos. - Vine aquí sólo por una razón. Espero que me des una respuesta honesta a una pregunta que preciso hacerte. Prometo que saldré enseguida.
- ¿De qué estás hablando? -Lorene preguntó sin esconder su enojo.
- Tengo derecho a saber porqué no me quieres.
- ¡No seas ridícula! ¿Qué significa esa pregunta?
- Puedo ser ridícula, pero quiero escuchar el motivo que te llevó a tratarme de forma diferente a mis hermanas. Ya dije que, recibiendo una respuesta, me voy y no te molestaré más...
- Está bien. Antes de mudarme a Cornwall, tuve una aventura con un hombre. Ese otro hombre es tu verdadero padre.
- ¿Qué me estás diciendo? -Emily indagó realmente sorprendida.
- Dijiste que querías saber la verdad. -Lorene miró a su hija sin timidez. - Su nombre era Daniel Stevenson. Era dueño de una

hacienda de ganado de raza. Daniel dijo que se casaría conmigo, después que me divorciase, pero me abandonó cuando estaba embarazada de siete meses y me mandó de regreso con mi marido.

- ¿Peter Davies no es mi padre?
- No, pero cuando volví a casa, me aceptó y dijo que te criaría como si fueras su hija. Fue más ó menos eso lo que pasó.
- Ese Daniel Stevenson... Me parezco a él, ¿no? -Emily indagó.
- Eres su viva imagen -Lorene confirmó amargamente. - Él murió hace unos quince años, en un accidente. No puedo decir que haya lamentado su muerte, era un canalla. De hecho lo amaba, pero fui apenas una de una serie de otras mujeres enamoradas de Daniel.
- Lo siento mucho -Emily dijo con sinceridad, reconociendo cuanto había sufrido su madre.
- También lo siento mucho -Lorene murmuró. - Lamento no sentir por ti lo que siempre sentí por tus hermanas. No es tu culpa, pero cada vez que te veo recuerdo a Daniel y nunca conseguí perdonarlo por lo que me hizo pasar.
- Puedo imaginarlo. Gracias por finalmente contarme todo -Emily consiguió decir y, dándole la espalda, se dirigió a la salida.

Sus hermanas deberían saber esa verdad y por esa razón la trataban tan mal.

Se arrepintió por no haber dejado que Duarte la acompañase. Ahora sentía su falta. Sería tan bueno poder llorar recostada a su pecho, recibiendo el consuelo que merecía.

- ¿No te quieres quedar un poco más? -Lorene preguntó.
- Gracias por la invitación, pero prefiero irme. -Emily caminó hacia la limusina, pero paró cuando oyó que decían su nombre.
- Emily, lo siento mucho. -Lorene Davies súbitamente comenzó a sollozar.

Por más que sintiese pena de su madre, Emily quería escapar de allí, tan fuertes eran sus emociones. Cuando abrió el portón, vio que Duarte la estaba esperando en la calzada.

- ¡Que bueno verte! -exclamó, arrojándose a sus brazos. - ¿Cómo llegaste hasta aquí?
- Vine en taxi. Sospeché que acabarías peleando con tu madre y me precisarías. Sé que dejaste bien claro que no me querías aquí, pero...
- Lo sé. Es que iba a hacerle una pregunta muy personal a mi madre. Quería saber porque no me quería y tuve la esperanza que negase ese sentimiento, que dijera que me quería... Tal vez se justificase, diciendo que tuvo un embarazo difícil, que di trabajo...
- ¿Y que te dije?
- Que yo era el secreto sucio de la familia.
- Deja de darle vueltas -Duarte la censuró con cariño. - ¿Qué te dijo?

- Que tuvo una aventura con un terrateniente y que él es mi verdadero padre.
- Sospeché algo así -Duarte confesó.
- ¿Cómo?
- No te pareces a nadie de la familia. Todos son rubios, y tú pelirroja y tu estructura física es diferente.
- Me siento como si hubiese perdido buena parte de mi vida siendo otra persona...
- Tú eres Emily Monteiro -Duarte le recordó. - Si quieres hacer alguna investigación sobre tu verdadero padre, está bien. Quien sabe descubras que él no fue una persona tan mala como te hicieron pensar.
- Mi madre se sintió mal sólo de recordarlo.
- Pero apuesto que se va a sentir mejor ahora que reveló el secreto que escondía de ti. Y apuesto también que encima se lo agradeciste.
- ¿Como adivinaste?
- Bueno, me agradeciste cuando pedí la separación, ¿recuerdas? Llegué a pensar que estabas contenta porque así podía estar con Tony Jarrett.
- ¡Te equivocaste! -Emily sacudió la cabeza, negando. - ¿Cómo pudiste pensar una cosa de esas?
- Emily, lo que vi y oí aquella noche me había sorprendido, y tú no dijiste lo que yo quería oír.
- ¿Qué querías que dijera?
- Deberías haber implorado mi perdón de rodillas, implorado una segunda oportunidad. En vez de eso, comenzaste a empaquetar tus cosas.

Emily se acordó cuan destrozada estaba delante de las acusaciones que su marido le hizo en aquella ocasión.

- ¿Por qué pareces tan previsible, pero acabas actuando de una forma que siempre me sorprende?
- Lo siento mucho.
- Olvídalo, ahora todo va a ser diferente. Vamos a tener nuestra luna de miel en Ash Manor. Sé que no es el Caribe, pero puedo asegurarte que el Caribe no me trae muy buenos recuerdos...
- ¿Vamos tener una luna de miel?
- Además de una ceremonia de confirmación de nuestros votos, esta vez en la iglesia. Puedes mandar hacer el vestido de tus sueños, pues vamos á tener una ceremonia religiosa en Portugal, del modo que siempre quisiste. Pero antes de eso, vamos a aprovechar nuestra luna de miel.
- ¿Por qué está haciendo todo esto?
- Porque es lo que debería haber hecho antes. Además, quiero que te olvides de todos tus problemas familiares.
- No precisas darte todo este trabajo.
- Pues quiero darte todo lo que mereces. Si pides la luna, puede estar segura que voy a dártela.

- Pero dime, ¿por qué estás haciendo todo esto para mí?
- Quiero continuar casado, querida, ni aunque tenga que atarte para retenerte a mi lado. -Duarte se rió. - Este es el momento exacto para que hagas todas las exigencias que quieras.
- ¿Te estás tomando tanto trabajo sólo por causa de Jamie? ¿No puedes admitir que es eso?
- ¿Es lo quieres oír?
- ¡Si!
- Muy bien. Confieso que creo que una criatura crece más feliz teniendo a sus padres a su lado.

Emily le pidió que le dijera la verdad, pero ahora sentía recelo de oír que él estaría dispuesto a hacer cualquier cosa para mantener el matrimonio pensando únicamente en Jamie.

- Me quedo contenta que estés siendo sincero -dijo apenas.
- ¿Feliz ahora?
- Puedes estar seguro que si -ella mintió.

El coche recorría el camino flanqueado por los jardines de Ash Manor. Era extraño entrar allí como esposa de Duarte. Aún estando casada con él durante dos años, no se sentía verdaderamente la Sra. Monteiro. Miró alrededor y vio a Jamie aplaudiendo de alegría por verla llegar. Duarte le hizo una caricia a su hijo y se dirigió a la biblioteca para hacer algunas llamadas.

Emily dispensó a la niñera y paseó por el jardín, con Jamie en brazos.

- Me voy a quedar aquí, porque tú eres un Monteiro -dijo en un lamento.

Estaba claro que Duarte amaba a su hijo y, aún conociéndolo tan poco, Jamie también quería a su padre. Duarte sólo la toleraría. No conseguía estar alegre, pues creía que Duarte estaba haciéndole los gustos sólo para poder vivir en paz, sin peleas.

¿Por qué tenía la manía de querer las cosas que no estaban a su alcance? Tenía de encontrar muy bueno que Duarte valorizase el matrimonio y ya era hora de parar de soñar que él, de repente, se enamoraría de ella delirantemente. Estaba segura que la trataría bien. En los últimos días era comunicativo, y ella deseaba que continuase así. Como única exigencia, ella le pidió nunca esconder lo que pensaba.

Jugó un poco con Jamie y después entró en la mansión cuando el bebé comenzó a estar somnoliento. En el escritorio encontró papel y lápiz y se puso a escribir y escribir.

Duarte aún estaba hablando por teléfono cuando ella entró en la biblioteca. Le sonrió a ella, mirándola de una forma maliciosa.

- Te deseo -murmuró, empujando a Emily a su regazo.
  - Me gustaría que leyeras antes lo que escribí -Emily pidió, entregándole varias hojas de papel.
  - ¿Qué es esto, tesoro?
  - Digamos que son mis expectativas para nuestro matrimonio...
- Duarte rió, encontrando todo muy divertido, y comenzó a leer.



- Trabajo ocho horas al día y sólo no estoy con la familia cuando viajo. ¿Cómo puedes querer que me quede más tiempo contigo y con Jamie?
- Bueno, puedes intentarlo...
- Si tuviera que viajar, ustedes pueden venir conmigo.
- Tal vez pudieras viajar menos veces...
- Dices aquí que, el día que me ausente, tú también tendrás el derecho de estar un día lejos de mí. Esto parece chantaje, querida. De este modo, no nos veremos nunca.
- Quiero tener una vida, también.
- Un viejo dicho dice que los hombres deben trabajar, y las mujeres quedarse en casa.
- Está bien, devuelven lo que escribí.
- No, no... Tú ganas, ¿pero oíste hablar de un compromiso?
- Siempre asumí mis compromisos y terminé sintiéndome solitaria y abandonada.
- Estoy creyendo que no quieres estar más de ocho horas lejos de mí -Duarte bromeó.
- Quien sabe es eso...
- ¿Y no tener más hijos? -él paró de leer sorprendido.
- Me siento como si tú sólo te hubieras casado conmigo para tener un hijo. Cuando me embaracé, te alejaste y yo aún no estaba preparada para ser madre.
- ¡Nunca exigí que te embarazaras!
- No, pero parecía que era eso lo que esperabas que pasara.
- ¿Y no querías tener a Jamie?
- Adoro a mi hijo, pero si me quedo embarazada otra vez, será porque lo planeé.
- Eso explica porqué parecía tan infeliz cuando embarazada. Y yo no desconfié nada.
- Estaba infeliz porque, después que me embaracé, no me buscaste más sexualmente.
- ¿Y tú creías que iba a desobedecer las órdenes del médico? - Duarte preguntó admirado.
- ¿Que órdenes?
- Emily, ¡tú estabas presente cuando el médico nos aconsejó a desistir de tener relaciones sexuales en los primeros meses!
- No lo escuché decir nada de eso. -Emily recordó de repente que no dejara a Duarte estar en la sala en que el médico la examinaba.

El médico sólo le hablara en portugués, y ella ciertamente no entendió bien lo que él dijo. Cuando Duarte fue llamado de vuelta a la sala, el médico conversó largamente con él, pero Emily no había prestado atención.

- ¿Quieres decir que no lo sabías? -Duarte preguntó impaciente, pasando las manos sobre los cabellos negros. - Si no estabas entendiendo el portugués, ¿por qué no pediste que dijera todo nuevamente, con calma y claridad?

- Estaba ansiosa por salir del consultorio -Emily confesó. - Pero podías haber hecho algún comentario sobre el asunto.
- No me sentí cómodo para hablar sobre eso.
- Te juzgué mal. Quiero que me disculpes por haber trancado la puerta -ella se lamentó. - Es que me sentía muy rechazada.
- Acuérdate que no nos conocíamos muy bien cuando nos casamos y no nos confesábamos cosas uno al otro.
- Elegiste a la mujer equivocada...
- Fui yo quien te hizo infeliz.
- Yo quería sentirte más próximo a mí.
- Estoy intentando corregir eso ahora -dijo, mientras acariciaba el rostro de Emily.

La empujó más cerca de él y buscó sus labios con una pasión que la sorprendió. Finalmente parecían completarse.

- Voy a procurar seguir todas las determinaciones que escribiste en tu lista de exigencias -Duarte dijo, riendo. - Sólo espero que, cuando vuelva a casa, encuentre una esposa muy comprensiva también.

Emily apenas recostó su cabeza en el pecho de su marido y sonrió feliz. Estaba sintiéndose segura por primera vez en su vida.

## Capítulo 11

Emily se miró en el enorme espejo del cuarto, como si estuviese viendo su imagen por primera vez.

Era el vestido de novia de sus sueños, romántico y delicado. El tono champagne de la tela combinaba con sus cabellos rojos y ojos azules. Era discreto y elegante, y se le pegaba como un guante a su cuerpo delicado.

Duarte iba a adorar el vestido. Ciertamente pensaba que ella iba a elegir tonos fuertes, pero ella descubrió que Blis le recomendara escoger colores chillones sólo para dejarla espantosa. Desde que usara el vestido azul que Duarte le compró, descubrió que debía siempre usar ropa clara.

Ella y Duarte habían pasado tres semanas en Ash Manor, habiendo vuelto a Portugal apenas el día anterior. Habían sido tres semanas deliciosas, las más felices de su vida. Duarte fue cariñoso y la amó apasionadamente en todos los momentos posibles. También Jamie adoró jugar con sus padres. Emily estaba conociendo un nuevo Duarte, ahora más comunicativo.

- Cuando te pedí casamiento, pensé que iba a tener una esposa queriendo andar a caballo y no entretenida todo el tiempo en dar fiestas -Duarte le reveló. - Comencé a recordar a Izabel y detesté todo aquello.

Emily vio como se equivocara intentando imitar a Izabel. Pensó que Duarte quería una mujer que supiese recibir invitados.

Ahora, él intentaba revelar sus sentimientos, y se convirtió en un romántico halagándola con flores todos los días. Reía cuando ella intentaba colocarlas artísticamente en un florero. Estaba siendo un amigo, compañero y amante enamorado, y ella se estaba entregando por entera.

Comprendía que él fue reservado porque sufrió a manos de Izabel y tenía miedo que lo lastimasen nuevamente. Izó una especie de muro para separarlo de Emily. E, infelizmente, aunque hubiese sido por ingenuidad, ella lo lastimó cuando no reaccionó al beso de Tony. Precisaría mantener la calma cuando Duarte finalmente confesase que había dormido con Blis durante los meses en que ella estuvo alejada.

– ¿Emily? – Duarte golpeaba la puerta impaciente.

Ella sonrió feliz. Duarte iba a adorar su vestido de novia.

– Cierra los ojos –pidió, abriendo la puerta.

– Nada de eso, ¡quiero mirarte! ¡Ya estuviste dentro del cuarto mucho tiempo!

Emily abrió la puerta y dejó que él la viese.

– ¡Fui un egoísta dos años atrás! –sus ojos brillaban de admiración.

– No lo hiciste a propósito, querido.

– No intentes encontrar justificaciones para mi comportamiento anterior. Así me vas incentivar a volver a ser como antes.

– ¿A qué hora debemos estar en la iglesia para recibir la bendición?

– Tenemos mucho tiempo aún.

– ¿Por qué no me dices la hora de la ceremonia?

– Es que tenemos a dos personas abajo y me gustaría que conversáramos con ellas antes de salir.

– ¿Quiénes?

– Si yo lo hubiese conseguido, esto hubiera pasado semanas atrás, no hoy. Pero él estaba esquiando en América del Sur.

– ¿De quién estás hablando? –Emily preguntó curiosa.

– De Tony Jarrett –Duarte dijo sin mirarla.

– ¿Tony? –Emily preguntó horrorizada. – ¡No quiero verlo nunca más!

Entrando al salón principal, Emily tuvo una sorpresa más desagradable aún. No era Tony el que estaba esperando por ellos, sino Blis. Ostentando una sonrisa bien dulce, Blis miró a Emily y sólo entonces percibió el vestido de novia, y no pudo evitar un gesto de irritación.

– No vamos tomar mucho de tu tiempo, Blis –dijo Duarte. – Para ir directo al grano, puede comenzar contando tu plan diabólico para intentar destruir mi matrimonio.

– ¿Qué estás diciendo?

– Ya sé que fingiste ser amiga de mi esposa sólo para perjudicarla. Nunca me informabas de sus llamados ni de los

recados que pasaba, diciendo que preparara una cena especial y me estaba esperando más temprano.

- No creo que me estés haciendo esas acusaciones -Blis dijo en un tono de censura.

En aquel momento, la puerta de al lado se abrió, y Tony se reunió con ellos.

- ¿Qué estás haciendo aquí? -Blis preguntó furiosa.
- Estoy aquí para descascararte, querida prima. Ya le conté a tu jefe que me ofreciste una fortuna para intentar seducir a su esposa el año pasado. Estaba sin dinero, en ese momento, pero nunca me prestaría a hacer esa bajeza. Quedé feliz en poder pintar el retrato de Emily.
- ¡Tony está mintiendo! -Blis gritó. - ¿Le vas a creer, Duarte?
- No veo razón alguna para que Tony mienta -Emily murmuró, mirando a Blis con asco. - ¿Qué ganaría mintiendo?
- No puedo culpar a Emily por haber confiado en ti, ya que yo mismo lo hice -Duarte dijo fríamente, estudiando la reacción de su secretaria. - Y deja de decir que somos amantes, si no abro un proceso por difamación.
- ¿Y cómo vas a probar que no dormimos juntos? -Blis preguntó a Duarte con aire triunfante. - Y tú nunca tendrás la certeza que Duarte no fue mi amante, ¿o si Emily?
- ¿Estás queriendo aplicar nuevamente el golpe que diste a tu antiguo jefe, en Inglaterra? -Duarte preguntó.
- ¡Tony! -Blis se volvió furiosa hacia su primo.
- Lo siento mucho, pero me dijiste que comenzarías una vida diferente, aquí, en Portugal.
- ¿Ya hiciste una cosa como esta antes? -Emily le preguntó a Blis, horrorizada por haber sido amiga de una persona tan despreciable.
- Su ex-jefe también era casado -Tony comenzó a hablar. - Ella comenzó a desparramar que eran amantes y lo chantajeó. Su jefe fue a la policía, y ella casi fue presa. Sólo se libró de la acusación, porque dijo estar en una crisis nerviosa. Fue entonces que se mudó a Portugal.
- ¿Pretendías chantajear a mi marido? -Emily se volvió furiosa hacia Blis que se dirigía a la salida, actuando como si hubiese sido ofendida.
- Nada de eso. Lo que ella quería era casarse con tu marido -dijo Tony, riendo. - Pero para conseguirlo, tenía que librarse de ti, Emily. Y ahí yo debía entrar y dejar loco a tu marido. Perdóname por haber estropeado tanto tu vida. De verdad me enamoré de ti, soy muy romántico, y tú me parecías una esposa desatendida por su marido.
- Eso ya no pasa ni pasará en el futuro -Duarte lo interrumpió. - Y tú ya confesaste que te enamoras muy fácilmente.
- Si, eso es verdad. Culpa a mi temperamento artístico. -Tony se rió sin vergüenza.

- Podrías haberme contado lo que tu prima pretendía -Emily lo censuró.
- Él quería conquistarte -Duarte aclaró.
- Juro que pretendía contar todo sobre Blis, pero te separaste de Duarte y desapareciste. Intenté hablar contigo en Douro, pero no me recibiste, ¿te acuerdas?
- Yo también exigí que te mantuvieras lejos de Emily. Me acuerdo que intentaste contarme algo, pero estaba tan rabioso que no quería escuchar nada.
- Y tuve miedo de buscar a Emily nuevamente... -Tony confesó.
- Bueno, ahora ya aclaramos todo, y tú puedes volver a esquiar.
- Y lo voy a hacer. Gracias por dejarme volar en tu avioncito privado. Soy un hombre de suerte -Tony reconoció.

Emily miró a Tony sorprendida con tanta inmadurez.

- Gracias a Tony, sé que Blis es una mujer peligrosa. Si no fuese por su confesión, podrías continuar pensando que tuve una aventura con Blis, lo que nunca pasó.
- ¿Cuándo te diste cuenta que ella estaba mintiendo? -Emily preguntó.
- Fue por causa del reloj de su abuelo. Ya te lo conté a eso.
- No me contaste nada -Emily retrucó.
- Eso porque estaba durmiendo y no quisiste oírme. Bueno, si Blis podía mentir sobre el reloj, también podría haber mentido sobre otras cosas.
- ¿Y por qué no me dijiste nada a la mañana siguiente, ya que sabías que no te escuché antes?
- Quería encontrar pruebas de que no había sido infiel. También me pareció interesante dejarte sentir celos de ella.
- Di eso otra vez -Emily pidió.
- Yo... ¿Decir qué?
- Di que querías que sintiera celos. No creo que escuché bien.
- Me habías pedido el divorcio y me dejaste con rabia. Exageré a propósito que era más cordial con Blis de lo que debía, ya que ella era apenas mi secretaria. Quería que sintieras...
- ¡Celos! -Emily completó radiante.
- Creí que no empeoraría nuestra relación, ya que andaba tan mal. Te dejé que pensaras en lo que yo habría hecho en tu ausencia.
- No creo que estoy oyendo esto.
- También creía que estaba siendo generoso, intentando salvar nuestro matrimonio...
- ¡Entonces me dejaste pensar que tenías una aventura con Blis!
- Fue apenas un impulso. Me diste mucho trabajo para encontrarte a ti y al niño y quise hacerte sufrir un poco.

Emily entendía todo. Él sufrió con su fuga, y su orgullo estaba herido. Nunca había sido indiferente a ella.

Blis la engañó fácilmente, aprovechándose de su ingenuidad e inseguridad. Como fue estúpida en nunca haber preguntado porqué no le devolvía las llamadas.

- Nunca encontré a Blis atractiva -Duarte confidenció. - No me gustan las mujeres racionales, pero tengo que reconocer que siempre fue una excelente secretaria.
- Entonces cuando te conté lo que pasara entre nosotras, ¿te enfureciste con ella y no conmigo? Entendí todo mal -Emily reconoció.
- Claro que estaba furioso, pero conmigo mismo, por haberme dejado engañar por las maquinaciones de Blis. Si hubiese sido un mejor marido, no habrías sido tan fácil de engañar.
- También fui una boba.
- Puedes estar segura que nunca discutí mi vida privada con Blis. Tuvimos apenas la relación natural de quienes trabajan todo el día juntos.
- Perdóname por haber dudado de ti. Siempre fuiste tan reservado, nunca hacías confidencias... Fue bueno cuando me contaste todo aquello sobre Izabel.
- No quería que supieras lo que había sufrido con mi primera mujer. Ni pensé que sufrías creyendo que sentía su falta.
- Si me hubieras contado, habría actuado de otra forma. Querría compensarte por todo tu sufrimiento. Ahora, creo que no precisas hacerme hasta los gustos más pequeños. Podemos cancelar la bendición en la iglesia si quieres.
- Pues estoy ansioso por participar en ella, querida. -Duarte tomó la mano de Emily y la besó. - Esta ceremonia significa un nuevo comienzo para nuestro matrimonio, y yo asumiré el compromiso de hacerte feliz por el resto de la vida.
- Ah, ¿entonces no era esta tu intención cuando nos casamos por lo civil hace dos años? -Emily fingió estar ofendida.
- Confieso que pensé sólo en mí mismo. Quería ser feliz -dijo Duarte, ayudando a Emily a entrar en la limusina sin arrugar su vestido largo.

En pocos minutos llegaron a la iglesia del pueblo. Emily quedó sorprendida por encontrar a Adelina esperándola en la puerta. La señora le dio de regalo un buqué de flores y le deseó que fuera muy feliz.

- Estoy emocionada por ver que Adelina parece quererme -Emily le murmuró a su marido.

Al caminar al lado de Duarte rumbo al altar, sus ojos se llenaron de lágrimas. Una lluvia de pétalos de rosas fue cayendo sobre ellos.

La ceremonia fue simple, pero inolvidable. Emily escuchó cada palabra pronunciada por el sacerdote, sintiéndose feliz con la certeza de que solamente ahora estaba de hecho comenzando su matrimonio con Duarte. Tenían la suerte de esa segunda oportunidad. No consiguió controlar las lágrimas, tanta era la emoción que sentía. Duarte la besó apasionadamente, y ella pensó que podría morir de tanta felicidad.

Cuando habían vuelto a la casa, Duarte parecía ansioso por hablar con ella.

- Quiero que sepas que organicé mis horarios de trabajo y no voy a viajar muchas veces fuera del país -Duarte le informó con cariño. - Este es un buen momento para hacer nuevos pedidos, querida.

Emily quedó encantada al darse cuenta cuanto Duarte quería agradecerla.

- No precisas hacer más nada para hacerme feliz. Puede ser hasta que peleemos en el futuro, pero no me voy a portar como una loca nunca más.
- Tampoco nunca más voy a pensar mal de ti. Cuando escuché a Tony declarándose a ti y diciendo que tu marido no te merecía, enloquecí. Ya había sido horrible ver a Tony besarte y peor aún era saber que te había arrojado a sus brazos.
- Oh, querido... -Emily miró con amor a aquel hombre tan guapo y que la quería tanto.
- Cuando te quedaste en Douro, no te busqué porque estábamos cerca... Nunca pensé que huirías.
- ¿Qué me estás queriendo contar?
- Pretendía ir a tu encuentro y pedirte que volvieras a casa. Pero entonces desapareciste y no pude hacer nada.
- Por favor, no me digas más nada... -Emily pidió, llorando.
- Tu fuga tuvo un saldo positivo, porque tuve tiempo de descubrir cuanto te amaba -Duarte confesó.

Caminaron rumbo al cuarto, cansados pero felices. Duarte le sacó las flores que ella llevaba y las colocó sobre una cómoda.

- No podemos dejar las flores allí. Van a marchitarse si no las ponemos en agua... -Emily murmuró mientras Duarte rió y cerró la puerta del cuarto con el pie. - Vas a derribar la puerta de nuevo -lo alertó Emily, riendo.
- Te desee desde el primer momento en que te vi -Duarte susurró en su oído.
- No lo creo. Apuesto que ni te acuerdas la ropa que usaba.
- ¿Crees que no?
- Pues entonces dime -Emily lo desafió.
- Llevabas un jean bien desabotonado y rasgado en la rodilla y un sweater verde muy viejo. Tus cabellos estaban atados con una cinta y...
- ¡Te acuerdas! ¡Pero ni me miraste!
- Eso es lo que tú crees, tesoro. -Duarte comenzó a jugar con los cabellos de Emily. - Quedé interesado, pero no planeé buscarte.
- ¿Qué te hizo cambiar de idea?
- Enfrentaste el fuego para salvar a mi cachorro, y quedé impresionado. Allá estabas tú, no solamente eras sexy sino que también bondosa. Entonces te llevé hasta la casa de tus padres y percibí que eras una especie de Cenicienta disfrazada.
- ¿De veras te pareció eso?

- Bueno, te ofrecí aquel empleo para poder verte más y conocerte mejor.
- Y cuando me viste siendo delicada con las criaturas y los animales, me invitaste a cenar.
- Había resuelto que debería casarme contigo. ¿Qué hay de malo en eso? -Duarte respondió a la defensiva. - Bueno, me demoré un poco antes de pedirte casamiento, porque mi primer matrimonio había sido un fracaso y tenía miedo de meter la pata de nuevo.
- Sólo te quedaste observándome a la distancia, ¿no?
- ¿Y eso no prueba que te quería como esposa?
- ¿Cuándo fue que te convenciste que me querías de verdad?
- Cuando estábamos separados supe que no conseguiría vivir sin ti, y comencé a pensar que debía darte una segunda oportunidad.

Duarte impidió que ella hiciese algún comentario callándola con un beso.

- Supongo que fue Blis quien te dijo que te estaba traicionando con Tony.
- ¿Quién más podría ser?
- ¡Mujer diabólica!
- Le creí porque ya había visto a Tony besándote.
- Deberías haber tenido más confianza en mí.
- Después de lo que pasé con Izabel, siempre tuve dificultad para confiar en las personas. Ah, tengo que saber por qué, cuando te reencontré, me preguntaste si pretendía tener otras mujeres nuevamente.
- Oh... fue una tontería mía. Es que Blis hacía comentarios que me hacían desconfiar de tu conducta.
- Nunca te traicioné, nunca. Siempre respeté nuestro matrimonio.
- ¿Aún cuando la puerta de mi cuarto estaba trancada?
- Te disculpé achacándolo al nerviosismo de una mujer embarazada.

Emily le acarició el rostro a Duarte.

- Siempre te amé, incluso cuando decidí que era mejor divorciarnos.
- Cada vez que mencionabas el divorcio, entraba en pánico. Pensé que iba a perderte de nuevo. Cuando volamos a Londres, comencé a creer que era posible que Blis estuviese mintiendo, que yo había hecho todo mal. Me sentí como si estuviese luchando por mi propia vida.
- ¿Entonces era por eso que te estabas comportando tan extraño? ¿De verdad tenías miedo de perderme? -Emily sintió una sensación de poder sobre el hombre amado, un poder que nunca imaginara poseer.
- Estabas tan convencida que sólo quería continuar casado por causa de Jamie. Tuve miedo que, si dijera que quería que



estuviésemos juntos porque te amaba, no me creerías -Duarte confesó. - Podías creer que era mentira.

- Tienes razón. Por otro lado... -Emily dejó de hablar, porque Duarte deslizaba la mano sobre su cuerpo y acariciaba su seno.
- ¿Qué estabas diciendo, querida?
- Lo olvidé....

Ella lo miró apasionadamente. Pasó la mano por el cabello negro de Duarte mientras él la empujaba delicadamente para que pusiera la cabeza sobre las almohadas.

De repente, él dejó de acariciarla.

- Esto me recuerda algo...

Emily se sentó medio asustada, viéndolo salir de la cama tan rápidamente.

- ¿Qué?

Duarte volvió trayendo un paquete bien grande. Rasgó el papel que lo cubría, y ella vio que era su retrato, el que Tony pintara.

- Tenías razón en escoger a Tony para hacer tu retrato. Es un pintor excelente. Quise que me diera el cuadro, porque creí que no tenía derecho de quedarse con la imagen de mi esposa. - Duarte desvió los ojos del cuadro y miró a Emily posesivamente. - Pensé en destruirlo, pero no conseguiría cometer un acto tan salvaje.
- Creo que me amas de verdad...
- Nunca dudes de eso, mi amor. Nunca voy a dejar de amarte - Duarte juró, colocando de lado el cuadro para envolverle en sus brazos fuertes y buscar los labios de Emily.

Ocho meses después, Emily miraba encantada a Jamie que caminaba solo hacia su cama. Él había aprendido a caminar muy temprano y corría por todas partes. Adoraba jugar especialmente con cochecitos y se parecía cada vez más al padre.

Emily lo observó dormir, pasando los dedos por su pelito, que estaba poniéndose muy oscuro. Ella se sentía agradecida por tener la ayuda no sólo de la niñera sino también de Adelina, pues Jamie no paraba un sólo instante. Adelina le hacía todos los gustos y lo consideraba como si fuera su nieto. Todo cambió mucho en su vida en aquellos últimos meses. Emily ya no despertaba asustada como antes, cuando huyó de Duarte. Sabía que era amada y valorada por su marido, y eso le aumentaba la seguridad. Ya entendía mejor el portugués y podía conversar con los amigos de Duarte, hizo amistades y nunca más se sintió sola.

Había llamado algunas veces a su madre, y el clima de tensión entre ambas disminuyó. También sus hermanas habían aparecido en Portugal para visitarla y conocer mejor a su sobrino.

Salió del cuarto de su hijo que ahora era una habitación vecina a la de ella y de Duarte. Quería que su hijo estuviese bien cerca de ellos.

Duarte salió del baño, enrollado en una toalla.

- ¿Jamie se durmió?
- Prácticamente se desmayó de tan cansado que estaba.

- Y también, se despierta temprano y no para un sólo minuto.
- Duarte, siempre quisiste una familia grande y tomé una decisión.
- ¿Sobre qué? -Duarte preguntó, comenzando a sentirse tenso.
- Quiero otro bebé.
- ¿Otro igualito a Jamie para dejarnos exhaustos de noche? - Duarte intentó bromear, pero estaba sorprendido con la decisión de Emily. - Hablando en serio, no quiero que hagas un sacrificio por mí. Estoy perfectamente satisfecho en tener a Jamie y no precisamos tener otros hijos.
- Pero esto tiene poco que ver contigo, Duarte. De verdad que quiero tener otro bebé.

Duarte la abrazó, y ella, sintiendo el cuerpo mojado recostado al suyo, se estremeció de placer.

- Tu felicidad es todo para mí -Duarte murmuró.
- Tú eres el hombre que me prometió hasta la luna -dijo ella con una sonrisa provocante. - Aún estoy pensando sobre eso...
- Te amo cada vez más y me siento un hombre insaciable. Me gustaría hacer el amor contigo todo el tiempo. Ya ni me gusto ir a trabajar.

Emily se rió mientras empujaba la toalla que cubría el cuerpo de su marido.

- ¿No es mejor venir a almorzar a casa todos los días y distraerte conmigo después?
- Mucho. Vamos a pensar en un nuevo bebé. Por ahora, ven a mis brazos, mi amor.

Fernanda Monteiro nació nueve meses después. Emily no tuvo náuseas ni se sintió deprimida como en el primer embarazo. Estaba calmada, satisfecha y feliz con su vida, sus hijos y su maravilloso marido. Cuando el bebé nació, Duarte le regaló un brillante enorme en forma de luna.

- No voy a dejarte ir nunca -Emily le alertó.
- Tú me conoces bien y sabes que quiero ser tu eterno prisionero, mi amor.